

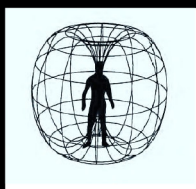
Rosa Mary se fugó con la lluvia

Gustavo Oliveros

4ta Edición



Barralibros



Editores

Gustavo Oliveros es licenciado en comunicación social, graduado en la Universidad Central de Venezuela en donde se desempeña como docente. Hizo una maestría en la Universidad de Louven La Neuve, en Bruselas, Bélgica, cuyo tema le permitió más tarde dictar varias conferencias sobre la “teoría del rumor” hoy en día muy bien relacionada con la llamada teoría de la conspiración y las Fake News.



Ha escrito seis novelas publicadas por nuestro sello en donde, al igual que en esta, la tragedia y el humor se vinculan en una especie de intercambio de roles entre los personajes, casi todos extraídos de la vida real. Lo mismo sucede con su compilación de “Cuentos desalmados para armar” que le valió una mención de honor por la Fundación “En Plural” en el 2019.

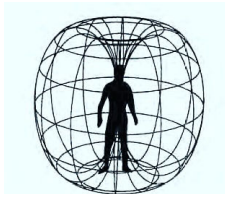
Novelas publicadas: “El último trago”; “Amores a destiempo en tiempos de revolución”; “Rosa Mary se fugó con la lluvia”; “Mi adorada prostituta”; “24 horas frente al cadáver vacío”; “Cuentos desalmados para armar”; “La última novela del hombre invisible y su amor desesperado”. Tres de ellas, “El último trago”, “Mi adorada prostituta” y “La última novela del hombre invisible y su amor desesperado”. Fueron elogiadas por la crítica en Bogotá, Buenos Aires y Santiago de Chile.

Rosa Mary se fugó con la lluvia

Rosa Mary se fugó con la lluvia

Gustavo Oliveros

Novela



Barralibros. Editores

*Las tragedias nunca se olvidan
...ni las culpas
...ni los castigos,
aunque eso se pretenda.*

Para Rosa Mary...en donde estés

Para Ulises...igual

Y para todos aquellos que padecieron esa tragedia, incluyendo a Orión, ese perro maravilloso que salvó a tantas víctimas de un deslave aterrador.

*A ese Pedagógico maravillosos
de nuestros años setenta*

Esa mañana del 11 de enero del 2000 no fue precisamente el inicio de mi mejor día. Rosa Mary Olayzola se acababa de lanzar del quinto piso de las residencias Akelarre, ubicadas a una cuadra del mercado principal de la Barceloneta. Allí habitaba desde hacía un poco más de dos años, luego de haber abandonado Caracas con cierto pesar. Un cáncer de senos la obligó a tomar aquella decisión, no la del suicidio, sino la de irse lejos de una ciudad en donde disfrutó los mejores momentos de su vida, pues, si de morir se trataba, lo haría en la tierra donde vivió su niñez y su adolescencia. La otra, esa sentencia de volar por los aires, tampoco fue producto del mal que la aquejaba, sino de una soledad tan grande y tan sola, incapaz de permitirle una reconciliación entre su anterior estadía en Caracas, con la nueva vida, lejos de sus amigos en plena Barceloneta.

Ella no fue, y no pudo haber sido jamás, otra de los tantos camaradas que han partido producto de la desgracia. Félix murió en medio de un tiroteo entre dos bandas rivales al asomarse a las puertas de su vivienda. Alexander cayó al pavimento luego de una ráfaga de balas lanzadas por un vigilante del servicio bancario cuando intentó, junto a otros tres hombres armados, robar un camión blindado en plena carretera solitaria a las afueras de la capital. Según se conoció por confesión de uno de los asaltantes milagrosamente atrapado con vida, el dinero estaba destinado a la guerrilla nicaragüense. A Francisco, sus dos hijos lo encontraron desmembrado a 500 metros de su automóvil. Se había detenido en

una sombría calzada, pues, las cinco cervezas ingeridas por el camino, le estaban exigiendo vaciar la vejiga. Trataba de encontrarse del régimen a dos días de haber conspirado en un intento de golpe de Estado culminado en rotundo fracaso. Nadie notó la desaparición momentánea hasta la llegada de un conductor venido en sentido contrario, quien advirtió a los jóvenes acerca de un bulto parecido a un cuerpo de un animal desguazado a lo lejos. En vista de la oscurana, uno de estos choferes de camiones anchilargos debe haberlo arrastrado sin percibir ruido alguno por el estruendo del motor. Si observó en el parachoques algún rastro de sangre al llegar a su destino, probablemente pensó, como de costumbre sucede en estos parajes, que algún perro callejero pagaba las consecuencias de la falta de luz en esas vías abandonadas por la incompetencia gubernamental.

En el caso de Alonso no se tuvo ningún titubeo de su destino, estaba de muy mala suerte ese día. Llevaba más de veinte años como funcionario policial, labor ejercida con propiedad y orgullo, en la Escuela de Oficiales, enseñando las distintas formas de manejar un arma. Un viernes 13, su último día de trabajo, se hirió mortalmente mientras limpiaba y aceitaba la suya. Olvidó una bala en la recámara al responder una llamada inoportuna en su celular. Colgó y al tomar el arma de nuevo para continuar su labor, accionó el gatillo y el proyectil le atravesó el rostro de un lado al otro partiéndole el cráneo en dos pedazos. Su mujer lo había llamado para recordarle la fiesta “sorpresa” preparada en casa por motivos de su jubilación.

Si la tragedia de Alonso puede considerarse como una mezcla

de mala leche con falta de precaución, la de Sofía, inevitablemente, vino a ser un misterio de los tantos determinados por la vida y la muerte. A punto de oscurecer, regresando por la autopista regional del centro luego de unas prodigiosas vacaciones, el compadre, Manuel Ignacio Da Silva, buscó detenerse en pleno hombrillo para cambiar una llanta pinchada. Apenas descendió del vehículo, obligó a su mujer, embarazada de siete meses, a guarecerse recostada en la parte delantera del mismo, previendo cualquier arbitrariedad, pues el sol ya se desvanecía en el horizonte y, a menudo, por propia experiencia conocía de antemano acerca de la cantidad de incidentes ocurridos en ese leve momento precedido por la oscuridad total. Por ello, tomando las precauciones del caso, fue alejando lo más que pudo, los conos fosforescentes como señal de advertencia para los conductores desprevenidos. Una vez colocado el último de los cuatro avisos exagerando su emergencia, el chofer de una grúa, al verlo pasando la gota gorda a esas horas a punto de anochecer, tomó la decisión de auxiliarlo y, adelantándose al vehículo estacionado, retrocedió a velocidad inusitada, sin percatarse de la humanidad de Sofía, quien se encontraba entretenida en medio de un picnic callejero, producto del típico antojo de las embarazadas. Por ello, le fue imposible huir de lo inevitable. Murió de inmediato. La grúa le aplastó el cráneo entre ambos parachoques y el cuerpo quedó intacto, sin un rasguño. Debido a esto, la cría sobrevivió por puro milagro.

Con cada año, explorado religiosamente en el almanaque de mis desgracias, siempre me llega una nueva sorpresa, si así puede llamárseles a las tragedias inesperadas para las cuales debo apartar

de mi modesto presupuesto cierta cantidad de dinero, necesaria para la compra de un ramo de rosas con el pesar que esto me produce. No soy bueno escogiendo crisantemos ni borroneando obituarios. Tampoco se me ocurre nada en esos momentos como para elaborar un mensaje de despedida, gracias a Dios, los mismos siempre están disponibles en los listones oblicuos y escarchados que engalanan las coronas. Por fortuna, los vendedores de deseos poseen toda una variedad de ellos, a pleno gusto de la clientela. Eso siempre me ha aliviado la pena. Y no sé por cual razón, suelen ser los mejores mensajes dejados a mis amigos, según constantemente han opinado los deudos. Por ello siempre decidí hacer esta ofrenda a los caídos con mi florista habitual. Un hombre viejo con muchas canas y pocos años quien apenas al verme entrar a la tienda, ya me sugiere el tipo de listón perfecto para la ofrenda con su respectiva esquila...como si adivinara: “Para quien siempre fue un ejemplo de virtudes, hijo padre y esposo”. Ni una palabra más, aparte de un saludo cordial seguido de un “buenos días o unas buenas tardes”. Luego dirá: “esa”, y yo escucharé el sonido de la caja registradora, pagaré la factura, y un “hasta luego”, seguido de otro “hasta la próxima”, es siempre nuestra despedida.

Podría aun enumerar una docena de casos bastante asombrosos en mi almanaque fúnebre, entre ellos los míos, sucedidos en dos o tres ocasiones de las cuales logré salvarme gracias a mi buena fortuna. De ellos, el de mayor impacto fue el que viví al lado de Ulises Cantón, un amigo de los pocos inolvidables, con quien compartí habitación en un pequeño apartamento del Litoral Central, apenas regresando de una larga estadía en Europa. Quizás sea a él a quien deba dedicar esta historia y no a Rosa Mary Olayzola,

aquella mujer de rostro virginal, quien por varios años fue depositaria de todas mis tragedias y quien, muy en el fondo, solía burlarse de ellas, bajo la sospecha de que sólo eran invenciones muy audaces, utilizadas como estrategia en mi afán por llamar su atención.

A pesar de todos mis intentos probando fórmulas diversas de autoayuda, en mi memoria no deja de estar presente aquella lluvia incesante, originada por un crecimiento nada habitual de los riachuelos inmisericordes descendiendo desde lo más alto de aquella montaña. Lo hacían de manera tan exigua, que ningún vecino les puso atención, hasta esa madrugada del trece de diciembre de 1999, cuando una corriente vertiginosa alcanzó un raudal tan sorprendente que, en cuestión de segundos, arrasó con todo a su paso. Recuerdo como mis vecinos de los pisos inferiores subían galopando hacia las zonas más altas de la pequeña edificación en busca de refugio, porque las aguas penetraban a sus hogares anegándolo todo, dándoles apenas tiempo para salir huyendo escaleras arriba.

Las aguas en su furia no cesaban de ocupar nivel por nivel y, en medio de la desdicha, el trotar de los vecinos por las gradas se convirtió en una batalla por la sobrevivencia. Un “sálvese quien pueda”, en donde los más enérgicos no perdían tiempo en detrimento de los más desahuciados y, sin importarles a quien pisoteaban en su huida, se llevaban por delante a niños y ancianos. Todos intentaban de manera desesperada alcanzar lugares elevados donde pudiesen permanecer a salvo. En pleno tropel, permaneció rezagado uno de los propietarios, cuya invalidez le impidió

rivalizar con el resto de los inquilinos; sorprendido ante la avalancha, había abandonado las muletas en algún rincón de su departamento. Fue él precisamente, quien llegó de último, luego de mucho trepidar hasta nuestra puerta, para advertirnos, con su extraño acento, que no bajáramos porque todo se estaba inundando. Su rostro, terriblemente desdibujado por el pánico, nos dio a entender lo grave de la situación. Y en definitiva, ninguno de nosotros encontró palabras para describir aquel momento.

En el Litoral siempre el ruido de la lluvia era estrepitoso. Y en la residencia, a costa de los vacacionistas, los fines de semana eran un infierno. Pero ese viernes trece de diciembre, cuando abrimos la puerta del departamento, aquel ruido, era un rugir, un tronar de tempestad aterrador, por lo cual no decidimos comprobar que tan delicada era la situación. El rostro de aquel hombre lo decía todo. Como pudimos, lo tomamos por ambos brazos y empujamos hacia la platabanda escaleras arriba. Ulises lanzó un silbido y de inmediato, Hércules, con toda su corpulencia, saltó tras de nosotros, nervioso y extrañado de que estuviésemos subiendo en vez de bajar como lo dictaba la costumbre. A punto de sortear el último nivel para ganar la azotea, la cosa resultó tenebrosa. Una piedra, una mole gigantesca como un meteorito impactó al edificio a una velocidad extraordinaria, con tanta fuerza que estremeció los cimientos y una potencia descomunal, una ola en forma de mano gigantesca, cubrió el cielo dejándonos por segundos en la oscuridad más sombría de todas las oscuridades. Al retornar la luz, aquellos vecinos que minutos antes habían logrado alcanzar la azotea, desaparecieron sin dejar rastro. El haber llegado con retraso por ayudar al inválido a escalar hacia los pisos superiores,

nos había salvado de ser aventados al vacío por un torrente inmisericorde que no respetó altura, sentimientos, ni vidas humanas. Ese trece de diciembre de 1999, el 999, al invertirse, se había cristianizado en el 666 del apocalipsis, abriéndole paso a la muerte, bajo el girar arremolinado de su guadaña.

Llegada y partida triste

Aquel episodio y todo lo acontecido en esos ocho días terribles, habría sido mi mejor cuento para Rosa Mary Olayzola, el cuento no contado que me hubiese gustado narrarle, sino hubiese sido porque, un par de años antes, había partido a España, luego de una magistral despedida organizada por Ulises Cantón, mi amigo del alma, un hermano que escoges en el transcurso de la vida sin que medie una obligatoriedad sanguínea. Rosa Mary abandonaba el país y nos dejaba inmisericordes en aquella pequeña tasca donde nos reuníamos a diario los conocidos, los camaradas y unos cuantos anónimos quienes a los pocos días terminaban siendo los más colaboradores del lugar. La conocí a mediados de 1978, al tropezarnos en medio de una algarabía de gente en una reunión de exiliados. Viejos mayores de setenta años, veteranos de la Guerra Civil Española. El bolso cayó de sus manos junto al libro de Santiago Carrillo “Eurocomunismo y Estado”, cuya portadilla se desprendió de inmediato, dejando una maraña de hebras amarillentas en su lomo como hilos de telaraña

–¡Joder! Me cago en Dios –dijo sin cortapisas.

–Mil disculpas –alegué mientras me afanaba en recoger algunas partes del texto. Cinco o diez páginas de diversas numeraciones desperdigadas sobre el embaldosado.

Se notaba que le había dado mucho uso a la lectura. Algunos folios estaban subrayados con lapicero, otras páginas estaban marcadas con un pequeño doblaje en la parte superior izquierda o derecha, dependiendo si eran pares o impares. El bolso había vomitado también varias de sus pertenencias: pasaporte, polvera, lápiz labial y hasta una toalla sanitaria. De allí venía su expresión. Se le habían sonrojado las mejillas a tal extremo que era totalmente imposible disimular lo embarazoso de la situación.

–Que desastre, amiga, no me fijé por donde venía –repetía yo, un alegato tras otro, algo nervioso, mientras continuaba la recolecta y ella se agachaba a mi lado para tomar su toallita con una, medio, sonrisa entre sus labios

–Tranquilo, hombre. Me sucede siempre...–dijo con su acento español...Y yo, que estoy en esos días...Tú sabes...

No agregué nada al comentario y una vez resuelto el incidente, la mano se me quedó en el aire al presentarme, porque ella sustituyó aquella formalidad con un beso en cada mejilla

–Rosa Mary –agregó.

Así comenzó una amistad de presentaciones semanales entre camaradas, hasta convertirse en una rutina diaria en los cafetines del Instituto Pedagógico de Caracas, donde yo cursaba estudios de historia. En sus mesas, mientras tomábamos el desayuno,

polemizábamos sobre literatura, política y cine; tres géneros compartidos cada mañana entre nosotros. En política, ella había descubierto que el socialismo, alejado de la Unión Soviética, era posible en cualquier país del mundo, hasta en España. Cosa para nosotros nada sorprendente pues ya Teodoro Petkoff, había escrito en 1969 una crítica mordaz al sistema soviético, cuyo título y contenido le valió la salida del Partido Comunista Venezolano: “Checoslovaquia: El socialismo como problema”. A ella le gustaba hacer comentarios sobre los escritos de Marx y Lenin, unas lecturas desechadas por nosotros desde hacía tiempo por dogmáticas y dignas de fanáticos bolchevique. Sin embargo, le hacíamos la venia ante aquellos panfletos espantosos llenos de citas que ella recitaba y que alguna vez también habíamos repetido de memoria, para mitigar un ego revolucionario que bullía en la sangre de todo joven universitario de la época.

Pero jamás nos reímos ni nos burlamos de sus comentarios nada sutiles. Ni tampoco de sus tantas citas extraídas del libro de Santiago Carrillo, las cuales esgrimía en cada encuentro de cafetín: “El capitalismo puede llegar a destruir a la especie humana”, era una de sus favoritas. España se destapaba y nosotros aprovechábamos el momento. Todos queríamos, en realidad, follarnos a Rosa Mary Olayzola. La españolita que llegaba de visita a nuestras tascas con su librito del viejo comunista debajo del brazo, como una extensión de su propia humanidad.

Para ese momento yo intentaba culminar mi carrera inscribiendo más materias de las necesarias y aunque Ulises me llevaba un par de semestres de adelanto, no dejaba de pasarse por los cafetines

del instituto, pues, como suele ocurrir, no era sencillo deshacerse de un solo plumazo de algo donde has forjado la mejor parte de tu vida. Esto, también tomando en cuenta, que estaba a punto de culminar su período como dirigente estudiantil en la Federación de Centros Estudiantiles. Había escogido Historia Universal, porque era la carrera más llamativa para todo revolucionario que se hiciese respetar como tal en aquellos años de rebeldía estudiantil a nivel mundial. Igual ocurrió en mi caso, pero con menos visión ecuménica. No en balde nos llamaban los come-candela, siendo los más radicales militantes de las múltiples organizaciones de izquierda, que se disputaban irracionalmente las distintas especialidades habilitadas en la institución. A la par de historia y geografía, las opciones variaban de acuerdo a los gustos de los inscritos. Así, Educación Física, Biología e Idiomas Modernos, terminaban siendo las más cotizadas por los apáticos, y aquello no dejaban ninguna duda; Los estudiantes que escogían tales carreras, eran totalmente opuestos a nuestra particular visión del mundo. De ahí que los clasificábamos como cerebros de músculos, médicos frustrados y oportunistas en busca de una visa de trabajo para los Estados Unidos. Luego venían más opciones para futuros docentes con más mística como: Física y matemáticas, Arte, y Ciencias de la Tierra, Castellano y Literatura, entre otras no menos prestigiosas, que denotaban la existencia de seres bien claros en cuanto a su vocación docente.

Por esa misma convergencia de opiniones encontradas, no nos reíamos de Rosa Mary Olayzola, la chica catalana, hija de vascos, recién llegada a Caracas, que se leía a Santiago Carrillo, y pocos meses después visitaba como revolucionaria, no sólo los cafetines

universitarios, sino también los pequeños bares de estudiantes, en donde las discusiones eran más profundas por lo variopinto de su clientela. En ellos el argumento variaba de acuerdo a las figuras del momento. Se analizaba con criterios sólidos las últimas novelas de García Márquez, así como la obra de Vargas Llosa o bien se contraponía la narrativa de Cortázar con la de Borges, y se armaba un zaperoco al colocar sobre el tapete si éste último se merecía el Nobel de literatura a sabidas cuentas de su apoyo abierto a la “gorilada” argentina.

–Y quién es ese Gabo –nos preguntó una vez y todos nos vimos a las caras, sorprendidos. Ulises reaccionó de inmediato para explicarle que se trataba de un escritor colombiano, quien recientemente se acababa de ganar el premio Rómulo Gallegos de Literatura por su novela Cien Años de Soledad. Ella anotó en su libretica y soltó

–¡Joder! y ese otro... Vargas... Y ese... Borges

–Lee Conversaciones en la Catedral y Rayuela, dos novelas recién llegadas al país y el Aleph...Comparas y después nos cuentas...–dijo Ulises en tono condescendiente, viéndonos de frente por si alguno se atrevía a ofenderla con alguna frase o con el más mínimo gesto, ante la impaciencia de la españolita que lo escribía todo, incluso preguntando editorial, fecha de publicación y librerías de Caracas en donde pudiese encontrarlos.

Debido a nuestro silencio, producto de la sorpresa, Lola Blasco, una de las tantas camaradas siempre presente en todas estas citas por su inefable amor al proletariado, sentenció:

–Válgame Dios, si fuese yo la de la inquietud ya me hubieran crucificado...–Nadie supo si sus palabras eran producto de los celos ante la debilidad de los varones por la “catira esa” o una simple intransigencia producto de su incredulidad. Pero Ulises, como siempre, le dio un abrazo fraterno y sonrió.

–Mira Lolita, esa niña acaba de salir del pleistoceno... no la jodas comentó aprovechando un descuido de la española mientras se dirigía a la sala de baño con su figura diminuta de buen trasero, estupenda cintura y senos pequeños, aunque deseables.

–Ustedes los machos...–fue su única respuesta.

A partir de aquel momento, a menudo la encontrábamos en los pasillos del Pedagógico, sentada en los cafetines leyendo Siddhartha o El Lobo Estepario, y, de vez en cuando, entrometida en alguna de las clases de historia, sobre todo en aquellas que tenían que ver con el modo de producción asiático. Debido a su consecuencia diaria en clases de historia, pedagogía, educación física y ciencias de la tierra, materias escogidas al voleo sin que ninguno de nosotros supiese el motivo de tales preferencias, Ulises en cierto momento, haciendo uso de sus facultades y prebendas como directivo de la Federación de Centros, le preguntó si quería inscribirse en alguna de esas áreas, para él hacer las diligencias pertinentes, tal cual se hacía con los chilenos y argentinos llegados en desbandada desde el sur del continente. Ante la propuesta, ella respondió que no era necesario. Sólo quería aprender cosas que en España estuvieron prohibidas hasta la caída de Franco. Y Ulises no insistió más en su oferta. Así, ella siempre permaneció como invitada permanente de nuestro grupo y durante tres años estaría

asistiendo de oyente en cursos tan desiguales o disímiles como lanzamiento de jabalina y literatura inglesa. Y era tan natural su curiosidad por los escritores señalados como antinatural había sido la intransigencia de Lola, pues según nuestro profesor de Literatura Latinoamericana, durante la dictadura española muchos escritores de este lado del continente habían sido censurados por divulgar su postura política y hasta religiosa ante el mundo. Entre ellos se encontraban José Donoso, Vargas Llosa, Juan Rulfo e incluso el mismo Gabriel García Márquez. Sólo varios años después de haber sido record de venta en Latinoamérica, Estados Unidos y varios países europeos, estas ediciones aparecerían en las vidrieras de las librerías españolas.

Torrentera asesina

Las aguas bajaban en torrentes y el tronar de las piedras opacaba las palabras de consuelo entre nosotros. El miedo nos mantenía abrazados a un pilote metálico de una vieja antena parabólica que no cedió al encontronazo. Hércules, por instinto, se había protegido dentro de un viejo tanque de agua en desuso desde la construcción de uno subterráneo, cuya capacidad permitía satisfacer las necesidades de todos los propietarios, así como el mantenimiento paulatino de la piscina, ubicada en los alrededores de la planta baja. Por momentos, las aguas subían hasta alcanzar nuestros tobillos, luego, milagrosamente, descendían hasta dejar al descubierto los dos últimos pisos del edificio. Igual sucedía con la lluvia que por momentos amainaba para luego regresar con toda su furia de vientos huracanados. Desde muy temprano y hasta pasado el mediodía, seguimos consternados por la desaparición

del resto del grupo. Sólo fue un segundo. Una ráfaga, una ola gigante y luego nada... Ni un grito, ni un lamento, ni un ¡ay Dios! Cuando uno ve la muerte y no queda más remedio... Sólo llegó y arrasó. Nos salvó el hecho de haber sido los últimos en llegar a la azotea, porque cuando aún no traspasábamos la puerta metálica que aislaba ambas dependencias, se sintió el torrente dejando el paraje solitario el paraje en cuestión de segundos. La mole gigante había servido de trampolín para la inmensa tromba de agua y su recorrido fatal. Abrió un boquete inmenso de unos cuatro pisos a través del edificio y, atascada por momentos, obligaba a las aguas a elevarse y a bajar de acuerdo a la corriente, hasta despegarse y continuar su camino mortal, arrastrada como si fuese un balón de fútbol desinflado. Esto permitió el descenso de las aguas dejando al descubierto los dos últimos pisos del edificio. Todo sucedió muy rápido. Podíamos ver desde arriba como se formaban tres riveras. Una entraba por el boquete del edificio y las otras dos corrían a su costado. Anchas, pero aparentemente calmadas. Sólo la del centro permanecía torrentosa y a la salida del boquete formaba una especie de salto arremolinado.

–Eso es porque se represa dentro del túnel... –dijo Ulises–... debemos bajar por los escombros y salir por uno de los riachuelos al otro lado, lo más rápido posible.

En tierra firme la gente nos daba ánimo y sugerían que atravesáramos la ribera ante una eventual crecida de la corriente, pues ya la llovizna comenzaba a transformarse en aguacero.

–No hay tiempo que perder...–ordenó Ulises–... Toma al vecino por un lado y yo por el otro. –Los de tierra firme habían lanzado

una cuerda atada a un fierro que había llegado justo a una de las columnas del edificio y se había adherido a una de sus cabillas. Yo dudé y pregunté:

–¿Por qué mejor no esperamos unos minutos a los bomberos? ellos saben de estas cosas.

–Y si llegan tarde ¿qué hacemos? –ripostó Ulises– esta es nuestra única oportunidad.

–¿Y Hércules? –pregunté, sólo por buscar apoyo a mi propuesta.

–Ese es más fuerte que nosotros...ya verás.

Y acto seguido nos dispusimos a bajar por los escombros hacia la cuerda para atravesar lo que pensábamos era un riachuelo de unos diez metros de ancho. Una estupidez aquella, puesto que cuatro pisos del edificio ya no existían. Eso le dije a Ulises.

–Son cuatro pisos... debe haber agua entre ellos. ¿No crees tú?

–No, eso es tierra no agua, el edificio se hundió en lodo... el agua es lo que ves encima. No puede ser profundo porque va cuesta abajo y esto no es una laguna... ¿Me entiendes?

No intenté discutirle y me dije que tal vez tenía razón, al fin y al cabo, él sabía más que yo de riveras y esas cosas. Quien sí dudó y mucho, fue Hércules. Empezó a ladrar fuerte desde su puesto, sin parar, haciendo gestos con el cuerpo y por primera vez no atendía al silbido de Ulises, ni a mis llamados...hasta...

Confesión inusitada

–Me regreso a España.

Nos sorprendió con esa decisión a finales de noviembre de 1997. Yo recién había llegado de Europa, luego de pasar un tiempo en el exilio, como autodefiní aquella estadía, pero, en realidad, buscaba ideas para mis libros. “Tremenda carrera escogiste...–me había dicho mi madre un día–...Profesión de limpio”. Era evidente. Sin embargo, intenté sobrevivir iniciando una editorial universitaria, un sueño desvelador desde la adolescencia y, si alguna vez tuve una obsesión por algo, esta permaneció por años como tirándole piedras a la luna. Con la editorial logré editar varias obras de jóvenes escritores de quienes las empresas tradicionales no se ocupaban.

–No es por el cáncer, ¿sabes? Ya me quitaron un seno y mejor me voy antes de perder el otro... –lo dijo sin melodrama, tal cual era siempre, ahora a sus 41 años, siendo la flamante cocinera y propietaria de “El Arenal”.

En el local, nuestro tema favorito era hablar de política y añorar momentos pasados, pero en esta oportunidad sólo nos remitimos al por qué. Al por qué debía partir. Al por qué abandonaba Caracas y a sus amigos más queridos por una circunstancia pasajera. Con la quimio, el cáncer había desaparecido, al menos supuestamente. Apenas debía tomar una medicación diaria y en ayunas para toda la vida, pero sospechábamos que esa no era causa de su prematuro pesimismo.

–Por ahora me voy a ver a la familia y no sé si pueda regresar.

La familia, de la cual hablaba, era una hermana menor, pues los padres habían fallecido y, al parecer, se encontraba delicada de salud. Quería verla y pasar con ella un buen tiempo. También debía poner algunas cosas en orden. Ese orden significaba la herencia de los padres y un par de propiedades en litigio adquiridas por Lupe en ausencia de su hermana. Ella, a diferencia de Rosa Mary, había convivido con varias parejas, pero no había concebido, como le hubiera gustado. Una vez descubierta su infertilidad, se dedicó a disfrutar la vida a sus anchas, sin privarse de los gustos que el destino le deparara. Con el tiempo se le diagnosticó una metástasis. El cáncer se había iniciado con una endometritis intensa, originada por una compresión del útero contra otros órganos cercanos. La conocimos en una oportunidad que estuvo de visita en Caracas, antes de detectada la enfermedad, con motivo de la inauguración de la tasca-bar “El Arenal”. Fueron quince días de juerga, quince días de bebidas, paseos, comidas a lo grande y folladas, porque lo que pareció un secreto por meses, resultó ser una polémica pública interna, cuando Ulises soltó lo suyo.

–Uff, lo del destape es una realidad –me dijo en aquella ocasión– Esa chica me sacó hasta el alma... ¿Qué?... ¿No lo sabías? Me acosté con ella aquella noche, al día siguiente de su llegada, aun con resaca...

Nadie lo sabía, como nadie supo mi pasantía por aquellas gotas de sudor, bajando de unos senos tan firmes y contradictoriamente tan suaves como la portada de un libro recién salido de la imprenta. Nadie estuvo al corriente de los escauceos de Simoncito Piña quien

también había bebido el vino de aquellas copas bronceadas y tampoco ninguno de nosotros se enteró de que Vladimiro Díaz, había mordido aquellos glúteos de ensueños, tan lisos como la seda y tan fuertes como las ancas de un caballo árabe. Y para mayor asombro aún, ninguno de nosotros jamás había sospechado de las inclinaciones sexuales de Lola Blasco, hasta la llegada de Lupe, quien la despojó de sus nebulosas en su primera noche gay. Algo que sólo nos contaría años después, a mí llegada de Europa, en una celebración de bienvenida habilitada en aquel lugar de ensueño en donde nos “bebimos” nuestros mejores tiempos.

Fue una especie de cata, porque la Lupe probó a quince de nosotros en quince días, sin repetir la cepa. Un secreto que terminamos guardando con recelo. Un secreto que ninguno notó en aquellas reuniones multitudinarias, porque ella nos besaba en las mejillas y nos abrazaba a todos por igual con una ternura solo existente en un ángel recién caído del cielo. Todo eso, sin dejar entrever un algo especial por alguno en particular. Luego de su partida, no la vimos más. Sabíamos de ella por las cartas que enviaba a Rosa Mary, siempre llenas de saludos, en donde el nombre de cada uno se repetía sin olvidar a ninguno, sembrando dudas sobre alguna inclinación especial por uno de nosotros: “Diles que no olvido aquella noche gloriosa”. Frase que cada quien interpretaba a su manera. Cuando Rosa Mary se enteró finalmente de aquellos escauceos, muchos meses después, sólo dijo:

—Que puta esa hermana mía...

Todo ocurrió en ese verano de 1985: la inauguración del Arenal, las comilonas acompañadas con vinos y cervezas hasta altas horas

de la noche, las folladas con Lupe, la llegada de los etarras que fueron entrando de a poco y de a muchos en los años por venir, y...el primer asalto a calzón quitado, desde tiempos de la dictadura perejimenista. Cinco atracadores entraron al recinto e hicieron de las suyas. Nos desnudaron sin discriminar entre mujeres y hombres, encerrándonos en los baños como Dios nos trajo al mundo.

–A desnudarse todo el mundo –exclamo el jefe de la banda y una vez todos en pelota, increpó a un cliente con físico de atleta...

–Tan grandote y con unas bolas fantasmas, porque ahí no se ve nada, mi don. –A lo que el cliente respondió en medio de su ebriedad, llevando su mano a la garganta

–Las tengo aquí.

Pasarían minutos tan largos como horas, cuerpo a cuerpo, antes de lograr salir en busca de nuestras prendas íntimas, una vez llegada la policía para sacarnos del sopor.

Pero eso fue en 1985, ahora, a finales de noviembre del 97, ya en invierno, confirmaba su partida a España en unos días, luego de su cumpleaños. Se iba, así como así, sin un porqué claro del por qué lo dejaba todo en el abandono. Ya había organizado la despedida, incluyendo la fiesta para la cual estábamos invitados. También, ya había vendido el fondo de comercio porque el local no era propio y el futuro dueño no perdió tiempo en colocarle otro nombre, “Andurriña”. Con esa negociación, ella dejaba bien claro su no retorno, a pesar de aquellas palabras de consolación “...y no sé si regreso”. Que ni tanto porque dejaba en el aire la duda. Yo recién llegaba del exterior y Ulises había decidido que

debíamos compartir su pequeño apartamento alquilado en el Litoral Central. Una ilusión guardada desde cuando éramos estudiantes universitarios. Como yo no tenía un horario específico en mi proyecto editorial y a Ulises le tocaban unas horas decentes de clases desde la 10 de la mañana, no teníamos problemas en un ir y venir de la humedad asfixiante de la costa, a la sequedad estéril de Caracas de lunes a viernes, bien en su coche o bien en el mío. Y gracias a ese horario flexible de trabajo, podíamos reunirnos todos a diario para almorzar o beber algo en las tardes en el Arenal, a la espera de una disminución del tráfico vehicular.

La lluvia era algo que le encantaba a Rosa Mary, pero a nosotros nos fastidiaba al extremo, debido a las largas colas que se formaban en la autopista hacia el litoral. Aun así, ese día, entre chorros de cervezas y bandejas de chistorras, festejamos su cumpleaños antes de su partida, para más tarde, al pasar de los meses y los años, sólo conocer de su nueva vida a través de postales y cartas certificadas; yo las solía pasar buscando por el apartado de correo, ubicado a unas pocas cuadras de la oficina, cada cierto tiempo, con la incertidumbre que aquellos metros me deparaban. Hasta esa mañana trágica del once de enero, cuando una carta firmada por un desconocido me daba la peor noticia de mi vida a través de un correo postal.

Destape sorpresa

En aquella época estudiantil, yo complementaba la beca concedida por el instituto, gracias a mis buenas calificaciones,

rebuscándome un salario como conductor designado de una camioneta, cuya rutina era el traslado de obreros en las zonas industriales de Catia. El trabajo lo realizaba en horas nocturnas y, como en el día siempre estaba disponible, apenas el sol asomaba en el horizonte la utilizábamos una vez por semana para nuestro provecho personal. Así, el grupo decidía qué hacer con el día libre, en vez de matar el tiempo hablando acerca del bien y del mal, en los cafetines del Pedagógico. Todos veíamos a Ulises en esas ocasiones a la espera de una respuesta certera para la juerga y el disfrute. Esa mañana preguntó:

–Cuánto dinero hay en las carteras... –todos buscaron y en medio de tanto sencillo apenas se completaba para llenar el tanque de gasolina y comprar unas cuantas cervezas.

–Pura miseria...–dijo sonriente

Solamente yo contaba con algo más de cien bolívares, producto de la jornada laboral de la noche anterior, así que, descontando el cincuenta por ciento pertenecientes al propietario de la camioneta, nos quedaba un remanente disponible para nuestra fechoría del día.

–Pa' la playa... –sentenció Ulises entonces al ver los billetes en mis manos.

La camioneta se atestó de estudiantes y nos lanzamos a la aventura. Nuestro grupo tomó los mejores asientos, los delanteros. Atrás se hospedaron los improvisados, entre ellos Rosa Mary, en quien no reparamos hasta llegar a la entrada de la autopista, cuando Ulises sugirió estacionar a fin de chequear las llantas del

vehículo y pasar lista al personal.

—Detente en la gasolinera... —dijo señalándome el cobertizo de bajo octanaje y fue allí cuando notó su existencia.

—¿Qué hace Rosa Mary allá atrás?... —se había montado a última hora en pleno jaleo por la escogencia de los mejores puestos. Todo el mundo hizo mutis, excepto ella.

—Perdóóónn... —respondió alargando como pudo la cuarta vocal al extremo desde el fondo de la cabina—... Como los vi a todos entrar en la buseta, pensé que iban a una actividad revolucionaria y me dije.... ¡cojones!, los acompaño.

Descartada cualquier avería posible luego del chequeo, enfilamos hacia Playa Verde. Un paraíso de aguas cristalinas cuya principal virtud y rareza era no reflejarse en el azul del cielo. Aquella maravilla nos seducía al extremo de pensar que, en un futuro cercano, apenas obtenido el título y un buen empleo, nos vendríamos a vivir en uno de esos apartamentos desde donde contemplar el mar sería una visión de ensueño. El nombre no procedía de la tradicional costumbre provinciana, de llamar a las urbanizaciones acorde a un consenso vecinal casi siempre improvisado. En este caso fue gracias a un estudio científico de los fitopláctones abundantes en aquella playa celestial. Miles de millones de estos microorganismos incapaces de producir una marea roja por ser ellos la base de la cadena alimentaria para otros organismos mayores. Por lo tanto, no lucían como un enemigo del ecosistema, pero si, como la mayor atracción para el turismo adolescente. El dinero nos alcanzó para unas cuantas cervezas, una

botella de ginebra y un litro de jugo de naranja. El hielo ya venía con nosotros en la camioneta desde la salida. La llegada siempre era fabulosa, pues los días de semana eran distintos a los tumultuosos sábados y domingos, donde no quedaba un solo metro de arenas para sentirse a gusto. Una vez establecidos con la cava de anime enfriando las bebidas y las respectivas toallas, toda la extensión de playa nos pertenecía. Lo primero era servirse unos tragos, lo segundo desnudarse y lanzarse al agua. Luego venía el segmento intelectual. Aquél en que todos traían una lectura obligada que llevaba a más de uno a retirarse en busca de la sombra de un cocotero para disfrutarla en la intimidad. El resto leíamos en grupo, soltando comentarios que se enriquecían con opiniones diversas. Ulises extrajo de su morral a Frotan Fanon y “Los condenados de la Tierra”. Yo opté por una polémica entre Oscar Collazos, Julio Cortázar y Vargas Llosa: “Literatura en revolución y Revolución en Literatura”, de Siglo XXI editores. Lola prefirió continuar su disputa personal con Teodoro Petkof y Checoslovaquia...polémica que mantenía con Simón Piña, a quien le había endilgado el apodo de sobaco ilustrado debido a la cantidad de libros que siempre llevaba bajo el brazo y los cuales según ella sólo eran para mostrar los títulos, porque... “de leerlos, ni hablar”. Con el tiempo, Simón le demostró todo lo contrario. Aida, por su parte, considerada, la más coqueta de todas las revolucionarias del Pedagógico, disponiendo de un cuerpo magistral con el cual presumir, extrajo de su bolso algo que nos dejó maravillados, estupefactos, atónitos, envidiosos y resentidos: un “Tropicana” con olor a jazmín, y empezó a frotarse los pechos, los muslos, los brazos, los glúteos hasta que la crema, blanca como

una hoja de papel, se traslucía en un brillo aceitoso y provocativo. Al fijar su mirada sobre nuestros rostros embobados, rio y preguntó:

–Alguno puede echármelo por detrás, porfa...–y aquella frase quedaría para la historia, marcando en nosotros un hito, un antes y un después de todos nuestros viajes semanales al litoral central.

Rosa Mary no se percató de nada, pues estaba ensimismada con “Eurocomunismo y Estado”. Santiago Carrillo hacía acto de presencia, con cierto conservadurismo, bastante contradictorio cuando su lectora decidió encaminarse hacia el mar, mostrando unos pezones pequeños, puntiagudos y provocativos. Así descubrimos por primera vez la existencia de los topless. La imagen real del destape español. La imagen de todo lo que se habían perdido “esos catalanes” durante la dictadura franquista. La imagen que mandó a la pobre Aida al banquillo en aquel partido de fútbol quimérico y recóndito, en el cual Rosa Mary se convirtió en un santiamén en el Diego Armando Maradona del mundial celebrado en Argentina.

La revolución musical

Otra de las exportaciones de Rosa Mary aparte de Santiago Carrillo fue “la Fórmula V”, con su, “Cuéntame”, una banda española con la cual superamos la morriña contenida en las composiciones de Alí Primera y Mercedes Sosa; esto se lo agradecemos a más no poder, pues no había nada más triste y pavoso en los cafetines del Pedagógico que “Alfonsina y el Mar”. Esa mañana me pidió prestada la guitarra luego de mi interpretación de “A desalambrar”,

el tema que llevó a Víctor Jara, al paredón privado de Augusto Pinochet, y nos dejó sorprendidos al tomarla entre sus brazos, como si acariciara a un bebé recién nacido. Giro un poco cada clavija pues, a su entender, o estaba algo desafinada, o era una guitarra de mala calidad.

–Es una Tatay –le dije medio ofendido.

–Ahh, me cago en Dios... Mi papá tenía una José Ramírez...– aclaró...una nota para el flamenco.

Sonriendo como disculpándose por su arbitrariedad, me miro y agregó:

–¿Te sabes esta?

Y entonces arranco con Cuéntame/ cómo te ha ido/, si has conocido/ la felicidad... –Y todos en coro comenzamos a seguirla. De ahí en adelante, una vez que nos tropezábamos en cualquier rincón del instituto, nos preguntábamos a modo de chanza: Cuéntame... ¿cómo te ha ido? Convirtiendo así la frase en una forma de saludo habitual a lo largo del semestre.

Con la Fórmula V duramos hasta el 79, al principio la coreábamos a diario y luego de vez en cuando. De a poco la fuimos compartiendo con otras de Serrat y más tarde con muchas de la Nueva Trova Cubana. De pronto nos cayó encima Silvio Rodríguez y Pablo Milanés y así desapareció aquel grupo español que nos cautivó por instantes.

Ni una carta...

El por qué tomó aquella decisión, no se supo nunca. No soltó prenda ante las tantas interrogantes surgidas bajo la bruma de las cervezas en las juergas de “El Arenal”. No hubo ninguna referencia acerca de ese por qué, en ninguna de sus cartas escritas ni en sus postales esporádicas, antes de ser normal el uso del Yahoo, el Hot y el Gmail. Ni tampoco se le notó un rostro depresivo, inconforme o descontento cuando enviaba alguna de sus fotografías posando en lugares emblemáticos de la Barceloneta, Montjuic, Paseo de Gracia, la Pedrera de Gaudí, Santa María del Mar, la rambla, el edificio del Correo, el Corte Inglés y por supuesto la Sagrada Familia. Tampoco dijo nada después de su lanzamiento al vacío. Es decir, no dejó ni una letra, contra la costumbre de la mayoría de los suicidas. Debe ser por esto que me llamó tanto la atención ese salto, ese volar sin alas, esa búsqueda de una libertad no encontrada después de la dictadura, ni durante su estadía en Caracas, ni a su retorno a la España de sus aflicciones. De seguro la mató la tristeza o aquella última carta de la cual apenas obtuve una vaga respuesta.

En El Arenal, ella dirigía la cocina con mucho tino y eso si no causó ninguna sorpresa. Desde el 82 cuando nos invitó al Club Catalán en vista de una feria gastronómica en donde pensaba destacarse en un arte que no le conocíamos, presagiamos su futuro y el nuestro. Estaríamos ligados a lugares exquisitos. Atrás quedarían los tugurios estudiantiles. Y así, lo más disfrutado en aquella feria catalana fueron los buñuelos de bacalao, seguido con los caracoles a la llauna, el fuet de Vich y los rovellones salteados

con ajo y perejil. No conformes con el atracón, seguimos con el Fricandó y el Mar i muntanya, la Cap-i-pota y rostít. Y finalizamos con una Crema catalana rociada con anís El Mono, postre capaz de resucitar a Jesús antes de los tres días de su muerte. Matábamos de esta manera insólita para Rosa Mary, dos pájaros de un tiro: un postre fenomenal y un trago digestivo. Manjares que años después seguiríamos degustando en su local maravilloso en la época en que éramos “felices sin saberlo”.

Aprendiendo sobre dictaduras

“Mataremos al cerdo de Carrillo” Rezaban los grafitis en las paredes españolas en 1975, nos contaba ella entre cervezas. Era su historia. Una historia que nos llenó de lágrimas hasta finales de 1978, cuando ya no nos importaba mucho burlarnos de sus citas revolucionarias, dejando de ser tan “comedidos” con las críticas, como bien había sentenciaba Lola Blasco, con el comentario sobre la ignorancia de los escritores latinos, acción aquella reprochada por el comandante Ulises con mucha sutileza. De allí en adelante las cosas siguieron otro rumbo, uno menos hipócritas y de menor recato. En el año de su llegada, no le cuestionábamos en absoluto su noción del mundo luego de haber vivido toda la adolescencia en medio de una dictadura, porque nosotros no sabíamos, ni por asomo, el significado de algo tan perverso; habíamos nacido en democracia, coexistiendo en ella con sus virtudes y sus defectos. Apenas una idea lejana de militarismo nos llegaba con obsoletas lecturas sobre el General Marcos Pérez Jiménez, literatura cuestionable siempre, por aquella tendencia donde la verdad y la

mentira terminan cerrándose en un círculo. Y la verdad eternamente quedaba entre penumbras. Por ello, en un principio, nos entusiasmábamos con su historia, tan real, como irreal eran las nuestras. Todo era aceptable, siempre y cuando no nos hablara más de Santiago Carrillo y del Eurocomunismo. Ya nosotros teníamos bastante con leernos a Gramsci y sus notas sobre la política y el Estado moderno. Al recordarla, luego de la noticia de este patético mes de enero, su vida me conmueve, porque cuando se nace para no existir, no hay forma de luchar en contra del destino. Por ello entendí el suicidio de Rosa Mary. Ese lanzarse hacia el vacío no fue, como pensaron muchos de mis amigos, una acción desesperada ni una estupidez de su parte. Más bien un volar hacia algo distinto para acabar con ese no estar cuando se debe estar. Aquello debe haberla llenado de satisfacción, pues no hay nada peor para nuestra existencia que el estar adelantado al mundo, cuando éste camina a pasos de tortuga y cuando intentas equipararte, ese mundo desaparece, para dejarte colgado en el vacío; ese vacío que sedujo a nuestra españolita desde un piso elevado de una nueva Barceloneta.

Cuando ella llegó Franco apenas tenía tres años de muerto. Suarez ocupaba el gobierno y el destape tan solo se iniciaba. Desde entonces, Rosa Mary no había regresado a España. Recordaba la Barceloneta como un antro espantoso, donde la miseria pululaba por todas partes. Se habían instalado enormes fábricas textiles sin importarles cuanto contaminaban... El barrio de pescadores era un cochinerero insoportable. Al menos eso era lo que ella contaba. Y nosotros escuchábamos, absortos porque no podíamos comparar la Venezuela democrática con la España atrasada, estando en el

corazón de la Europa admirada tanto por nosotros. La Europa de todas nuestras teorías socialistas iniciadas con el mayo francés. El bolívar, nuestra moneda, no podía tener un valor mayor a la peseta, como el dólar no debía despuntar ante la libra esterlina... No entendíamos nada, pero le seguíamos la corriente... Y al final, nos dimos cuenta de nuestra evolución como país, habíamos crecido tanto o más que la misma Unión Soviética y el Berlín Oriental. Predominamos sobre la Italia de Gramsci, y nos cagamos en Grecia, la cuna de la democracia. “Z” aquella película de Costa Gavras se encontraba a una distancia descomunal de nuestro desarrollo político... Superamos a Méjico en tolerancia y, su mejor ejemplo de atraso, fue la matanza de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco... Habíamos recorrido un camino más largo al recorrido por la revolución de los claveles, y, en cuanto a los asiáticos, ciertamente, terminaban siendo para nosotros unos “tigres de papel”. Nos revelamos como una redundancia de la democracia en América Latina y Centroamérica... De allí nuestra solidaridad con Chile, con Argentina, y...ni hablar, con aquellas naciones centroamericanas donde las dictaduras eran espantosas. Con los años, queriendo ver el futuro, imaginé que jamás tendríamos de su parte la misma reciprocidad, si algo parecido nos llegara a suceder, y el destino nos alcanzó por engreídos.

De los veinte países de la América latina, catorce experimentaron dictaduras terribles, la mayoría impuestas por golpes de Estado. Totalitarismos que al recordarlos hoy agujerean el corazón con sus ponzoñas envenenadas, liderados por esbirros inimaginables en una sociedad de respeto mutuo. Monstruos calcados, repetidos, y preparados para encontrarse en el devenir histórico. Holocaustos

más sofisticados, pero holocaustos al fin. Una epidemia mal curada dispuesta a alcanzarnos al primer descuido. Quien se imaginó a un Milosevich, un Idi Amín Dada, un Khomeini, un Menghistu, un Duvalier, un Mugabe, un Charles Taylor o un Stalin. Será posible que haya existido un Romeo Lucas, un Foday Sankoh, un Hassan o un Pol Pot. A alguien le sonará el nombre de Augusto Pinochet o de Rafael Videla, o era sólo una larga pesadilla todo aquello. Son sólo unos pocos ejemplos, por no continuar esa larga lista repetida cíclicamente, sin cesar, que nos reafirma la existencia del mal per se, sin que nada pueda detenerlo definitivamente. Durante los setenta, en Honduras y Argentina asumieron el poder juntas militares; igual sucedía en Nicaragua y Haití. En ambos casos, el poder del Estado fue transferido de manera dinástica; en el primero los Somoza, en el segundo los Duvalier. En Chile y Paraguay, la dictadura fue detentada por una sola figura. Por su parte, en Uruguay, Juan María Bordaberry disolvió la cámara de senadores y procuró eliminar los partidos tradicionales y la izquierda opositora. Brasil, Guatemala y Panamá, tuvieron regímenes militares, pero simulaban la permanencia y garantía de las instituciones democráticas; no obstante, los designados presidentes mantenían estrechos vínculos con los cuerpos militares, por lo que la supuesta transición o permanencia de la democracia no garantizó el fin de las prácticas represivas. Algo parecido nos sucedería en la Venezuela de inicios del siglo XXI. En Colombia y Perú, las dictaduras estaban relacionadas con grupos paramilitares. En el primero, Gustavo Rojas Pinilla fue sucedido en la presidencia por la unión de los partidos liberal y conservador en un denominado Frente Nacional;

esto habría influido en el inicio de la lucha guerrillera que dividió al país y en la cual se violaron durante décadas, de parte y parte, los derechos humanos. En el segundo, Alberto Fujimori se basó en el denominado “tiempo del miedo”, para deshacerse de Sendero Luminoso, agrupación terrorista que reclutaba indígenas y mantenía sus operaciones con dinero proveniente del narcotráfico, y de los partidos democráticos opositores, artificio que finalmente le permitió implantar un nefasto gobierno con aires de dictadura.

De algo parecido o peor, nos hablaba aquella chica española recién llegada a Caracas. Y aunque no había vivido en carne propia los años de la oscurana y apenas recordaba flashes fosforescentes de la época, sus padres, si la habían pasado con Franco no precisamente de la puta madre, sino de la puta que lo parió para que terminara jodiendo por tanto tiempo a los españoles. De esa España, se hablaba poco en Venezuela y los revolucionarios caraqueños veíamos hacia el sur y hacia Centroamérica... “El charco” entre los dos continentes lavaba las miserias y los canarios y gallegos llegados al país en busca de una mejor calidad de vida no parecían estar muy interesados en hablar de política, sino de hacer un capital para traerse a la familia, que seguía padeciendo las consecuencias de una guerra, en la cual muchos de ellos ni siquiera habían participado. Y dinero había por doquier para todo extranjero dispuesto a partirse el lomo trabajando. Para el venezolano, bajo una cultura petrolera se imponía la dádiva y el paternalismo del Estado.

Por ello nos interesábamos tanto en su historia. Era conocer de primera mano el significado de una dictadura y, verla en su

ignorancia intelectual, nos demostró la existencia real del oscurantismo. Por ello también cantábamos “Cuéntame”, aunque ella se empeñaba en escuchar las insoportables letras de Alí Primera, las canciones revolucionarias de Soledad Bravo, las letanías de Mercedes Sosa y la lloradera de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés. Y nosotros la entendimos una vez que nos fue contando una historia de niñez y adolescencia sin poemas de Machado, ni de Lorca. Sin cine de Buñuel y sin exposiciones de Picasso. Con ella tendríamos que turnarnos para ver repetidas veces el “Discreto encanto de la Burguesía”, “Cet Obscur Objet du désert”, “Le Fantome de la Liberté” y las clásicas disfrutadas en la Cinemateca Nacional: “Viridiana”, “El Perro Andaluz” y “El Ángel Exterminador”. Gracias a Serrat le mostraríamos la poesía de Alberti y de Miguel Hernández. En el Ateneo de Caracas lloraría con García Lorca, pues el grupo Rajatablas montaba por primera vez “La Casa de Bernarda Alba”. También en la obra “Tu País está Feliz”, dirigido por el director argentino Carlos Giménez, disfrutaría del poemario de Antonio Machado. Era una esponja para absorber todo lo no aprendido en su adolescencia, toda la magia ofrecida por este nuevo mundo, moderno, liberal, donde las chicas usaban bikinis en la playa en vez de bañadores completos y los chicos se pasaban ante unas tetas al aire.

Turismo nostálgico

A estas alturas siento nostalgia del viejo litoral guaireño. Un municipio de pescadores y marineros antes de ser convertido en el Estado Vargas, un avance político y un atraso social que le quitó

su gentilicio hasta marchitarlo por completo, arrastrando por el piso su folklor y potencial turístico. Si bien en esta oportunidad nos encontrábamos en Playa Verde, en otras ocasiones escogíamos el balneario de Macuto para darle de comer a las palomas en su plaza magistral, pasear por sus calles solitarias, fotografiando sus casas coloniales de grandes patios y zaguanes con puertas de robles, bajo pasadores de hierro fundido y aldabones antiquísimos, penetrar una iglesia del siglo XIX y un poco más allá, admirar la locura de Armando Reverón por Juanita, en el museo de su nombre. La misma locura que sentiría yo por Rosa Mary sin poder refugiarme en ese universo mágico que, en torno a objetos y muñecas creó bajo un delirio envidiable.

En nuestros viajes planificados, solíamos recorrer la inmensidad de la costa desde Maiquetía hasta Todasana. Lo hacíamos en los meses de vacaciones estudiantiles para no perder la costumbre de vernos a diario en los patios y cafetines del Instituto Pedagógico. El desplazar a los obreros en las noches no me quitaba el sueño y apenas despuntaba el sol, ya la camioneta estaba circulando por los lugares de espera para recoger a otros pasajeros distintos, libres de cancelar sus tickets de entrada al mundo rodante de la diversión y el espectáculo. Una vez a tope y puestos todos de acuerdo con lo decidido por el piloto y el copiloto Ulises, sin derecho al voto libre y popular, el trayecto se iniciaba en Punta de Mulatos para concluir en algún lugar del litoral escogido al azar. A medio camino, la dictadura turística imponía una parada obligatoria en la plaza José María Vargas, donde se desayunaba con empanadas y arepas de cazón, acompañadas con jugos de frutas y cervezas de lata para los más atrevidos. De allí, partíamos

al recién creado balneario de Camurí Chico, seguido por Caraballeda, minutos más, minutos menos, rebasábamos Naiguatá y accedíamos a la ciudad vacacional Los Caracas para, finalmente, desplegar toda la logística, ubicada en el pasillo central de la buseta, en una de sus playas estupendas. En ocasiones propicias, si la lluvia no había estropeado la carretera de tierra, continuábamos la travesía hacia Osma, Todasana, Carúao y Chuspa. Llegar tan lejos significaba no regresarse hasta el día siguiente y, por lo tanto, podíamos beber hasta que se nos borrara la memoria, frase acuñada por Lola en uno de sus pocos despatches, dándole un cambio significativo a su, “hasta que se me olvide tu nombre”. Y esa última palabra nos dejaba en la duda de si se trataba de Lupe, la sommelier apasionada llegada de los rincones de Cataluña. Una vez instalados comenzaba el despliegue de hamacas y colchonetas, fogata al aire libre, bebidas y bailes, guitarra y canciones interrumpidas por momentos, debido al rugir estruendoso de las turbinas de los aviones llegados o salidos del aeropuerto de Maiquetía volando sobre nuestras cabezas. El final no resultaba tan feliz como en las películas, pues siempre hube de enfrentar el reclamo oportuno del propietario de la buseta el lunes siguiente, aunque la situación no pasaba de una advertencia bastante benevolente, por cierto, sin mayores preocupaciones. Las rutas podían variar acorde a ciertas situaciones no previstas y no estaba negado el cambio repentino hacia otros destinos cuando, desde la autopista, se divisaba tráfico pesado a la altura del puerto de La Guaira. Era un periplo improvisado que generaba discusiones internas, acalladas por el dictador del volante, quien, en más de una ocasión, decidía en forma arbitraria, girar hacia los

pueblos de Las Salinas y Carayaca. Travesía ésta, que finalmente culminaba en la montaña del Junquito. Una situación nada prevista para prendas de vestir diseñadas para el calor.

Ya en las alturas, bajo un clima frío para el cual nadie se había preparado, no quedaba otro remedio que abrazarse los unos a otros, dándole espacio, o abriendo las puertas, a un Cupido cuyas flechas certeras estaban a la disposición de quien menos las esperaba. Así, ante el titiritar de las dentaduras, lo mejor que se nos ocurría para matar el frío era atiborrarnos de toda la grasa disponible en los chiringuitos para turistas regados por todas las calles del pueblo y cuyas ofertas más bondadosas eran: piezas de cerdo fritas en grandes calderos al aire libre, morcillas destilando gotas de sudor ante el calor del aceite hirviendo y chorizos elaborados a mano por los parroquianos, lanzados a la plancha caliente y salpicados con salsa a bases de ajos frescos de la granja. Si de bebidas se trataba, preferíamos una botella de anís Cartujo, en vez del chocolate caliente abundante y dispuesto para los más friolentos. En estos menesteres semanales, Aida y Lola ya eran habituales, Rosa Mary una obligación adquirida, Magaly y Gilberto, una pareja inseparable, Yaja y Alejandro: un continuo conflicto. Trina y Vladimiro: los eternos compinches. Y Ulises, mi copiloto en caso de borrachera extrema. Al grupo se anexaban unos que otros seguidores esporádicos, cuya bienvenida era darles las responsabilidades de los mandados cuando fuese necesario, así como el de cargar las neveras portables con el hielo de un lado al otro y montar los chinchorros disponiendo de las palmeras más estables, cuando de playas se trataba.

A punto de rescate

El vecino minusválido resbaló y por poco nos hace caer en medio de los escombros húmedos con pedazos de cerámica incrustados, que no vislumbraban nada bueno de colocar los pies descalzos sobre ellos. Una barrera de coral urbana nos llevó a la reflexión, mientras del otro lado los gritos nos seguían animando a saltar sobre la corriente y tomar la soga que lucía bien aferrada a la columna del desmembrado edificio. El descender en medio de las ruinas se tornaba difícil por momentos y la carga no contribuía mucho a nuestra estabilidad. No era sencillo moverse con alguien a quien le habían amputado la pierna izquierda y había perdido el calzado de la derecha. Un hombre quien, a pesar de vivir solitario en el cuarto piso, parecía desenvolverse muy bien siempre y cuando estuviese acompañado de sus muletas. Pocas veces nos tropezamos con él en el ascensor y ante un intento de echarle una mano, notamos su incomodidad motivada por un orgullo prusiano instalado en su ADN. No era un hombre simpático a primera vista...ni a segunda y mucho menos a tercera.

–Adolfo Saverdún –nada menos, pensé cuando se presentó.

Fue la primera vez que escuchamos su nombre. Su padre, un judío polaco sobreviviente de Auschwitz logró llegar a Venezuela a finales de 1945 y aquí contrajo matrimonio con una connacional quien, a pesar de su raza pura, odiaba a Hitler. Le puso Adolfo para no olvidar nunca los campos de exterminio en donde la SS estuvo a punto de convertirlo en chicharrón. Esa fue la introducción rápida de su vida, luego del frustrado intento por alcanzar la otra orilla desde nuestro Titanic a punto de irse a pique.

–Regresemos ¡Bolas! ésta vaina se puso muy fea –gritó Ulises cuando una corriente violentó la soga y tuvimos que cargar con el vecino de nuevo hacia nuestro refugio.

Hércules ladraba incesantemente y al vernos regresar meneó su tocón de cola mostrando una alegría con la cual nos hubiera gustado ser contagiados en aquel momento. El instinto animal ya le había indicado que estábamos a punto de cometer una locura de la cual no tendríamos tiempo de arrepentirnos. Así que, de nuevo, nos sentamos sobre las bases que sostenían el tanque en desuso y Hércules optó por su escondite inicial. Al fin y al cabo, parecía tener más sensatez y cojones en esos instantes de pánico. Los minutos pasaban con una lentitud pasmosa. En apenas una hora había sucedido de todo, aquella mañana funesta. Habían sido tres días de lluvias constantes con sus respectivas crecidas, sus trancas y sus puentes cerrados. Este era el peor, el que nadie, ningún vecino del litoral, hubiese imaginado. Son dos los ríos de poco caudal que descienden desde el Ávila. El de Naiguatá es uno de ellos y muy a menudo, en estos meses lluviosos, desvincula el poblado con el resto del municipio, pero de manera esporádica. Lo mismo sucede con el río San José que nace en Galipán y desemboca en Macuto. El Mamo también hace lo suyo en su debido momento, pero no afecta mucho la línea que va desde Maiquetía hasta Los Caracas. Sin embargo, esos no fueron precisamente los causantes del desastre. La hecatombe nos llegó con la furia de las quebradas de Germán y Mapurite, hermanada con la mugre en aquella fría mañana. Según los bomberos y las autoridades del municipio, debido a su proximidad con la capital, la mayoría de los ríos y quebradas de Vargas eran un carril de

inmundicia tóxica cuyo destino final es el Mar Caribe. Fue esa muralla venenosa la que sirvió de represa para convertir a cientos de seres humanos en excremento no reciclable. Con algo de optimismo, pues las aguas no lograban elevarse del cuarto piso a pesar de mantener su fuerza torrencial, optamos por esperar sentados en la platabanda la llegada de las brigadas de rescate. Las sirenas se escuchaban a los lejos y los helicópteros del ejército comenzaban a desplegarse, primero vistos de a poco y luego oscurecidos, como sombras, entre las espesas nubes en donde no se vislumbraba un espacio de luz que disipara el gris ominoso de la mañana. Empapados como estábamos, el frío, unido a los vientos que soplaban con moderación, nos llevó a juntarnos y permanecer abrazados para calentarnos, mientras Hércules retozaba a nuestras espaldas protegido en su madriguera de cuatro paredes.

—Que feo todo esto... —asomó a decir Adolfo, en medio de un movimiento de mandíbula involuntario que telegrafiaba sus palabras.

Llegados desde el sur sin licencia

Si bien Rosa Mary fue la primera extranjera acogida en nuestro grupo, no fue la última de varios jóvenes que se plegaron a nuestros paseos por el Litoral y a nuestras discusiones literarias y políticas en los bares estudiantiles de la ciudad. La llegada de los chilenos, argentinos, colombianos y uruguayos abrió el compás y amplió enormemente nuestro panorama acerca de dictaduras

macabras, en tiempo real, en vivo y en directo. Por razones diversas, salieron de sus países en multitudes durante los años setenta. Adolescentes, adultos y mayorcitos cuyo denominador común era no poseer ningún diploma, título o boleta acreditados por ser, según ellos, perseguidos políticos. La emergencia, la huida rápida, la oportunidad precisa, el momento justo y un sinónimo de etcéteras conectados, en donde una palabra te llevaba a la otra y así hasta el infinito, formaban parte de todas las excusas. De esta manera, las universidades se llenaron de estudiantes y profesores refugiados. Los periódicos y los medios audiovisuales absorbieron a los hermanos colombianos quienes se desempeñaban en las distintas especialidades que dichas instituciones ofrecían. En el primer grupo había de todo, desde trabajadores a destajo hasta ingenieros moleculares y destacados intelectuales. En el segundo, la mayoría era uña y carne de García Márquez y de Plinio Apuleyo Mendoza, amistad reforzada con anécdotas tan generales en algunos casos que no agregaban nada a las ya conocidas por nosotros. Pero lo que más nos llamaba la atención era la habilidad de aquellos “refugiados” para relacionarse, ligar con nuestras chicas y contraer matrimonio. Así, gracias a ellos, el país se nutrió de un intercambio cultural y racial distinto al europeo de mediados de siglo y las discusiones y peñas literarias, así como el cine, el teatro, los artistas plásticos y la música, se multiplicaban por toda la ciudad. Bajo este acontecer social de tolerancia, intercambio de ideas y movimientos emergentes, nacerían la República del Este, El Gusano de Luz, El Techo de la Ballena, el Afinque de Marín, y decenas de asociaciones regionales de artistas visuales y poetas, de los cuales se desconocía hasta entonces su existencia. Por

doquier, surgían nuevos medios alternativos a los tradicionales: periódicos y revistas, concursos literarios, festivales nacionales, internacionales y municipales de teatro y cine... Los museos se triplicaron, se fundó la Escuela de Arte en la Facultad de Humanidades de la Universidad Central y la Escuela de artes Cristóbal Rojas se mudó de su antiguo y vetusto local a una construcción maravillosa, gigantesca, capaz de elevarla a nivel internacional. En fin, el mundo cultural tomaba las calles. Y quizás, la gran competencia se centró en el Festival Internacional de Teatro y el Festival de Cine de Mérida. Dos eventos perpetuados en nuestras memorias para siempre.

Grandes acontecimientos fuera de borda

Mientras todo esto sucedía en el país dentro del mundo cultural, nada desligado de la política continental, fallecía en Caracas el ex-presidente Eleazar López Contreras, un 2 de enero de 1973. Nixon renunciaba por el caso Watergate y se iniciaba la operación homecoming: Estados Unidos salía de Vietnam del norte. En Madrid era asesinado por ETA Luis Carrero Blanco. Salvador Allende ganaba la presidencia de Chile y luego era derrocado por Augusto Pinochet. Morían Jimi Hendrix y Janis Joplin, y en la universidad se fumaba la marihuana pareja, aupada por el Festival de Woodstock. En África, Idi Amín destrozaba Uganda. En Alemania, Septiembre Negro causaba una tragedia espantosa en los Juegos Olímpicos de Múnich, y, a Franco se lo llevaba la pelona, realizando su último acto heroico arrastrando consigo a Mao Tse Tung. Además, como si fuera poco, dos glorias generacionales

alzaban sus alas al cielo: Elvis Presley y Charles Chaplin. En Italia, las Brigadas Rojas asesinaban a Aldo Moro y para bajar la temperatura de los sucesos acaecidos entre 1970 y 1980 se inauguraba en Caracas el Museo de Arte Contemporáneo, dirigido por una gran mujer...Sofía Ímber, tan judía como Adolfo Saverdún, quien, aunque nacido en Venezuela, lucía como extranjero debido a ese “acento”, que no era tal, sino un complicado problema de frenillos arrastrado desde la niñez.

—Este mocho pegó doblete en miembros equidistantes...—susurró Ulises en medio de la desgracia con una sonrisa pícaro a flor de labios.

Saverdún lo había escuchado y lejos de molestarse también sonrió. Fue la primera vez desde que vivíamos en aquel edificio de ocho pisos que observamos un gesto benevolente en su rostro. La seriedad de amargado sempiterno había desaparecido ante la adversidad

—No tengo muchas cuadidades pada destacadr entdre da gente podque no puedo pdonunciadr das consonates pedo habladr así me ha sedvido pada pasadr podr etdranjedo cuando ha sido necesadio.

No hacía falta una traducción simultánea porque se le entendía al dedillo y no se esforzaba para nada en buscar esas cinco consonantes desaparecidas de su vocabulario; una condición bien entendida por sus maestras cuando lo pusieron a recitar el alfabeto de la “A” hasta la “Z”.

Mientras transcurrían las horas y la torrencera seguía su curso sin amainar en lo más mínimo, Saverdún nos relató que había

nacido en Maracaibo, la capital del estado Zulia, pasando parte de su niñez en la población de Ciudad Ojeda

–Un dugad de donde ed diabldo sadió huyendo. Uno se acostumbdra a da cadodl y cuando llegamos a Cadacas, a mediados de dos sesenta, papa decidió venidirse a da Guaida.

–En Cadacas tedminé edl bachilledato y me dediqué a da mecánica de motos –agregó a duras penas entre el tiritar de los dientes y su falta de frenillo.

El padre había sido rescatado por los soviéticos a su entrada en Auschwitz pocos meses antes de que los aliados tomaran Berlín. Los nazis, ya advertidos de la llegada, iniciaron una evacuación al oeste de Vladislavia de Silesia. En su huida, optaron por dejar al abandono a todos aquellos prisioneros demasiado débiles para caminar el largo trecho que los separara de sus invasores; uno de ellos fue Jacob Salomón Saverdún, quien no tardó mucho en animarse, una vez habida cuenta, de la inexistencia del enemigo a kilómetro de distancia. Alemanes que lo apalearan o dispararan por caer de bruces sobre sus rodillas. Respiró profundo y la debilidad se le convirtió en fortaleza al saberse hombre libre y, entonces, caminó a tientas por aquel desierto de cuerpos abandonados pudriéndose al sol, sin el milagro que a él le había concedido Yahveh. Auschwitz fue el mayor centro de exterminio del nazismo durante la II guerra mundial. Los historiadores calcularon la muerte de más de un millón de personas, la gran mayoría de ellas de origen judío.

Nos contó Saverdún, y de esta manera nos entretenía ante la re-

alidad adversa y apabullante, que el padre, luego de dar tumbos de un lado a otro, totalmente desorientado en aquellas planicies de la muerte, durmiendo durante días con un ojo cerrado y otro abierto para mantenerse a salvo, logró dar con una patrulla norteamericana.

–¡¡What that hell!! man –fue la frase que escucho a metros de distancia al penetrar una cortina de árboles, cuyo verdor se tornó pálido al contrastar con sus pijamas andrajosas. Luego se desmayó. Había entrado en estado de coma.

Siendo hijo único de un judío polaco y una alemana tan pura como un Dóberman Pinscher, jamás pudo zafarse de las historias del padre, hasta ya adolescente, cuando las carreras de motos y el motocross coparon toda su atención. Entre los tantos relatos en su haber, el padre le había explicado que en los campos de concentración muchos prisioneros intentaban escapar para unirse a la resistencia, pero sólo unos pocos lo lograban. La pena aplicada por intento de fuga era generalmente la muerte por inanición y sus familias eran arrestadas e internadas también en las mazmorras para ser exhibidas como advertencia a otros prisioneros.

–Das motos fue don mi vida hasta edl accidente dedl 75.... Cuando en gdrupo fuimos a espedadr a Jhony Ceccoto en edl aedopuedrto de Maiquetía, duego de ganadr ed campeonato mundiadl en Fdrancia con su Yamaha TZ...

En la autopista hacia el aeropuerto, debido a lo mojado del pavimento, una de las motos, a la cabeza de la comitiva, resbaló ocasionando un accidente múltiple en el cual, Saverdún no tuvo

la suerte de los otros y su pierna izquierda, quedo aplastada entre un amasijo de hierros candentes, hasta la llegada de los bomberos. Durante minutos interminables ninguno de los motoristas hizo el intento de liberarlo por creerlo muerto.

Cuando su padre despertó del coma semanas después, gracias al tratamiento médico a fuerza de sueros para sacarlo de su nivel crítico de desnutrición, se encontraba en un campo de refugiados administrado por los Aliados con cientos de miles de sobrevivientes. Su cuerpo era una piltrafa ambulante, pero sus neuronas funcionaban a la perfección. Por ello, cuando a sus oídos llegó el comentario sobre las restricciones de emigración para viajar a los Estados Unidos, recordó una anécdota narrada entre los judíos prisioneros, acerca de algunos parientes precavidos que lograron salir de Polonia antes de aquel septiembre trágico, que dio inicio a la segunda guerra mundial.

—Papá siempre, había oído de un barco llegado a Venezuela en 1939 con defugiados judíos y se dijo padayá me voy yo.

Mezcla de razas vs barcos de esperanza

Los llamados “Barcos de la Esperanza”, fijos en la memoria de Jacobo Salomón Saverdún mientras recibía atención en el refugio de los aliados, llegaron a aguas territoriales venezolanas, tres años después de haber sido enterrado Juan Vicente Gómez en la paz de los sepulcros. El gobierno de Eleazar López Contreras ofreció, en esa oportunidad, asilo a 251 judíos errantes, cuya descendencia constituyó una gran parte de la actual comunidad hebrea asquenazí

de Venezuela. La historia reciente señala que Hamburgo, antes de la guerra, desempeñó un papel clave para los inmigrantes escapados hacia los puertos de las naciones que los acogieran como refugiados. Sin embargo, algunos consulados no siempre tenían buena disposición al respecto. El caso de Chile fue uno de los más emblemáticos, pues el agregado diplomático, en sus informes al Ministerio de Relaciones Exteriores, elogiaba las acciones de Adolfo Hitler y sugería no permitir la entrada de judíos ilegales al país suramericano. Según crónicas surgidas al respecto, a comienzos de 1939, pocos meses antes de estallar la guerra, la situación de los judíos austriacos ya era insostenible. Algunos habían sido destinados a los tenebrosos campos de concentración de Dachau y a Büchenwald, mientras otros tuvieron la fortuna de conseguir un pasaje marítimo que los salvara ante los discursos encendidos del Führer.

El viaje del SS. Caribia llegó a ser muy dramático. Tras recorrer Brasil, Trinidad y las Guayanas sin permitirseles desembarcar, terminó atracando en el Astillero de Puerto Cabello, luego de pasar horas frente al puerto de La Guaira a la espera de una decisión del gobierno venezolano. Corría el mes de enero de 1939 y la comunidad judía en tratada desesperadamente de conseguir la autorización de desembarco, acudiendo a los buenos oficios del general Eleazar López Contreras. La burocracia para el momento y la presión interna de los pasajeros, obligó al capitán del buque a zarpar desde la Guaira hacia Puerto Cabello como alternativa, sin comprometer su itinerario habitual hacia Panamá y Belice. La incertidumbre duró horas y la angustia se apoderaba de los viajeros. Cuando todo parecía perdido y el buque se disponía a

continuar su periplo, llegó la misiva del presidente autorizando el descenso de 86 judíos a bordo. Se cuenta que, estando el muelle sumido en la más profunda oscuridad, el capitán no dudó en correr el riesgo de irse a pique. Sin embargo, al enfilarse al puerto, descubrió la solidaridad de una gran población que comenzó a encender todas las bombillas eléctricas disponibles en sus viviendas, a lo cual se sumaron todos los faros de viejos camiones y automóviles que se encontraban en el lugar, así como las linternas y las lámparas de kerosene de los curiosos, arremolinados a lo largo y ancho de la costa, porque todo el pueblo deseaba ser testigos de aquel acontecimiento histórico.

Días más tarde, una vez superado el trauma, los pasajeros y las asociaciones solidarias que contribuyeron para llevar a buen término aquella odisea, hicieron público un mensaje de agradecimiento dirigido al presidente López Contreras en el periódico “La Hora”. La Asociación judía, no tenían conocimiento que se trataba de un diario rebelde en donde se tildaba al gobierno del General como una extensión de la dictadura gomecista. Nada más falso aquella visión política, pero así eran las cosas en esos años de turbulencia. La decisión de colocar el aviso de agradecimiento se tomó por lo económico del espacio, ya que una página completa en cualquier otro medio impreso para la época, les habría costado toda una millonada difícil de cubrir para tal homenaje. El contenido del mismo era un párrafo bastante escueto seguido por cientos de nombres y firmas avalando la postura internacional del gobernante.

La historia reciente revela que muchos emigrantes de

descendencia alemana, polaca y austriaca recibieron ayuda de otros connacionales entre 1939 y 1950. Jacob Salomón debió ser uno de los tantos beneficiados una vez llegado al país, luego de un recorrido cuyo mapa mental no encajaba en la memoria del hijo. El hombre al parecer, desde el campo aliado en Alemania, cruzó Chipre y terminó en Palestina. La travesía la hizo con ayuda de los ingleses. Luego en solitario, cruzó a Egipto y de allí pasó a Libia transitando cientos de kilómetros hasta llegar a Marruecos. Descansó unos días en Melilla y de ahí en cosa de horas puso pie seguro en la España Continental.

Un paréntesis salomónico

Jacob Salomón, ya establecido en España, sabía, por boca de los soldados ingleses que, desde noviembre de 1944, cuando el Ejército Rojo estaba muy cerca de Budapest, la embajada española había prestado toda la ayuda humanitaria posible a los prisioneros y refugiados judíos, para recibirlos en su territorio. La tarea fue iniciada por el embajador Ángel San Briz para luego ser continuada por sus subalternos hasta el 16 de enero de 1945. Esta acción habría salvado la vida de más de 5 mil judíos paupérrimos, que huían despavoridos de la miseria y de una muerte segura a manos de la SS.

A diferencia de lo sucedido con otras acciones humanitarias de los diplomáticos españoles, la delegación dirigida por San Briz, al parecer, sí había contado con la aprobación del gobierno español, cuando era fácil prever la derrota de Hitler. La actitud del

diplomático pudo haber servido de coartada a la dictadura en sus esfuerzos para convencer a los aliados de no tener relación alguna con el Tercer Reich. Esta actitud del gobierno español le ganó cierta simpatía por parte de los aliados; propaganda capitalizada con ganancias por el régimen de Franco, en detrimento de algunos revolucionarios republicanos, cuya esperanza estaba puesta en una condena hacia el dictador por el siempre recordado bombardeo inmisericorde en Guernica.

Otra versión detallaba que aquella providencia había sido por cuenta propia del diplomático San Briz, quien había logrado, no sin cierta ponderación, utilizar un antiguo Decreto Real de 1924, en donde se sostenía que cuanto judío hubiese de origen sefardí regado por el mundo, tenía derecho a un pasaporte español. En todo caso, apenas Jacob Salomón pisó tierra española, aun siendo asquenazí, se hizo como pudo de uno de aquellos certificados y de allí a Maracaibo fue sólo un viaje largo, penoso, pero conveniente en su futuro personal.

Nuestra historia contemporánea, por otra parte, señala que entre 1920 y 1937, cuando aún no había empezado la segunda guerra mundial y Gómez gobernaba el país como su feudo personal, muchos prominentes comerciantes judíos de toda Europa, se habían instalado en Maracaibo para involucrarse en los negocios petroleros, puesto que la explotación empezaba a producirse a gran escala. Para aquel momento, eran muy comunes los matrimonios entre diferentes religiones, razas y clases sociales; lo anormal resultó ser la unión de dos enemigos mortales en apariencia: el matrimonio de Jacob Salomón Saverdún y Lina Von Hausenberg,

cosa que terminó sorprendiendo a un círculo bastante cerrado de la recién fundada kehilá de Maracaibo. De esa liga nacería un varoncito gritón, al que llamarían Adolfo, luego de una discusión de pareja en la cual el padre, por insistencia perpetua, terminó ganando cuando propuso que, de no llamarse Adolfo, su mujer debería comprometerse a que el próximo, si nacía hembra, se llamaría Eva. Evidentemente no hubo una nueva generación en lo inmediato ni tampoco en el futuro y Adolfo se quedó Adolfo para siempre.

La conversación era para largo, y en tales circunstancias se convertía en un bálsamo ante el desánimo, por lo tanto, ya empapados hasta los cojones, decidimos compartir, como se pudiera, la madriguera de Hércules, quien celebró el encuentro con lamidas de caras a diestra y siniestra, como diciendo “se los dije...” Habíamos rechazado el escondite para no permanecer ocultos ante los helicópteros de rescate, cuyo ruido infernal nos martirizaba en medio de la tempestad, pero era ilógico aquello, pues las nubes y la neblina bloqueaban cualquier intento de visibilidad...

–Llamarse Adolfo no tiene necesariamente que definirte como un tirano –lo confortó Ulises– Adolfos buenos sobran como Adolfo Suarez o Pérez Esquivel. O Adolfo Federico Rey de Suecia. Y Becquer. ¿Qué me dices de Becquer? así que olvídate de Eichman y de Hitler y piensa en poesía. Como esta:

–Y verás cómo te va a encantar llamarte Adolfo

Morriña en la Barceloneta

–La Barcelona de hoy no es nada comparable con la que dejé atrás, la permanente a lo lejos en mi memoria, cuando la despedí para venirme a Caracas –agregó luego de anunciar su partida.

Era un cambio para nada sorpresivo pues ya ella lo había previsto apenas se anunció un 17 de octubre de 1986, que Barcelona había sido escogida para organizar las XXV Olimpiadas mundiales, ganándole a París, en la tercera ronda de acuerdos.

–Ya verás en lo que se va a convertir la Barceloneta –afirmó al escuchar el veredicto.

Para esa época, El Arenal apenas tenía un año de haber abierto sus puertas y ya Magallanes notaba algunos problemas con respecto a la sociedad con Rosa Mary. En la polémica dada a menudo con los periodistas deportivos, el grupo apostó a París y cuando finalmente se tomó la decisión, Rosa Mary se mofó de nosotros hasta donde más no pudo. Y tenía toda la razón, la Barcelona del futuro siglo XXI se convertiría en el centro del turismo mundial en los años venideros. No hubo manera de convencerla de que sólo se fuese de visita y no vendiera el local en Caracas. El milagro de las Olimpiadas se produjo de inmediato y la ciudad adquirió una proyección internacional inusitada, que apostaba por la cultura, la calidad de vida, la innovación, la solidaridad y la sostenibilidad. Es decir, de un momento a otro, en menos de diez años, cuando no entendíamos el atraso de un país que nos había colonizado, la torta se volteaba de manera inevitable. Para confortarnos, Rosa Mary nos refería en sus cartas y

postales que el costo pagado por los barceloneses con las olimpiadas los llevó a un desorbitado incremento en el precio de las viviendas y alquileres, comparable a otras capitales como Madrid, París o New York. Su fortuna fue disponer del apartamento de su hermana enferma y vivir del alquiler de las propiedades de sus padres fallecidos, con lo que mitigaba los altos costos. Sin embargo, su cuenta bancaria era bastante elevada gracias a que antes de su partida había comprado, con la venta del Arenal, una buena cantidad de dólares que, al cambio con respecto a la peseta, le daban una vida de lujo que no poseía en la Caracas de sus encuentros y desencuentros amorosos. Vida de lujo y esplendor, hasta ese 11 de enero trágico. Ese día de la decisión final, la de saltar al vacío.

No logró ver la llegada del Euro, ni tampoco la Cataluña de inicios del siglo, cuando la economía experimentó una cierta desindustrialización, apostando por un nuevo modelo económico en sectores como el de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. No disfrutó por mucho tiempo del aumento en el turismo, iniciado luego de los Juegos Olímpicos, favorecido además por el incremento de la llegada de cientos de cruceros al puerto de Barcelona. A su llegada, se había instalado en su amada Barceloneta cuyos rincones aún conservaban el espíritu de un pueblo de pescadores. Por eso, podía disfrutar de unos recuerdos arquitectónicos en donde las casas bajas permitían la entrada del sol en sus calles y callejones de esquinas redondeadas. Esto siempre lo comentaba en sus cartas. Y, ¡por supuesto!; existían nuevas edificaciones que lo transformaban todo. Los chiringuitos en la playa ahora eran de un sofisticado envidiable muy distintos a los

dejados por ella en 1978.

A su llegada, se instaló a unas pocas cuerdas de un establecimiento muy cotizado por los catalanes: “El Merendero de Mary”.

–Mira donde terminé a parar...–creí escuchar mientras leía aquellas líneas llenas de dulzura.

–Todo es tan agradable en este restaurante. Se parece tanto al mío. Mejor dicho, al nuestro...

Hasta allí dejó la cita, para continuar narrando con su letra clara y amigable, el trato cordial de los anfitriones del local. Así nos describía una terraza, donde se podía observar el Passeig Marítim, disfrutando a la vez de unas delicias gastronómicas llenas de gusto como las gambas de la costa catalana, las Mariscadas y el mero con judías del “ganxet”, exquisiteces habituales de la carta... Escribía con pasión sus descubrimientos gastronómicos y yo leía aquellas líneas con las lágrimas a punto de saltar ante tantos recuerdos. En sus líneas se le notaba ya algo de nostalgia por lo dejado atrás.

Guerra avisada no mata soldados...

Una innumerable cantidad de pérdidas humanas se suscitaron durante esos días por la intensidad de las lluvias. Edificios completos colapsaron a causa de las rocas que, catapultadas por las aguas, los golpeaban con ferocidad inclemente, a velocidades inauditas. Con respecto a la vaguada, desde hacía varios años se

habían reportado acontecimientos similares. En 1951 se conoció de un fenómeno meteorológico, cuando el río Naiguatá cambió su cauce arrasando consigo numerosas casas, mientras otros ríos como el Osorio y el Caracas, afectaron gran parte de La Guaira. Estas precipitaciones se calcularon en cerca de 530 mm de agua en tan sólo 60 horas. El evento quedó bastante bien documentado en los periódicos de la época. Nada en comparación con las que venían cayendo desde el 11 de diciembre de ese fatídico fin de año de 1999.

La Guaira había sido fundada en el 1589 con el nombre de San Pedro de La Guaira por Diego de Osorio, un comandante de la escuadra española de Santo Domingo enviado a la Provincia de Venezuela. Durante su patronato y después de la ceremonia protocolar, se realizó el tradicional trazado de los pueblos, dos calles de nacimiento a poniente, la ubicación de las chozas, de las bodegas y el levantamiento de una barraca en donde funcionaría la iglesia provisional. Algunas casas comenzaron a dar forma al nuevo conglomerado que apenas era una ranchería al principio, con unas chicas que vendían sus cuerpos a los pescadores y filibusteros de alta mar. Una costumbre típica de puertos masificada a finales de 1939 con la llegada de un italianito mafioso que las agrupó en el burdel más grande del Litoral, al cual se le conocería, cuarenta años después, como el “Pez que fuma”, gracias a una película rodada en el local por el cineasta Román Chalbau.

Si bien el litoral central se había poblado de a poco con sus rancherías a finales del siglo XIX y principios del XX, el orden

natural nunca había sido trastocado. Solo años después, cuando la ambición de los grandes capitales se percató del negocio que significaba arrasar con todo, bajo el beneplácito de los funcionarios municipales, los ríos comenzaron a desaparecer hasta casi volverse riachuelos insignificantes. Así terminaron en quebradas recolectoras de las aguas negras de los cientos de barrios miserables levantados a su alrededor, sin permisos ni planificación de ninguna especie. La primera advertencia sucedió a mediados del siglo y la segunda demostró la voracidad de la naturaleza cuando el hombre en su ambición le arrebató sus espacios con saña y alevosía.

“Bebándose” la revolución

En aquellos tiempos del Pedagógico, siempre vivíamos rebuscando la manera de pasarla bien en todos aquellos bares ubicados cerca de las instituciones estudiantiles. Pasábamos de uno al otro en busca del más barato, en donde acompañaran las cervezas con tapas para así, ahorrarnos los gastos del almuerzo. Aquello no era una cosa de nuestra exclusividad, sino una costumbre en serie, ligada a una militancia revolucionaria de izquierda, probablemente heredada de quienes habían bajado de las montañas para acogerse a un proceso de paz y formar parte de la contienda democrática; porque, que se sepa, a la militancia de derecha no se le veía jamás por aquellos antros de conspiración como solíamos llamarlos, pues, si bien las armas habían quedado para el recuerdo, las huelgas sindicales y las manifestaciones estudiantiles exigiendo reformas y derechos las habían sustituido con creces.

Ahora, todo se planificaba en un botiquín: propaganda, reuniones, paros, manifestaciones, acuerdos con los otros grupos de izquierda, elecciones internas del partido y elecciones estudiantiles... El tiempo alcanzaba para realizar miles de cosas. En las mañanas cursábamos las materias previstas en ese semestre. En las tardes se hacían las reuniones y, apenas comenzaba a ocultarse el sol, me tocaba el trabajo con la buseta hasta las once o doce de la noche. Esto duró un tiempo hasta que el partido me asignó un sueldo con el cual logré pagarme los estudios, comprar libros y visitar los locales de costumbre haciendo la revolución, pensando la revolución, meditando la revolución, bebiéndome la revolución... “Hasta que se me olvide tu nombre”.

En mis tiempos de conductor de busetas, las bajadas al litoral central, ahora con otros “extranjeros” del cono sur integrados al grupo, se habían convertido en un recorrido turístico.

—Esa es la Casa Guipuzcuana. Los trabajos del puerto propiamente dicho fueron muy sobrios. Para su época solo se fabricaron unas bodegas que servían para asegurar la carga de los navíos; después, poco a poco, se fueron levantando algunas casas para los trabajadores y parroquianos.

Aída, iniciaba de golpe, sin nadie pedirselo, la condición de anfitriona turística. Se había levantado del asiento en uno de los semáforos y empezó a narrar aspectos históricos de La Guaira, ya conocidos por el grupo de tanto bajar y subir una vez descubierto el placer de usar la camioneta en los días soleados, cuando los compromisos políticos y estudiantiles pasaban a segundo término.

–Para atender a la defensa del puerto, se pensó rápidamente en el emplazamiento de algunas fortificaciones con suficiente material de artillería, garantizando así el eficaz rechazo a la acometida de invasores –a esta altura se iniciaban las preguntas respectivas, respondidas por ella en algunos casos y apoyada por nosotros en otros. No era precisamente una amante de la historia, pero se tomaba en serio su trabajo.

–La Casa Guipuzcoana fue construida entre 1734 y 1736 por instrucciones del rey Felipe V; la función específica de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas consistía en la defensa de las costas y el comercio de Venezuela. Unos treinta años después, se construyó el fuerte San Carlos de acuerdo con el proyecto del Conde Miguel de Roncali. Para su edificación se utilizaron piezas de otra fortaleza que, según Enrique Rivodó, existían desde 1604. La fortaleza está diseñada en forma de estrella para atender objetivos en los cuatro puntos cardinales. Fue designado Monumento Histórico Nacional en 1876. Luego vino el Fuerte El Vigía, desde donde se anunciaba con el sonido de las campanas y las banderas de elevación, la llegada de los barcos al puerto... Bueno, al menos eso es lo que dice aquí en este panfleto que me encontré cuando nos bajamos en la zona colonial...–dijo para finalizar su plática mientras se desternillaba de la risa.

–Dime si no parezco una autentica guía –se dirigió a Ulises conminándolo a continuar con la cháchara.

–Toma...–y le lanzó el panfleto–...A leer que yo traduzco al inglés.

Ella y Yaja estaban bastante adelantadas y formaban parte del grupo del departamento de Idiomas Modernos, pero, a diferencia de muchos otros compañeros, no andaban con la idea de hacerse ciudadanas gringas. El partido las había colocado en aquel departamento para sustituir a los cuadros anteriores que estaban por graduarse y en su momento no estuvieron muy de acuerdo, pero, finalmente con el tiempo, le tomaron el gustico y para nada quisieron luego cambiar de Facultad.

—Próceres importantes de la independencia como José María España y Manuel Gual, y presidentes de la talla de Carlos Soublette y José María Vargas, pertenecían a este territorio. Incluso el curazoleño Manuel Piar también pasó buena parte de su vida en esta región de La Guaira...—eran algunas de las conversaciones promovidas al interior, mientras yo rodaba por toda la avenida principal desde Maiquetía hacia Naiguatá.

—El puerto fue fundado a finales del siglo XVI, si mal no me equivoco en 1589, —afirmaba Ulises acudiendo a sus conocimientos de historia y a los párrafos del folletín impreso. Argumento rebatido por Lola, quien era la más preparada de todos en materia de historia de Venezuela.

—Fecha algo dudosa esa, Ulises... —corrigió—... teniendo en cuenta la inexistencia de algún documento al respecto que lo compruebe, excepto ese pasquín de dudosa procedencia que tienes en las manos...

Y tenía razón pues, al parecer, la fecha se había tomado al celebrarse un día de San Pedro, santo bajo cuya advocación fue

fundada la primera iglesia de ese poblado. Algunos historiadores coincidían en que el puerto fue creado a consecuencia de la necesidad de tener un buen sitio de embarques y desembarques que reuniese las condiciones mínimas para la operación de navíos, muy cercano al camino hacia Caracas. Diego de Osorio aparece como “fundador” porque fue en su gobernación cuando se comenzó la construcción de importantes instalaciones, dándosele el nombre de puerto de Caracas.

Cuando aparcábamos cerca de la Plaza Vargas, descendíamos de la buseta para estirar las piernas, desayunar y comprar unas cervezas en las licorerías cercanas. Esto nos permitía recorrer la zona Colonial y hacer fotografías en blanco y negro para luego revelarlas en el laboratorio de Ciencias de la Tierra. Ventanales, fachadas, ancianos sentados en los bancos dando de comer a las palomas, niños corriendo de un lado al otro, un indigente tomando una siesta sobre la grama, un perro callejero velando su sueño... y nosotros haciendo de las nuestras... Gráficas luego compartidas porque la mayoría deseaba tener alguna de ellas en su cuarto de habitación como recuerdo. Las otras eran dignas de exposición y no faltó el momento en que lo hicimos en uno de esos tantos eventos al celebrarse un aniversario más del Instituto Pedagógico de Caracas.

Los exámenes finales se iniciaban a comienzos de junio y ya para el 23 nos encontrábamos preparando la ida para celebrar la parranda de San Juan Bautista... porque, si San Juan lo tiene, San Juan te lo da... así rezaba el coro de voces al lado de los tambores que recorrían toda la costa. Como siempre, el encuentro era a las

puertas del instituto y de allí partíamos temprano rumbo al litoral, con todos los invitados, incluyendo algunos profesores que a estas alturas de fin de año buscaban compartir con sus discípulos los días de borrachera. Al inicio de la tarde, la mina y la curbata recibían sus primeras palmadas sobre el cuero, y el coro de voces comenzaba a afinar a fuerza de los licores disponibles para el momento. Ya en la noche, en una casa cercana donde se encontraba la pequeña imagen de San Juan Bautista, bien adornada en su nicho con papeles de colores, flores, telas y palmas, llegaban los tamboreros, con su coro desafinado, cantando: “San Juan to’ lo tiene/ san Juan to’ lo da,” delante del santo para dar inicio al primer velorio. El resto era pasarla de la puta madre, como decía Rosa Mary, para amanecer con la más fiera de las resacas, todo producto de la liga de bebidas distribuidas por los bailadores durante el paseo por los vecindarios cercanos al malecón.

Entre Campoamor y las “goriladas”

El discurso del pasado dictatorial y represor en Latinoamérica y Centroamérica, coincidía en señalar a Estados Unidos como el gobierno que motivaba y creaba las condiciones para que se dieran las dictaduras y mantener, así, una hegemonía que, según su visión del mundo, evitaba la expansión de la amenaza comunista. La orden de proletarios del mundo uníos, había partido de la Unión Soviética luego de la revolución leninistas. De Vladimir Ilich no sabíamos mucho y apenas soportábamos leer el “¿Qué hacer?”, sólo para tener un elemento de discusión con los Trotskistas, quienes no cesaban en acusarnos de revisionistas por diferir de sus

ideas acerca del socialismo. Mucho menos teníamos algún interés o simpatía por la gloria de Stalin, quien tenía muy mala fama a pesar de haber evitado la llegada de los nazis a Moscú. Pero el haber expulsado a Leoncito por criticarle cuatro pendejadas, no parecía ser cosas de un líder revolucionario. Más si luego lo mandó a tocar las puertas de San Pedro, durante su estancia en Méjico, con el tal Ramón Mercader, quien fungía como agente español de la NKVD soviética. En fin, nosotros comenzábamos nuestra historia revolucionaria con Nikita Kruschev y su zapatazo en las Naciones Unidas, seguimos con una crítica feroz a Brézhnev, y, a fuerza de citas mal interpretadas extraídas del “Que hacer” de Lenin, buscábamos adaptar el Checoslovaquia de Teodoro Petkof, a nuestra realidad social, enfatizando que el ¿Qué hacer?, – salvando las distancias– había provocado en Venezuela la división del PCV tal cual en Rusia la división del Partido Obrero entre bolcheviques y mencheviques. Los bolcheviques pasaron a ser el partido revolucionario, mientras sus contrarios tomaron un camino más moderado hacia la revolución socialista. Caso nuestro, que no era tan nuestro, pero que con tanta confusión comunista en nuestras cabezas servían para cualquier cosa, incluyendo una fructífera discusión con las chicas del trotskismo, quienes, por alguna razón desconocida, eran más bellas y estaban más buenas que las nuestras. La discusión siempre se centraba en la posibilidad de exportar la revolución desde tan lejos. Ellos defendían su posición tomando como ejemplo el asalto al cuartel Moncada, mientras nosotros cuestionábamos los métodos poco humanitarios de aquella gesta. Y en medio de la polémica nos tropezábamos de repente con dictaduras clasificadas como buenas y otras como

malas. Dependiendo de la ley Campoamor y su prosa: “En este mundo traidor / nada es verdad ni mentira / todo es según el color / del cristal con que se mira” con la cual, se admitía, según los estudiosos del poeta, que el subjetivismo impera sobre lo inexorable, como la arbitrariedad y el relativismo, en todas las facetas de nuestro ser ontológico, pues ningún valor es inalterable, perdurable o indeleble al tiempo.

De tal modo que si bien Rosa Mary se había aprovechado de nuestra ignorancia en materia de dictaduras vistas a la distancia, entre el Atlántico y tierra firme, contándonos los desafueros del franquismo con su librito de Santiago Carrillo bajo del brazo, nosotros comenzamos también a narrar nuestra propia historia, comparando los desafueros cercanos dejados por Marcos Pérez Jiménez, nuestro pequeño dictador hasta 1958, una especie de bebe de pecho frente a la gorilada existente en los países de América Latina. Más claro no cantaba un gallo e independientemente del color del cristal con el que se mirara a las dictaduras, todas coincidían en un mismo punto: la violación de los Derechos Humanos. Por ello, una vez eliminadas del panorama y con la visión de preservar la memoria de lo injustificable, los gobiernos sucesivos en democracia y las instituciones defensoras de estos derechos inalienables, recuperaron espacios físicos donde mostraron, a base de testimonios, las espantosas operaciones de tortura...

Cuentos entre torrentes agresivos

–Si vamos a nadar, no cuenten conmigo... –dijo con su humor de amargado... No existe en el mercado chapadeta que me quede a medida en este tocón de piedra.

Por momentos el caudal subía repentinamente y cuando el miedo estaba a punto de llevarnos a la desesperación, automáticamente descendían de nuevo hasta el cuarto piso. Entonces reíamos y nos burlábamos de nuestras caras de pánico.

–De esta también algo... –dijo Saverdún... Mejor dicho, de esta sabemos muchachos, desde que viene jugando conmigo desde hace varios años, y si no me quedé entredado en el apartamento buscando las mudetas, no creo que me toque ahora que estoy más arriba de donde ella me esperaba.

Y esa expresión abrió la puerta a nuestros momentos críticos en los cuales nos habíamos topado de frente con la muerte y esta había pasado de largo. No era precisamente el lugar para contar estas historias, sin embargo, hablar de lo funesto nos levantó el optimismo para pensar en nuestra buena estrella en comparación con la fatalidad de nuestros vecinos desaparecidos bajo el torrente. Aun así, nunca creímos que hubiesen muerto; probablemente, algunos debían haber sufrido alguna herida al chocar con las piedras, pero estábamos seguros de que habían sido rescatados luego de su recorrido por los “rápidos”. Teoría mantenida por Ulises para darnos ánimo por si tomábamos en algún momento la decisión de lanzarnos a la torrentera.

–Es como los rápidos del Niágara, un dejarse llevar por la corriente hasta una zona menos torrencial...

Insistía, con su pose de especialista, en que debíamos buscar la manera de atrevernos; pues al final nos esperaban las brigadas de rescate.

–Y qué hacemos con este mocho –pregunté, señalando a Saverdún con una mueca horizontal de la boca, para dejarlo en ascuas con su espantosa teoría de los rápidos, aunque por un momento me pasó por la mente una de sus respuestas habituales:

–Que se joda –pero no fue así. Más bien soltó una carcajada de las suyas y dio paso a Saverdún quien continuó narrando la odisea de su padre desde Alemania hasta Palestina. Durante la larga travesía, Jacob Salomón contó a los soldados británicos la vieja historia de los barcos de la esperanza. Y ellos le informaron a él lo acontecido con la embajada española en Budapest. Aquellos eran muchachos jóvenes de diferentes islas que se habían conocido en el regimiento. Algunos eran escoceses y su tema preferido era hablar del whisky. Los irlandeses defendían las cervezas y los londinenses, la hora del té. Ninguno tenía la más puta idea de donde quedaba un país llamado Venezuela, en donde existía un lugar llamado La Guaira y otro llamado Puerto Cabello. Sin embargo, si tenían referencia de algunos barcos salidos de Hamburgo con cientos de judíos a bordo. Una historia más parecida a una fábula que a una realidad salvadora. Nadie podía creer, a pesar de la atmósfera de guerra, que la sangre podía llegar al río y aseguraban un regreso a la normalidad luego de la alharaca populista de ese loco de esquina. Se preguntaban cómo un país en

donde había nacido un Beethoven, un Strauss, un Handel o un Bach podría también engendrar a un hijo de puta con bigotico ridículo capaz de iniciar la peor matanza de la historia.

–Un loco de capirote –dijo Ulises soltando una carcajada contagiosa ante Adolfo Saverdún, para agregar que, si había que correr los “rápidos”, se lo echaba a las espaldas, siempre y cuando, también fuese mocho en las entrepiernas.

Ulises manejaba al dedillo la génesis, trayectoria y caída del tercer Reich. Hitler, Nerón, Calígula, Napoleón y Alejandro entre otros connotados orates le apasionaban.

–Aquí ya nos llegó el nuestro...–agregó refiriéndose a las recién finalizadas elecciones presidenciales...Y el que esté libre de pecados que lance la primera piedra...

De todos nosotros fue el único que se atrevió a leer “Mi Lucha”. En el Pedagógico él había optado por la mención de historia universal. Yo, en cambio, preferí especializarme en la de Venezuela. Algo mucho más contemporáneo, más cercano a mi realidad...

–Y más sencillo para salirte por la tangente... –me dijo un día... Estudiar 400 años de historia es una vaina para flojos...

En nuestros coloquios de cafetín y de bares underground, la fanaticada lo increpaba para escucharle narrar esos cuentos de antología. Historias, locura condenable e irrepetible realizadas por seres humanos, víctimas del fanatismo y la codicia. Coleccionaba aviones de todos los tipos usados en la primera y segunda Guerra

Mundial; prototipos de plástico cuyas piezas se unían unas a otras y que adquiría en tiendas insospechadas, o les enviaban familiares desde el exterior. Su cuarto estaba lleno de todas estas cosas aéreas con nombres y apellido de quienes en algún momento las pilotearon. Tenía modelos japoneses, alemanes, ingleses y norteamericanos por doquier. Cada uno con una historia diferente. Sólo había que preguntarle acerca de alguno de esos prototipos que incluso en forma de naipes escondía en su agenda de apuntes. Y los mostraba diciendo:

–El Messerschmitt Bf 109 fue un avión de caza alemán de la Segunda Guerra Mundial diseñado por Willy Messerschmitt. Después de haber pasado por su bautismo de fuego en la Guerra Civil Española, fue la espina dorsal de la fuerza de cazas de la Luftwaffe alemana... –luego mostraba otro o lo dibujaba con unos trazos indefinidos hasta para el mejor caricaturista.

–Con ese deben haber bombardeado Guernica –Agregó la Lola en tono burlón, tratando de sacarlo del tema, pero nada, cuando el hombre se obsesionaba no existía manera de...

–Este es el North American P-51 Mustang, uno de los cazas más emblemáticos debido a su velocidad, capacidad de aceleración y sencillez de manejo...–y así continuaba hasta no parar... El Super Maryne Spitfire, por ejemplo, continuó siendo usado hasta 1950. El Chance Vought F4U Corsair sobrepasó la capacidad de producción de la compañía Vought, y lo continuó la Goodyear, y ni hablar del mejor de todos, el Enola Gay, el Boeing B-29 Superfortress. Una nave inolvidable para los japoneses, luego del hongo atómico que envolvió Hiroshima...

Cuando se pegaba en un tema, sólo era posible detenerlo con otras inquietudes y la más cercana era siempre mencionar alguna fábula griega, para entonces verlo lucirse hablando de Pericles, Clístenes y Solón. De Homero, la Ilíada y la Odisea, hasta llegar a Hércules, héroe del Olimpo. Nos veíamos las caras y comentábamos que por algo se llamaba Ulises.

Como tenía mala bebida, no siempre le caía bien algún advenedizo llegado a nuestra mesa, más si este intentaba contradecirlo con argumentos traídos por los cabellos. Entonces la cosa se ponía delicada, pues Ulises tenía una prodigiosa manera de usar el lenguaje para humillar en extremis a sus detractores. Solamente nosotros captábamos su saña inescrupulosa, su forma terrible de hacer añicos a un inocente lector de folletines y repetidor de gestas heroicas inexistentes. “Bobadas” según él. Esto ocurría a menudo y él no soportaba esa curiosidad naif de la gente normal con quienes compartíamos los cuchitriles estudiantiles, por ser estos unos locales en donde las bebidas eran mucho más baratas. Con estos precios atraían a toda una clientela juvenil dispuesta a gastarse en cervezas la pasta que tenía y la que no, pero a quienes siempre los propietarios, a sabiendas de que en su local dejaban la beca mensual, les hacían firmar unos pagarés bajo intereses exagerados; así se incrementaban las deudas hasta convertirse en pagos imposibles de ser cancelados. Y entonces, huíamos despavoridos, para no volver durante un largo tiempo; lapso en el cual descubríamos que el local ya había cambiado de propietario y de nuevo se iniciaba el círculo vicioso.

Ulises no era precisamente muy ducho en el arte de las

trompadas, como sí lo era en natación. Las trompadas me las endilgaba a mí y yo siempre buscaba evitarlas. Practicaba boxeo desde adolescente hasta el día de un extraño ritual en el ring en donde un profesional subía al cuadrilátero con el firme propósito de reventarte el tabique nasal... Hasta ahí llegó mi amor por el pugilismo, luego de observar los dos combates antes del mío. Colgué los guantes y salí huyendo con mi nariz perfilada intacta, sin darle una explicación a mi entrenador a quien logré ver un par de años después para que me dijera:

–Eras muy bueno como pugilista... –me dijo–... pero demasiado gallina.

Para defender a todos los camaradas estaba yo, y no era nada sencillo resolver las controversias antes de llegar a las manos. Y si bien era muy cobarde tal cual la opinión de mi entrenador, la fama de boxeador me precedía y yo la utilizaba hasta el cansancio... Al final, siempre buscaba la conciliación, gracias a una superioridad física contradictoria con un espíritu temeroso, que me protegía contra la violencia, y me servía para negociar una salida o huida sin perder el glamour.

Hitler se esconde en Argentina

–Oigan esto... ¿Sabían ustedes que Hitler tenía a Venezuela como objetivo, cuando pensó apoderarse de Eudopa? –entró Adolfo al ruedo dejándonos en ascuas en plena discusión estúpida sobre los “rápidos” ante una corriente voraz llena de escombros que nos mantenía a la expectativa, sin que las brigadas de rescate

llegaran a socorrernos.

—...Papá me contaba que por intermedio de dos judíos establecidos en el país se enteró de la existencia de una amplia colonia alemana y había que estar muy cauteloso, porque manejaban mucho poder y tenían mucha influencia en el gobierno, cosa de la cual no escapaba ninguna nación sudamericana.

El comentario me pareció algo descomunal, y aunque ciertamente los alemanes tenían una gran colonia ubicada entre Caracas y Aragua, el agregado me sonaba a cuento chino. Sin embargo, Ulises no dudó y aumentó la polémica dejando en claro que, sin contactos en el continente, a los nazis le habría sido muy difícil instalarse en estos predios.

—Para muestra un botón —dijo, y entonces exhibió cinco ojales, comenzando por Josef Mengele y Aribert Heim llamado el “Doctor Muerte”. Siguió con Walter Rauff, de quien se afirmaba había sido el inventor de los camiones asesinos, un sistema sofisticado de cámaras de gas, con los cuales se liquidó a más de medio millón de personas.

—Ese loco de mierda fue arrestado por las autoridades argentinas, pero bajo complicidad, huyó de la cárcel y se trasladó a Chile. Allí, pese a ser identificado, nunca se le extraditó y terminó siendo uno de los más fervientes colaboradores con el gobierno de Augusto Pinochet.

A estos tres personajes, Ulises agregó a Ludolf von Alvensleben y Adolf Eichmann, unos asesinos seriales vinculados con la muerte de más de una decena de menores en Buenos Aires en circuns-

tancias extrañas, jamás aclaradas. Siempre se había hablado de unos 300 mil nazis ocultos en Sudamérica, siendo Argentina el destino principal, seguido por Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Se mencionaba a Mengele como el autor intelectual de estos crímenes, pues los nazis intentaban revivir a Hitler clonando menores con ciertas características en América Latina. A los infiltrados se les había inculcado la idea de un Furher oculto entre ellos bajo el seudónimo del “großmütig”, el magnánimo, quien cómo Lázaro había resucitado al tercer día, que era como el Tercer Reich, y desde el continente reviviría el nuevo ideal de la raza pura.

Algunos de estos gobiernos, aún hoy en día, tienden a negar esa versión, sin embargo, con los años, se comenzaron a descubrir emporios nazis establecidos a fuerza de grandes sumas de dinero, arcas dispuestas para enriquecer a grandes empresarios, financiar dictaduras y comprar elecciones regionales. Las leyendas sobre estos emporios abundaron una vez finalizada la guerra, incluso se comentó por muchos años que no fue tan cierta la historia de los suicidios de la familia Goebbels, del mismo Hitler y de Eva Braun, pues los cuerpos incinerados y enterrados por los rusos generaron suspicacias y hubo quienes afirmaron que, tanto el Furher como su amante, también pudieron haberse enconchado en la Argentina de Perón. La sospecha vino generada por el dictamen de los forenses luego de realizarse las autopsias respectivas. Según versión de Edgar J. Hoover, los restos incinerados no coincidían con la tipología del dictador fielmente descrita en los archivos secretos del FBI.

Sin embargo, bajo muchas dudas, el mundo libre creyó en el suicidio de Adolfo Hitler, una vez que Berlín fue tomada por las tropas soviéticas en 1945. El Führer acabó con su vida puesto que ya nada se podía hacer, no había modo de escapar, de resistir, y peor aún de ganar la guerra. Pese a que supuestamente encontraron su cadáver, Stalin dijo que Hitler había escapado y, de allí en adelante, fueron muchas las conjeturas creadas a partir de esta afirmación e incluso, se llegó a especular que se había refugiado en Argentina y que vivió y murió en la provincia de Córdoba...

Otra versión bastante destacada por inverosímil está expuesta en el portal “Pasarmiedo.com”, la cual me atreví a transcribir luego de recordar aquella charla entre tres damnificados en medio de una torrentera descomunal

“En abril de 1945, Hitler era el hombre más buscado de Europa, pero en la confusión de la guerra era difícil conseguir evidencias. La desaparición del dictador atrajo el interés de científicos, historiadores y espías de USA, la URSS e Inglaterra. De hecho, el FBI recibió información de que Hitler había huido de Alemania, de que estaba en Argentina, o bien en uno entre varios lugares de USA, o de otra parte del mundo. Por ello, donde tenía jurisdicción, el FBI hizo averiguaciones para ver si las afirmaciones sobre Hitler eran ciertas; entre esos lugares, estaban muchos países de Sudamérica, incluyendo Argentina.

Viajando entre rumores

Cuando un rumor se propaga no hay quien lo pare y entre los cuentos más conocidos el de su escape por el aire era uno de los más cotizados por los ingenuos. La hipótesis sostenía que los nazis habían capturado aviones ingleses precisamente para escapar en ellos sin ser detectados en el momento en que fuese necesario. De hecho, conservaban dos con una capacidad de vuelo de 18.000 km guardados al norte del territorio, ya que, en efecto, existía el plan de sacar a Hitler por aire, en plena toma soviética de Berlín...

Si bien la idea de los soviéticos era capturar al Furher con vida, este no les dio el gusto y se suicidó junto con su pareja, Eva Brawn, en su bunker el 30 de abril de aquel 1945. Así se lo transmitieron a Stalin, pero, poco después, Stalin hizo caso omiso de aquella información y le expresó al presidente Truman que Hitler había escapado a la Argentina. Presumiblemente lo hizo para afectar la moral de los occidentales tras la guerra, aunque se piensa que en realidad sí tenía dudas sobre si el cadáver encontrado era en realidad el de Hitler. Estas dudas se transmitieron con gran fuerza a los estadounidenses; tanto así que los cuestionamientos del general Heisenhower sobre la muerte del dictador, salieron en varios diarios americanos. En medio de aquel contexto se desató una guerra de intrigas en donde los soviéticos se quedaban con la mejor parte, mientras los ingleses y los norteamericanos se acusaban mutuamente de asilar al dictador. Quitarse esa acusación de encima era difícil en base a investigaciones, ya que los soviéticos habían sacado muchos elementos del refugio de Hitler y se habían quedado con casi todos los prisioneros nazis capaces

de dar un testimonio importante. En tal situación, los ingleses decidieron interrogar al chofer personal de Hitler, y según el testimonio de éste y otros elementos de juicio, dieron como versión oficial que Hitler se había suicidado, aunque no existían huellas de bala en el refugio ni nada concreto que pudiese probarlo, de modo que los soviéticos continuaron insistiendo en que Hitler vivía.

La siguiente etapa importante del asunto, vino cuando en Estados Unidos empezaron a surgir reportes de gente que decía haber visto a Hitler: estos variaban en detalles, y algunos eran simplemente bromas. Ante tal situación, el FBI asignó 1000 agentes al proyecto de búsqueda de Hitler y al respecto se redactaron unos 1200 informes. Paralelamente, sectores sensacionalistas de la Prensa, como la *Police Gazzette*, comenzaron a sacar segmentos que se renovaban periódicamente, dentro de los cuales se ofrecía información sobre avistamientos y supuestos paraderos del alemán, aunque generalmente todo esto no era de ayuda alguna para las investigaciones del FBI.

Así, mientras los norteamericanos se esforzaban por saber qué había pasado con Hitler, los soviéticos no habían vuelto a examinar ni una vez el supuesto cadáver, aunque lo más sospechoso de todo fue que lo enterraron en secreto, en un bosquecillo... Todo, según se supo décadas después por testimonios aislados, era parte de la llamada “Operación Mito” de la KGB y el SMERSH. Dicha operación tenía el objetivo de hacer creer a Occidente que Hitler no se había suicidado y estaba vivo... Simplemente Stalin deseaba tener un elemento para desacreditar a regímenes

occidentales que tachaba de “fascistas”, particularmente el de Franco en España y el del general Perón en Argentina, a los cuales Stalin calificaba de “dictadores reaccionarios semi nazis”.

Independientemente del trasfondo político, era evidente que Stalin tenía en gran parte razón al sospechar de aquellos regímenes, y Argentina lo mostraba claramente ya que, con el paso del tiempo, se sabría que allí se refugiaron unos 300 criminales de guerra nazis con procesos judiciales en su contra... Dentro de todo este escenario, la hipótesis dominante era que los dos cadáveres (el masculino y el femenino) encontrados por los soviéticos en el refugio de Hitler, eran en realidad los cadáveres de dobles de Hitler y Eva Brown, y que la pareja había escapado en avión a Noruega para, desde allí, ir en submarino hasta América Latina.

Los submarinos en Argentina

El historiador sudamericano Carlos de Nápoli, afirma que el 22 de mayo de 1945, el jefe del Estado Mayor de la Armada argentina, Hector Vernengo Lima, emitió una comunicación confidencial al ministro de la Marina Argentina, Alberto Teissaire, en la que advertía que algunos submarinos alemanes atravesaban el Atlántico con dirección a Argentina. El 26 de junio, la jefatura de Policía de Buenos Aires registró que un submarino no identificado había sido reabastecido con gasolina por un velero en las costas argentinas, y que del submarino habían desembarcado un hombre y una mujer, quienes posteriormente fueron recibidos por un ciudadano alemán que los condujo a una casa en los

alrededores. Todo esto aparece en un documento que el director del FBI, Edgar J. Hoover, recibió de un agente de contraespionaje en el cual se sugería la posibilidad de que Hitler se hubiera refugiado en una casa del conde de Luxburg, relacionista público del espionaje nazi.

Los historiadores no dudan de que el submarino nazi, U-530, se entregó el 10 de julio de 1945 en Mar del Plata. Cuando los inventarios del sumergible fueron revisados, se descubrió que entre los equipos faltaba un bote de goma similar al encontrado en la playa de Necochea, en la cual habían desembarcado el hombre y la mujer que salieron del submarino cuyo reabastecimiento fue registrado por la Policía el 26 de junio...

El Hotel Edén

Supuestamente, tras desembarcar en Argentina, Hitler y Eva Braun habrían ido a Córdoba, refugiándose inicialmente en el Hotel Edén (ubicado en la localidad de La Falda, dentro de la provincia de Córdoba), cuya dueña era amiga de Hitler desde hace mucho tiempo atrás. Esto se ve apoyado por reportes de Hitler atravesando el territorio argentino con rumbo a Córdoba. De hecho, en 1995 el FBI desclasificó documentos de la investigación que habían realizado sobre el matrimonio de Walter e Ida Eichhorn, quienes fueron dueños del Hotel Córdoba. Entre esos documentos, había un informe fechado en Washington el 17 de septiembre de 1945, dentro del cual se revelaba que el matrimonio Eichhorn había ayudado a financiar el ascenso de Hitler al poder

político, y que incluso la pareja ponía su hotel al servicio de éste, por si necesitaba escapar. Al parecer, la señora Eichhorn, y familia había sido entusiasta partidaria de Hitler desde que fue fundado el partido nazi, tanto que habían colocado 30.000 marcos de su cuenta bancaria a disposición de Goebbels y Hitler nunca olvidó este gesto. Durante los años siguientes, cuando él estuvo en el poder, se hicieron muy amigos, tan unidos que solían vivir juntos en el mismo hotel en ocasión de su anual permanencia en Alemania en el Parteitag (la fiesta del Partido Nacionalsocialista). Ellos tenían permitido entrar en los cuartos privados del Führer todo el tiempo, sin ser anunciados previamente, y le habían asegurado al Führer que, en cualquier momento de dificultades, siempre encontraría refugio seguro en La Falda, donde ellos ya tenían hechos los preparativos necesarios.

Entre los testimonios que afirman el hecho de que Hitler escapó a Córdoba después de haber desembarcado en Argentina, está el de Catalina, mujer que trabajó como camarera en el Hotel Edén. Ella cuenta que, en cierta noche de 1948, llegó un coche negro que trasladaba a un pasajero muy importante, aunque ella y los demás empleados no podían acercarse a los visitantes ni preguntar nada al respecto. Únicamente podían interactuar con el visitante en el marco de los servicios hoteleros, y dentro de un extraño parámetro que marcaba distancias con el misterioso huésped: “Usted, lo que vio, haga cuenta que no vio nada”, le había dicho Ida Eichhorn a Catalina.

Pese a todas las precauciones, los agentes de la CIA ya estaban atrás del hipotético Hitler, pero cuando llegaron al hotel Edén, el

supuesto Hitler ya no se encontraba. Recuerda Catalina sobre aquellos días: “Según lo poco que se hablaba por teléfono, él estaba en la Rioja, y después desapareció de acá”

Supuestamente, Hitler habría seguido viviendo en Argentina, teniendo allí dos hijas con Eva Braun, y muriendo en 1962, a los 73 años, para finalmente ser enterrado en un lugar de la Patagonia, según testimonios no verificados...

Diálogo entre torrenteras

–Para Hoover –aclaró Ulises– la única prueba, de dudosa credibilidad, era una versión incoherente del piquete soviético que encontró los cuerpos incinerados, pues la traducción hecha al inglés por los intérpretes rusos fue tan básica que nadie se preocupó en definir si Смотреть что такое “calcinar”, significaba quemar algo por completo, a sol, o a fuego lento, tal cual se hizo con los judíos en los campos de incineración, o si se trataba de rocearlos con cal viva para acelerar la descomposición de los cuerpos. O si, simplemente, se trató de un equívoco en donde la palabra Смотреть что такое se entendió por Cook en vez de “calcine”.

–Y para atizar el fuego de las dudas, –agregó soltando una carcajada que por segundos empequeñeció el sonido de las aguas– todos los soldados que integraban aquella patrulla desaparecieron misteriosamente y de ellos nunca más se sabría.

Aquella versión de película, según su opinión, formaría parte de las patrañas tejidas alrededor de todos esos acontecimientos, que

inquietaron al mundo. Para mí, esta película escuchada de sus labios, alivió mi temor a morir ahogado, si el temporal no cesaba en su afán por arrastrar todo a su paso. La carcajada de Ulises se perdió poco a poco entre el rugir de las aguas y el silencio del cual huíamos, de nuevo tomó su lugar privilegiado. Era el ángel de Saverdún que regresaba para instalarse en medio de una mudez colectiva.

El cuento no contado

De todo eso y mucho más, me habría gustado hablarle a Rosa Mary en esa mesa de siempre, donde matábamos las tardes tediosas del verano, mientras la ciudad permanecía en su soledad maravillosa durante el día, pues los vacacionistas bajaban al litoral apenas despuntando el sol y regresaban al final de la tarde. Nosotros hacíamos todo lo contrario y evitábamos así las colas infernales de automóviles que convertían la autopista en un caos insoportable, no apto para los parroquianos habituales, como era nuestro caso.

En la carta que le escribí aquel 24 de diciembre no pude describirle todo aquello y apenas me limité a unas pocas frases como “me salvé de milagro” y me conformé con una frase en aquella otra carta de respuesta que me envió: “Gracias a Dios” Y así, “La cosa se puso muy fea y desapareció mucha gente” “Que lastimoso todo eso”. No encuentro palabras...Y en esta oportunidad no se habría reído de mis desventuras como en anteriores ocasiones. Le habría hablado de cómo subimos a la azotea con el mocho sin

frenillo. Seguro se habría divertido porque, hasta cuando hablábamos sobre desgracias, lo hacíamos con ese humor negro digno del venezolano... Una manera de ser, una forma de burlarse de todo, hasta de nosotros mismos y eso le agradaba. Recuerdo que, llegando para unirse a nuestro grupo, le era difícil entender nuestras peleas y nuestros juegos pasados de tono, para su gusto. Con respecto a ella, apenas nos pasamos de la raya en muy pocas ocasiones y, sin embargo, nunca, a pesar de las ganas, nos burlamos de sus frases manidas extraídas del libro de Santiago Carrillo y de su postura circunspecta sobre el destape español. Así como de sus inquietudes sobre los escritores latinoamericanos.

Ya para enero de 1979 yo alcanzaba los 24 años. Ella había cumplido los 23 a finales de diciembre y yo a principios de enero. Fue en ese espacio de tiempo cuando comenzamos a vernos en forma diferente. Ahora nuestros viajes al litoral se enriquecían con un regreso a Caracas por la zona montañosa de Carayaca. Llegados a la Colonia Tovar, un emporio alemán que databa desde inicios de siglo, nos desviábamos hacia la zona del Jarillo para sentarnos bajo los durazneros a escuchar el sonido del silencio. Todos se habían emparejado y sólo nosotros, Rosa Mary y yo, lucíamos libres de compromiso. Eso creaba una especie de obligación y las presiones de los amigos no se hacían esperar.

—Ustedes dos se las llevan súper bien... —era Aida quien ya salía con Ulises, luego de semestres de escauceos—... Cuadran perfecto el uno con el otro.

Aida veía siempre lo que nadie veía. Era la propia miope, para mí, de las realidades existentes, pero un águila para lo inexistente

y lo inexistente lo pudo notar sin que mediara una evidencia probable. Y esa improbabilidad se evidenció más de lo normal esa tarde cuando decidimos jugar a los sonidos del silencio

—A formar pareja todo el mundo —ordenó Ulises, y de inmediato cada quien asumió la suya. Rosa Mary y yo nos quedamos en el limbo y Aida agregó.

—Ponte con Rosa Mary, bobo —y nos vimos las caras y el gesto de aceptación lo dijo todo.

La idea era colocarse rostro con rostro salvando las estaturas, tan cerca como fuese posible para escuchar el sonido del silencio. Centímetros de distancia de acuerdo a una negociación tácita, un acuerdo pactado entre las parejas aún no emparejadas que se deslizaban sigilosamente bajo el amparo de la complicidad, dentro de la buseta, en las primeras de cambio. Aida y Ulises no sólo se rosaban los labios, sino que se besaban y asomaban una sonrisa muda. Lola y Simón, hacían lo suyo con miraditas que delataban una confabulación que iba más allá de lo pactado...y así. Rosa Mary y yo nos vimos...nos acercamos lo suficiente para no perder nuestra libertad decretada en secreto individual desde 1978. Diez centímetros bastaron y, luego, había que cerrar los ojos y sólo permanecer oyendo ese vacío sin pájaros cantando, sin el viento soplando, sin el ruido de automóviles cercanos, sin conversaciones y murmullos lejanos...Ese silencio silencioso en medio de una densa neblina. Un sonido sin sonido estruendosamente molesto en los oídos como un pito estático, bajo una sola nota musical sin cambio alguno, sin agudos ni bajos, una presión estancada en un laberinto horizontal, un sonido detenido en el silencio...crónico e

interminable, diría yo mientras buscaba una definición absurda de encontrar.

Submarino alemán ataca Maracaibo

Si bien nos entreteníamos con los cuentos de Adolfo, bajo las dudas respectivas, no era una falacia aquello de los grupos nazis organizados para la década de los años 30. Ya en Venezuela, existían conglomerados Nazis en Maracaibo, Caracas y La Guaira; inclusive se habían constituido grupos adscritos a las juventudes Hitlerianas. La nave alemana Tirpitz ondeando su svástica frente a las costas de Vargas en el año 36, luego de la muerte de Gómez, lo demostraba con creces, como para no dejar dudas de que, con el General López Contreras, también las cosas entre ambas naciones podían continuar sin contratiempos. Gómez había demostrado temple como cachorro de genocida en treinta años de dictadura. La cárcel de La Rotunda había sido un buen ejemplo con sus grillos siempre disponibles para toda extremidad inferior con olor a comunismo. Por sus catacumbas estuvieron de visita Román Delgado Chalbaud, quien habitó una celda por catorce años, y el escritor José Rafael Pocaterra, quien narró sus desventuras en prisión en su novela Memorias de un Venezolano de la Decadencia. Sin ton ni son, recorrieron sus umbrales los sacerdotes Mendoza y Monteverde, engrillados por ser parte del clero opositor; el jurista Néstor Luis Pérez Luzardo; el político Jovito Villalba; el poeta de “Píntame angelitos negros” Andrés Eloy Blanco; y, por supuesto, en esa larga lista no podía faltar un periodista, y entonces le tocó el turno a Carlos López Bustamante,

director del diario El Fonógrafo. Fueron muchos los que dejaron su juventud o su vida entre las paredes de la cárcel del gomecismo.

Si bien Gómez cedió ante aquella visión del mundo por ignorancia, viveza criolla o desidia gubernamental, López Contreras no se tragó el cuento del nuevo ideal germano y aunque fue el escogido por el dictador para continuar su empresa, se le ocurrió, tal cual rezaba el dicho: “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”; que era la hora de cambiar el país y avanzar en términos democráticos. Eran los tiempos de Pumarejo, Santos Montejó y Lleras Camargo en Colombia, Getúlio Dornelles Vargas en Brasil, Oscar Benavides en Perú. Y durante la famosa guerra del Chaco en Bolivia, los gobiernos consecutivos de Daniel Salamanca, Tejada Sorzano, David Toro, Germán Becerra Quintanilla hasta Enrique Peñaranda. En Chile, Elena Caffarena ejercía el liderazgo del Movimiento Pro Emancipación de la Mujer durante el gobierno de Arturo Alessandri. Atravesando sus fronteras al sur, gobernaba Agustín Pedro Justo seguido por Ramón Castillo hasta el golpe militar del 43 que le pone fin a la denominada “Década Infame” y le permite a Juan Domingo Perón, tres años más tarde, llegar a la presidencia de la República. En Uruguay, Gabriel Terra se convierte en dictador el 31 de marzo de 1933. Y en Paraguay, desde Eusebio Ayala, se suceden cinco presidentes de facto y uno constitucional, hasta Andrés Rodríguez, luego de la espantosa dictadura de Alfredo Stroessner. Ecuador, por su parte, vivió de salto en salto como jugando al “pisé” y, entre cuadro y cuadro, Velasco Ibarra gobernaba con una mano atrás y otra adelante en un por si acaso que le permitiera conservar ambas partes ante tantas ambiciones generadas por un continente lleno de dictaduras

y gobiernos de facto.

Aunque López Contreras sorteó con mano zurda lo que se le venía encima a partir de 1939, fue a Isaías Medina Angarita a quien le tocaría enfrentarse a la venganza germana para 1942, año en que el submarino alemán U502, al mando del teniente de navío Jürgen von Rosenstiel, atacaría durante tres horas a un convoy de buques petroleros con destino a la isla de Aruba. La ofensiva causó la muerte a más de treinta marineros, en su mayoría venezolanos, seguidos por otros cuarenta que correrían la misma suerte en ataques posteriores. La ofensiva se entendió como una retahíla alemana en vista de que Venezuela se había convertido en uno de los principales proveedores de petróleo a Estados Unidos. Un año antes del ataque a los petroleros venezolanos y dos días luego de la arremetida japonesa en Pearl Harbor, el gobierno de Medina Angarita se había solidarizado con los americanos y, el 12 de diciembre, congelaba los fondos de todas los emporios comerciales e industriales alemanes, japoneses e italianos, así como los fondos de aquellas otras empresas socias denominadas co-beligerantes y colaboracionistas. De milagro se salvaron las españolas y otras bajo capital yugoeslavo o pertenecientes a ciudadanos llegados de Luxemburgo. Esta acción llevó a un rompimiento de relaciones, pues, se había detectado una maniobra alemana hacia el continente con la mira puesta en Venezuela...

El espía que salvó al mundo

Si bien desde Europa nos veían como subdesarrollados en cuanto a conflagraciones se refiere, ni Hitler ni Mussolini, ni Hiroito podían imaginar que esta “pequeña” nación vista desde el horizonte, contaba con Garbo, el más “grande espía del mundo”. Un español al servicio de la Inteligencia aliada quien, en una misión especial, estuvo encargado de seguirle los pasos a las intenciones del Führer con respecto a América Latina. A él se le debe la rapidez con la cual Medina Angarita actuó a tiempo salvando al país de las pretensiones alemanas, previstas para invadir el territorio, con el fin de apoderarse de su riqueza petrolera. Al espía le gustó tanto nuestra forma de vida que, una vez finalizado el conflicto mundial, terminó viviendo en Maracaibo, la capital del Estado Zulia, a unas cuadras de Jacob Salomón Saverdún, en donde montó una papelería en pleno municipio de Lagunillas.

Garbo, cuyo verdadero nombre era Juan Pujol García, terminó sus días en el pueblo de Choroní, ubicado en la costa aragüeña. Allí fue inhumado, tal como lo había pedido, luego de fallecer en una clínica de Caracas en 1988. Antes de su deceso volvió a la reconstruida Europa y recibió los honores que no tuvo en su juventud. Sobre él se escribió una crónica en el diario El Nacional que logré encontrar cuando intentaba edulcorar la historia de Adolfo Saverdún, meses después de compartir aquellos terribles momentos de torrenciales aguaceros. Según la semblanza de Ernesto J. Navarro, Pujol vivió en Lagunillas, en plena efervescencia de la explotación petrolera. En ese campamento

tuvo un negocio en donde vendía artículos de oficina el cual le permitió mantener a la familia. Conocido por su nombre en clave británica “Garbo” y por su nombre en clave alemán “Arabel”, se desempeñó como doble agente en labores de espionaje y contraespionaje durante la Segunda Guerra Mundial y se destacó con éxito en el desembarco en Normandía. Su vida de sigilo y gran capacidad para mentir encontró en Venezuela el descanso, luego de la labor cumplida. Un artículo publicado por el portal web de Russia Today se adentra en el testimonio de los amigos que lo conocieron y, al parecer, nadie sabía acerca de sus dotes. La reseña sostiene que “Pujol hubiese podido ser cualquier cosa: Quiromante, vendedor o político. De haber optado por la escritura, de seguro no le habrían faltado personajes...” No en vano, el considerado “mejor espía del mundo”, usaba como nombre clave el apellido de una actriz de Hollywood. De allí que esa facilidad para crear o mentir, dirían algunos, le permitió llegar inmune de sospechas al denominado ‘Día D’, engañando al mismísimo Führer: Adolf Hitler, durante el desembarco de Normandía y a la –hasta entonces– infalible Abwehr, organización de inteligencia militar alemana...

Alucinando, inventando y hasta manejando a nuestro antojo hechos históricos, poco verosímiles, matábamos las horas mientras las aguas continuaban sin cesar su funesto recorrido. Nada parecía calmar su arrebató. Nada se podía hacer contra una furia almacenada de medio siglo. El mundo se estaba acabando y ya sólo nos quedaba rezar sin saber a quién, debido a esa condición atea inoculada durante nuestra adolescencia por una izquierda irresponsable. Una idea de un socialismo agotado apenas

desmintiéndose, luego de casi treinta años de discusiones internas. Y un partido dentro del cual vivimos nuestros mejores años, desmembrado por la avaricia cuando apenas comenzaba a despertar ante un mundo real. Y sin embargo, retornábamos de nuevo al pleistoceno. Un atraso con la misma palabra ajada de siempre: socialismo, el cual se iniciaba bajo una disimulada bota militar con votos de un populismo añejo, inoculado también cuando los valores morales cedieron ante una bonanza petrolera que nos había convertido en caníbales del consumismo desaforado de productos importados. La llamada “enfermedad holandesa”.

Así, ante la incapacidad ciudadana de prever el futuro, la naturaleza con su sabiduría lanzaba su alerta y obtenía una respuesta del máximo gobernante, una respuesta castrense, colmada de ignorancia bajo una frase tan marchita y deslucida como todas las citas recitadas, extraídas con pinzas de libros jamás leídos. Simón Piña, a pesar de Lola Blasco, nunca fue un sobaco ilustrado como el jefe del gobierno quien proclamaba por los medios de comunicación a viva voz: “Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y ...bla bla bla ...” y vaya que se opuso dejándolo en el más profundo bochorno, ante un país minoritario perplejo frente a tanta ignorancia. De esta manera se cumplía aquella máxima de que los pueblos se merecen el gobierno que tienen. Ciertamente ya se notaba mi odio por un país negado por mi ADN. Porque desde mi punto de vista, un país lo constituye su gente, y esta no era la mía. Me sentía un desarraigado en mi propio país, un huérfano de nacionalidad, pero esa sensación no era nueva. Había comenzado a taladrarme el cerebro en cada elección presidencial en la cual el populismo voraz intercambiaba votos

por dádivas de toda índole. Migajas que la miseria humana, la “tara genética” estaba dispuesta a recibir. La rapiña había comenzado en algún momento y, siendo historiador tenía como obligación primordial entender este país y a su gente para, a la vez, lograr entenderme a mí mismo. Todo esto cruzaba por mi mente en ese gran silencio en el cual nos sumergimos cuando las palabras desertaron y los cuentos se esfumaron en nuestras memorias ante el miedo de morir solitarios y abandonados, desaparecidos para siempre en las profundidades del barro.

–Acaba de pasad un ánged...–cortó el silencio Adolfo Saverdún.

Morir es sencillo, pero saber que la muerte está a tu lado es para morir de susto. En eso andaba mi mente cuando Rosa Mary apareció de nuevo en mis pensamientos solitarios y el ánimo me regresó al cuerpo, con tanta energía, que grité. Un grito garrafal, monumental incapaz de ahogarse en medio de la corriente y su sonido de piedras asesinas como torpedos, poniendo al ángel de Saverdún en su sitio.

–Antes de ocultase el sol, si no llega el rescate, nos lanzamos a los rápidos.

–¿Y qué hacemos con ed mocho? –Soltó Saverdún recordando mi frase, la cual no pasó inadvertida a sus oídos

–Te monto a mi espalda, aunque tengas íntegro el miembro de las entrepiernas –respondió Ulises con premura.

Conspirando contra un advenedizo

Así, en franco contraste ruidoso con respecto a la torrentera que se nos venía encima, me topé de pronto con aquel sonido del silencio en medio de los durazneros del Jarillo y con aquel rostro frente al mío. Mi mente se desplazó en el tiempo para congelarse en otra imagen, aquella que me mostraba una piel limpia, lozana entre sábanas blancas, en la habitación de aquel departamento de ensueños como si mirara un desnudo de Modigliani. Unos ojos azules sublimes, batallando contra unos parpados titilantes que los resguardaban de una brizna de paja maléfica, que pudiese atentar por momentos su belleza virginal. Y aquel silencio de pronto se vio interrumpido por otro recuerdo, un ruido distinto al de las aguas criminales, un coro lejano. ¡¡Que se besen!!... ¡¡ Que se besen!! Porque de nuevo mis ensamiento retornaban al Jarillo, a unas risas maravillosas y juveniles, una vez que sus labios se acercaron a los míos para darme un piquito tan tímido como decidido, que llevó al grupo a gritar de nuevo en forma de consigna: ¡¡ Rosa Mary / camarada /o besos /o nalgadas!! Y con respecto a mí, otro nuevo coro surgía mezclado con las risas...¡¡ el bobo/ o se deja/ o le jalamos / las orejas!!!...y ¡¡Bragueta/ abierta/no respeta/ pantaleta!! Hasta ahí llegó el disfrute porque de inmediato debía tomar el volante y bajar a la ciudad, pues ya estaba a punto de oscurecer y me tocaba la jornada de trabajo nocturna. Desperté de mi letargo. La torrentera no cesaba.

Finalizados los cursos de verano, a los que religiosamente asistíamos para no permanecer en el limbo de la ignorancia

durante casi tres meses, el ambiente estudiantil regresaba a los cafetines con sus discusiones de siempre, sus polémicas anquilosadas y sus debates crispados y hasta violentos entre facciones políticas. La llegada de Rosa Mary en esas ocasiones bajaba la temperatura porque su figura diminuta causaba admiración entre los asistentes. Ella lograba conciliar y hasta poner de acuerdo a grupos antagónicos. Todo porque los pretendientes saltaban a la vista. Eso llevó a Ulises a pensar en la posibilidad de utilizarla como anzuelo para atraer adeptos a nuestra causa, tal cual las trotskistas bellas cuyo conocimiento de Trotski, competía con el nuestro en materia de física nuclear. Sin embargo, jamás ninguno de nosotros llegó a hacerle tal propuesta en serio, pues ya se vislumbraba en ocasión de nuestro tímido piquito en los labios, que algo nos traíamos entre manos. Se nos veía agarrados de las manos por todos los rincones del Instituto, e incluso participaba como oyente en varias de mis materias consideradas de sumo interés para su formación política. Esto ocurría a finales de 1979 porque, para 1982, se había comprometido con Francisco Magallanes, un comerciante cuyo aval más notorio era el poseer una franquicia en el club catalán. Y si bien con él no teníamos ningún tipo de relación, la amistad con Rosa Mary era eterna, así como su fidelidad a los amigos cultivados desde su llegada a Caracas. Por ella estuvimos en la feria gastronómica catalana del club catalán y a través de ella conocimos a nuevo pretendiente.

—Ni se te ocurra contarle de nuestro enredo...—me dijo en esa ocasión—...Él es chapado a la antigua. Y hazle extensiva la advertencia a los demás porque yo a ustedes los conozco muy bien.

Y ese “muy bien” lo enfatizó de tal manera que no me quedó ninguna duda con aquella sentencia. Y ciertamente nos conocía ¡muy bien! porque una vez que estrechamos las manos del nuevo pretendiente, apenas éste se volvió para dirigir su atención a unos clientes que recién trasponían el portal, Aida soltó la primera frase.

—Que feo... Como se deja a alguien como tú por alguien como él... —y agregó, aludiendo al trotskismo cínicamente—... Tienes que revisarte.

—¿Y qué habrá pasado con Santiago Carrillo?... —ripostó Ulises con una sonrisita burlona en los labios—... ¿Lo habrá cambiado por Josep Mercader?

Magallanes era un hombre de una cultura aprendida en la universidad de la vida. Mucho mayor que todos nosotros, no poseía virtud alguna de simpatía y lo percibíamos como un aprovechador de oficio, encantador de serpientes a fuerza de tarjetas de crédito. Era una visión compartida a la distancia. Entrado en canas comenzamos a calcularle la edad y ninguno le asignó menos de cuarenta primaveras. Unos veinte años de diferencia lo separaban de aquella chica catalana llegada a nuestro redil, bañada de una inocencia seductora bajo una gracia virginal, atributos exteriorizados en un rostro iluminado y sublime. Cuchicheábamos y hacíamos señas torciendo la boca o mirando de soslayo al personaje cuando pasaba a nuestro lado recibiendo a sus invitados, haciendo gestos a los mesoneros quienes presurosos buscaban una plaza adecuada para el cliente recién llegado. Cuando ella nos veía, exagerábamos más nuestros mimos llamando su curiosidad con la intensión expresa de molestarla adrede.

–Están haciendo de las suyas ¿no? –dijo al vernos en nuestro oficio preferido.

Un juego pesado con el cual hacíamos y deshacíamos, así como cocíamos y descocíamos a los conocidos y amigos, sin su conocimiento hasta que el chisme se regaba como pólvora y hacía explosión al azar. Ella había sido una de nuestras víctimas predilectas a su llegada pues con su simpatía, despertaba el apetito sexual de los camaradas a cuenta del destape español. “La pobre llegó con una gonorrea de espanto”. Fue lo primero que le endilgamos por semanas. Cuando la veíamos andando muy entusiasmada con las bellezas trotskistas del instituto, corríamos la voz de que era lesbiana y lo último que se nos ocurrió, ya cuando se había separado de mí por circunstancias poco claras, fue su partida a Europa para realizarse un cambio de sexo. Con los meses, toda la patraña se venía abajo, pero en el intermedio la disfrutábamos como nunca, observando a los camaradas huir casi despavoridos ante su presencia y ver a las chicas levantarse de la mesa apenas llegando ella a saludar.

–¿Huelo mal? –preguntó un día con la expresión típica de desencanto en su rostro.

–Es que no le caes bien...–respondió Ulises a punto de delatarse con su carcajada preferida y, al instante, todos volvimos las miradas para no vernos a los rostros, porque las risas habrían sido el detonante manifiesto de aquella maldad oculta e inocentona.

–...Oodian a las españolas por aquello del destape. Pura envidia. Tú no le hagas caso, Rosa. Así son las mujeres, sobre todo las

feas...Esas trotskistas creídas...

Una vez descubierta la conspiración, confesada en momentos de borracheras, se sonrojaba al extremo, y nos insultaba...

–Sois unos hijos de puta ¿Cómo van a estar regando por ahí que tengo gonorrea si hasta virgen soy ¡Joder!

–¿No eras tú quien insistías en que te quitáramos de encima a todos esos fastidiosos, acosadores y jilipollas cuya única diversión era pasárselas viéndote el culo y diciéndote sandeces al andar por los pasillos? –soltó Lola–... y tranquila chica...Todas pasamos por eso con tantos machos cabríos en este Instituto.

–Pero no tenían que exagerar con una venérea, coño. Lo de lesbiana lo paso... pero esa cochinado de la...Ufff ¡¡Qué asco!!

El turno le tocaba ahora a Magallanes y no lo pensábamos desperdiciar. Fue Simoncito quien lanzó el primer dardo

–Pedófilo debe ser el hijo de puta ¿no? –y entonces se inició la conspiración, con la cual pasamos toda la tarde disfrutando la gastronomía catalana junto a las bebidas nacionales y los vinos importados, quedando claro que ni un centavo íbamos a dejar en aquella bacanal por ser invitados especiales de la “niña” inocente, quien, por mantener la moral familiar, había optado por liarse con un viejo irresponsable por estar embarazada...

–Sálvese quien pueda...–exclamó Lola, seguido por un ave María Purísima de Aida, ambas muertas de la risa.

–Saliendo el payaso y soltando la carcajada –dijo Ulises, al ver

a Magallanes acercándose a nosotros desde el otro extremo del salón. Al llegar nos sonrió con mucha amabilidad y dijo:

–Muchachos, allá les tengo la mejor mesa del local con vista a la piscina... Pidan, que la casa invita. –La sorpresiva actitud del hombre nos agarró desprevenidos y todos nos vimos a las caras como diciendo: pa’ luego es tarde

Un capitán con los pantalones bien puestos

La narración de Adolfo Saverdún sobre su padre resultaba excelente para una tesis de posgrado en historia contemporánea, un ensayo e incluso una novela con sello de mi nueva editorial. Con la inquietud de conocer más al respecto, permanecemos respetuosos a su historia del holocausto, pues nuestros agregados provenían de uno que otro texto obligatorio de autores comprometidos, en donde los testigos eran tan incorpóreos, como inverosímiles, pues al decir de Ulises, toda verdad siempre es una gran conjetura culminada, por así decirlo, en otra gran mentira.

–Cuando salgamos de esto, te busco porque esa historia me interesa –le dije.

–Si acaso sadimos –respondió como resignándose a lo peor.

–De qué salimos, salimos –lo atajó Ulises–...Cuenta con eso... Por algo me llamo Ulises.

Jacob Salomón Saverdún había documentado en su memoria todos los cuentos de los prisioneros judíos que relataban la historia

de aquellos dos buques salidos desde el puerto de Hamburgo. Muchos de ellos se lamentaban de no haberles creído a sus familiares ni a sus vecinos. Todos, excepto él, habían sido dueños de prósperos negocios de piedras preciosas en algunos barrios comerciales de Cracovia. En alguna vieja enciclopedia, Jacob Salomón había leído que desde 1569 Polonia había sido uno de los países más tolerantes de Europa, por lo cual había logrado ser el hogar de una de las comunidades judías más grandes y vibrantes del mundo. Para los historiadores de la época, aquello se había convertido en algo similar a un “Paraíso Judío”, en donde florecía la bonanza, aún bajo una competencia de mercado inflexible.

Jacob Salomón era sastre o, mejor dicho, un costurero de avanzada, como le gustaba presentarse. Y si alguien había sido un experto en telas, ese había sido su padre, Amiezer Asir Saverdún, nombre compuesto el cual, según Adolfo, significaba mi pueblo es ayudado y rico. Había dedicado toda su vida a la Cracovia de sus sueños, a la venta de las más selectas telas para la lencería, así como las más apropiadas para la tapicería de los más finos y cotizados muebles de la época. Pudo haber sido rico si hubiese contado con un capital capaz de permitirle montar una tienda al mayoreo, sin embargo, tuvo que resignarse a un pequeño local ante la negativa de varias solicitudes de préstamo intentado ante sus coterráneos. Los intereses exigidos por estos, eran muy elevados, no quedándole más remedio que arrojarse hasta donde le alcanzaba la cobija. Por ello, en un arranque de codicia, había decidido que su hijo se dedicara a otra actividad no lejana a la suya con la finalidad de diversificar el negocio. Así le vino a la mente enviarlo como aprendiz a una de las sastrerías más populares de

la ciudad por recomendación de una clienta costurera, quien se ocupaba de elaborar la mantelería de un reconocido hotel alemán: El Waldorf Cracovia. Toda la generación había trabajado con telas para lencería, excepto Jacob, pues sin poder chistar, siguió el consejo de su padre y a los 12 años ya era un experto en diseñar trajes de linos para los veranos, lana para el invierno, casimires, seda y algodón para ocasiones especiales. El padre había visto un futuro prometedor para su hijo, pues varios años después de finalizada la Gran Guerra y acrecentadas las diferencias sociales, el mundo de la moda colocaba sus ojos en la silueta natural de la mujer, con la posibilidad de permitirles mostrar las piernas. El traje largo desaparecía, presionado por los cambios del nuevo modo de producción industrial y, en las fábricas, tanta tela originaba atrasos e incomodidades en el trabajo. Así, para mediados de 1920, las faldas habían subido hasta la rodilla. Y el cambio se imponía a pesar de las numerosas voces que lo criticaron. Los primeros cuestionamientos surgieron de la Liga de Modistas Alemanas, seguidos por las damas aristócratas parisinas quienes denunciaron “la inmoralidad del nuevo traje”, molestas por la simplicidad de sus confecciones en donde se ahorraba mucho trapo, sin explicación alguna. Diatriba resuelta años después por Cocó Chanel, quien, sin tener conocimiento de que Jacob Salomón había inventado el pantalón femenino, lo incorporaba a su guardarropa en la ciudad de las luces, ganando así un prestigio inusitado con escapulario ajeno. En la tienda del padre de Jacob Salomón, la algarabía de las mujeres en busca de las mejores telas para estar a la moda puso a este a pensar más en un producto acabado que en el hecho de suministrar la materia prima para elaborarlo. Y por

supuesto, vio en su heredero al encargado de llevar a buen término esa tarea. Mataría así dos pájaros de un tiro.

–Toda esa vedga... –y soltó Saverdún una maracuchada–... instadada en su ADN, que me quiso meted en da cabeza una vez tedminada da secundadia pada metedme a Hade Kishna. Pedo do mío, eda da mecánica de motos. Soy un amante de dos motodes. Esa ha sido mi vida siempdre desde dos quince años.

–Bueno, como des decía, mi papá tenía conocimiento ded Königstein, duego se entedó de da existencia ded Cadibia y ad llegad a Venezueda do pdrimedó que de pasó pod da mente fue compdrobadr da vedacidad de esa histodia escuchada en dos campos de concentración. Cuentos que de devanaban dos sesos de maneda padanoica.

El Königstein había zarpado desde Hamburgo con 165 pasajeros judíos, esperándole un destino parecido al del Caribian. En Barbados recaló por 16 días, donde solicitó permiso para desembarcarlos, no logrando su propósito, pues el gobierno local se negó, obligando al buque de nuevo a navegar hacia aguas fuera de su jurisdicción. Antes, había sido rechazado en la Guayana Británica, en la Guayana Francesa, Curaçao y República Dominicana, por lo cual se sospechaba de una relación estrecha entre estos gobiernos y la Alemania nazi. La presión desde Europa evitaba la aceptación de los judíos en estas naciones del nuevo continente. Con un representante de la Gestapo en el puente de mando, cuyo propósito era cumplir las órdenes provenientes de Berlín, el capitán Alfred Leidig decidió poner, entonces, rumbo al puerto de La Guaira, asumiendo el riesgo de enfrentar un juicio

sumarial apenas retornara a su lugar de origen. De hecho, ya tenía conocimiento de que en el pasado mes de enero el Caribbean había logrado su propósito con su carga de pasajeros refugiados. Eso era preferible a lanzar sin piedad a los pasajeros al mar para ser devorado por los tiburones, como ordenaba el miembro de la SS asignado a la travesía. Por fortuna, Leidig gozaba de la fidelidad de su tripulación por lo que se impuso ante una anciana Luger P08, de Erick Strambert, apuntándole a su cabeza, la cual no había sido reemplazada aún por las nuevas Walther P38, masificadas a partir de 1940: “Dispare y aténgase a las consecuencias”. Le habría dicho sin temor alguno con una postura digna de un capitán. “Nadie de mi tripulación sabe leer una carta marítima”, le aseguró mintiendo. Strambert, apretó el gatillo y un chasquido tras otro rompió el silencio una, dos, tres, cuatro veces, sin que una detonación se produjera. Leidig, un cincuentón sobrenatural de 1.95 de estatura y 110 kilos de peso, incólume, se había dado por muerto, pero ante la falla, tomó el cañón de la Luger en sus manos gigantescas, giró con fuerza hacia abajo y escuchó como un sonido de cartílagos le devolvía la vida. De un solo jalón destrozó la falange media del dedo índice de Strambert, sin detener la presión sintió el desprendimiento del cartílago articular, con lo cual dejó invalidado el tendón del flexor profundo. Pulsó con fuerza hasta desviar el tendón del extensor, comprimiendo así la falange proximal y malogrando en un tris, el tendón del flexor superficial. Sin compasión alguna, continuó la presión con su rostro firme ante el dolor de Strambert, cuyo cuerpo se curvaba hacia adelante sosteniéndose sobre la puntilla de los pies. Así se produjo el último traqueo, el que volvió mierda la cabeza del metacarpiano. Ante la

hazaña y para evadir aquellos sonidos de segundos ininterrumpidos tan terribles, la mente del viejo capitán se refugió en una pieza de piano ejecutada por Artur Schnabel, interpretando a Schubert, pues odiaba a Wagner, y eso...le hizo volver el alma al cuerpo. Y la dureza de aquel rostro de piedra regresó a su estado habitual, la de un abuelo apacible, bondadoso e inocentón.

El SS. Königstein se posó frente al puerto de La Guaira el 27 de febrero de 1939; era su última oportunidad, pues de lo contrario hubiese tenido que regresar a los campos de concentración en Alemania. Leidig, y su tripulación habrían sido fusilados y los pasajeros distribuidos en los distintos campos de concentración sometidos a trabajo forzado o peor aún a la llamada “solución final”, achicharrados, ahorcados o bajo las duchas del gas Zyklon B, quizás tan efectivo como el monóxido de carbono, pues siendo inodoro no advertía a los prisioneros la proximidad de la muerte. En cuanto a Strambert, el enigmático miembro de la SS, luego de ser degollado por un miembro de la tripulación, fue lanzado por la borda como manjar de la más pura estirpe para tiburones caribeños. Un espectáculo que causó sensación entre los tripulantes temerosos de aquel comisariato y que llevó al capitán a decir:

–Jamás habían probado mierda nazista, ojalá no se indigesten.

La llegada del buque a la Guaira generó un ambiente tenso en Caracas, donde la Sociedad Israelita se enteró de la desventura de aquellos pasajeros en estado paupérrimo, decidiendo, de nuevo, interceder ante el gobierno venezolano. Así, el 3 de marzo, sus miembros envían una misiva urgente al presidente Eleazar López

Contreras, solicitando su intervención en el caso, pues no había manera por parte de las autoridades navales, de concederles el permiso para su desembarco. Para ese año de 1939 ya se había aprobado La Ley de Extranjeros en donde se promovía una inmigración selectiva de trabajadores a través del recién creado Instituto Técnico de inmigración y Colonización. El Estado exigía ciertos requisitos para el ingreso de extranjeros, como la idea preconcebida de arraigarse, formar una familia e integrarse a la sociedad, no poseer prontuario criminal y contar con el dominio de algún oficio como agricultores, obreros, entre otros de índole artesanal. Además de estarle prohibido al extranjero la posibilidad de fundar o pertenecer a organizaciones política y de fomentar la promoción de ideas contrarias al orden establecido. Un punto llamativo en las exigencias del Estado fue el requisito de ser de “raza blanca asimilable al país” y de ser posible, contar con recursos que evitaran la conversión del colono en una carga nacional. De modo que con los pasajeros del SS. Königstein o se violaba la Ley, o se era cómplice de un asesinato en masa. López Contreras optó por lo primero. Finalmente, el 8 de marzo, se les otorgó una visa general y los inmigrantes judíos pudieron desembarcar en La Guaira. Muchos testigos refieren, entre ellos la hija del presidente, Mercedes López de Blanco, que su padre recibió presión tanto externa como interna para que no recibiera a los pasajeros judíos. Con los años, los sobrevivientes de esos viajes luego de sufrir desde lejos el horror nazi, no dejan de seguir agradeciendo al General su decisión de permitir su ingreso al país. Una vez desembarcados los pasajeros en puerto seguro, los guaireños los recibirían con los brazos abiertos. Los tambores de

San Juan sonaron durante toda la noche adelantándose al 24 de junio, fecha en que el santo recorre todos los pueblos del litoral central.

otros de índole artesanal. Además de estarle prohibido al extranjero la posibilidad de fundar o pertenecer a organizaciones política y de fomentar la promoción de ideas contrarias al orden establecido. Un punto llamativo en las exigencias del Estado fue el requisito de ser de “raza blanca asimilable al país” y de ser posible, contar con recursos que evitaran la conversión del colono en una carga nacional. De modo que con los pasajeros del SS. Königstein o se violaba la Ley, o se era cómplice de un asesinato en masa. López Contreras optó por lo primero. Finalmente, el 8 de marzo, se les otorgó una visa general y los inmigrantes judíos pudieron desembarcar en La Guaira. Muchos testigos refieren, entre ellos la hija del presidente, Mercedes López de Blanco, que su padre recibió presión tanto externa como interna para que no recibiera a los pasajeros judíos. Con los años, los sobrevivientes de esos viajes luego de sufrir desde lejos el horror nazi, no dejan de seguir agradeciendo al General su decisión de permitir su ingreso al país. Una vez desembarcados los pasajeros en puerto seguro, los guaireños los recibirían con los brazos abiertos. Los tambores de San Juan sonaron durante toda la noche adelantándose al 24 de junio, fecha en que el santo recorre todos los pueblos del litoral central.

El estrecho de Magallanes

—Oh, oh, ahí viene —dijo Aida, mientras su codo golpeaba suavemente el costado de Lola, quien volvió el rostro, torciendo el cuello hacia arriba, para no encontrarse con el de ella y así disimular la risa ahogada en sus pulmones.

Magallanes se dirigía a nuestra mesa desde el otro lado del salón. No cabía ninguna duda. Si alguien lo interrumpía en su andar, saludaba con amabilidad y se deshacía del intruso de inmediato. Por su altura no era nada difícil distinguirlo en medio del alboroto. Los clientes a su alrededor, circulaban de un lado al otro disfrutando la tarde con el derroche de tragos dispuestos para la ocasión...

—¡¡Perro!! Sí, viene para acá —ratificó Ulises.

—Que fastidio —agregó Simón, como si se nos viniese encima una carga con la cual tendríamos que lidiar, abandonando nuestra cháchara socarrona consistente en precisar una víctima y tratar de adivinar un prototipo de acuerdo a sus ademanes, compostura y demás actitudes.

—Hola muchachos...—saludó colocando sus dos manos sobre los hombros de Simón y Ulises, quienes deben haber sentido un desbalance en sus posturas pues cada uno de sus dedos eran tan regordetes, largos y fuertes como la tusa de una mazorca de maíz. Habría sido un total fracaso como proctólogo, pensé... ¿La están pasando bien? — y enmarcó una sonrisa diáfana, amistosa y sincera

que descubrimos por primera vez.

—Los puedo acompañar... —preguntó con mesura—... Porque la verdad, ya no soportó tanto viejo a mi alrededor.

La condescendiente actitud de Magallanes mando al traste nuestras bromas de mal gusto acerca de sus canas, su edad y su cuerpo extraño: amorfo, contrahecho, indefinido. Era un hombre alto de casi 1.85 pero por alguna razón doblaba el lomo para achicarse y la cabeza se le hundía entre los hombros. Sus brazos eran enormes, muchos más largos que los del común de las personas o al menos así lucían, pues yo diría que casi alcanzaban sus rodillas. Una barriga flotante se revelaba tras el saco abotonado siempre en el primer ojal. Sin embargo había algo de elegancia en él a pesar de ese mal gusto en el vestir. No es que fuese pichirre porque se le notaba la ropa de buena marca, solamente no cuadraba con su aspecto, de allí esa gran contradicción porque, al hablar, la caballerosidad le salía por los poros. Al acercarse a la mesa, su primer gesto benevolente fue el recomendar la Escalivada, plato, según su apreciación, “el más típicos y común que se podían encontrar en toda la Barceloneta”. Un preparado con pimientos, berenjena, cebolla y tomates cocinados con anchoas por encima que combinamos con una botella de Rioja, surgida como por arte de magia desde el fondo de su chaqueta. Con aquel gesto nos dio la sensación de haberlo hurtado de la alacena donde las botellas lucían como focos encantados de seducción, a la espera de su descorche. Aquella fue toda una tarde de sensaciones donde el paladar se regocijó con el desfile milagroso de platos que desfilaban de mesa en mesa viajando en manos de los camareros.

Bebimos y comimos como cosacos, reímos y celebramos, brindamos y nos abrazamos, cantamos e invitamos a Rosa Mary a tocar la guitarra para recordar a la Fórmula V. Cuéntame /como te ha ido/ si has conocido/ la felicidad...

Rosa Mary y yo pudimos haber estado juntos por mucho más tiempo, si me hubiese atrevido a confesarle mis sentimientos cuando la vi por primera vez y me enamoré en total secreto. Por ello siempre me arrepentí porque, para finales del 76, me había acostumbrado tanto a estar con ella que convertí el amor a primera vista en una práctica de retraimientos y cobardía. Por eso, aquella tarde bajo los durazneros y luego de ese beso furtivo, comprendí todo lo que me había perdido en casi dos años. Pasaríamos otro largo tiempo enigmático y, para cuando me decidí a confesarle ese sentimiento amarrado a mi timidez, ya la magia se había evaporado, y aceptó estar conmigo sólo para no decepcionarme. Lo más extraño surgió cuando al acostarnos por primera vez, ambos tuvimos la misma revelación: era la primera vez que lo hacíamos. Cosa difícil creer en esos tiempos de rebeldía en donde la palabra “paz y amor” aparecía en todos los murales de la ciudad. Sólo la ignorancia al no saber dónde tocar ni qué hacer en aquellas circunstancias, dos cuerpos jóvenes y desnudos, una piel liza y suave, unos labios aprensivos, una mirada asustadiza, unas manos temblorosas e inexpertas ante un condón colocado al revés, reafirmaba nuestra mutua confesión. Y decidimos no contarle aquella escena a nadie. Un secreto guardado hasta la tumba pues ninguno de los dos estaba dispuesto a aguantar una guachafita de

mal gusto, si los camaradas se enteraban de nuestra condición de vírgenes a nivel universitario.

A partir del 82, Rosa Mary y yo nos vimos a menudo, pero distanciados. Estaba liada fielmente a Magallanes, como decidimos llamarle porque nunca ninguno de nosotros, por respeto y por ser tan mayor, usamos su nombre de pila. Magallanes, así le llamábamos y así le llamaban todos los conocidos. La inauguración del local en el club catalán, coincidió con el fin del semestre y con la obligatoriedad de realizar las prácticas docentes para obtener el tan ansiado título. De tal modo que desde septiembre hasta diciembre nos distribuyeron en distintos planteles del área metropolitana. Durante este lapso de tiempo, el grupo pequeño nunca se desmembró; sin embargo, el equipo grande se fue diluyendo, así como los encuentros en los cafetines del Pedagógico y en los bares estudiantiles en donde solíamos encontrarnos. Ahora con una mayor capacidad de pago, eran los bares adultos y para profesionales los que nos iban a recibir.

Para aquellos tiempos de nuestra graduación, Rosa Mary comenzaba a cambiar, tal como yo había cambiado cuando descubrí mi loco amor por ella. Igualmente estaba enamorado de mi profesión. El título de profesor de historia había sido un gran logro tanto para mí como para todos nosotros y eso imponía un cambio importante en nuestras vidas.

—Adivinen...—inquirió Ulises—... ¿Dónde creen ustedes que vamos a celebrar sin gastarnos un sólo centavo?

Y no era nada difícil aquella respuesta, Magallanes ya había

dispuesto el festejo en su franquicia del club, para hacernos el “agasajo de los agasajos”, había dicho, porque se trataba de los amigos de “Rosa mía”. Nada menos que la generación del 58, como se le ocurrió bautizarnos. Esa noche lo nombramos presidente vitalicio de la “República del sur” aludiendo al IUPC, ubicado precisamente en ese punto cardinal de la capital, al igual que, esa modesta edificación que albergaba en sus entrañas aquel local con vista a la piscina y al que nombramos “Tasca Bar Magallanes 58”.

Si Magallanes se enteró en algún momento de íntima confesión que ella y yo tuvimos un tiempo, digamos unos catorce meses, disfrutando de una felicidad inusitada, no lo dejó entrever durante todos esos años de amistad sincera. La Rosa Mary del 82 no era para nada la de finales del 79, mucho menos la del 78. Nada que ver con aquella jovencita ingenua de 22 años, ahora convertida en toda una mujer. Nada que ver con aquella soñadora que en tan poco tiempo se había convertido en una mujer tan realista a la quien le aburrían nuestras locuras adolescentes.

–Ustedes no maduran, ¡joder! –nos dijo en uno de esos días en que celebramos su aniversario, cuando hicimos desastres con su torta, como unos niños, embadurnándole la cara con la crema pastelera mientras cantábamos, el “Yo te daré/ Te daré niña hermosa/ Te daré una cosa/ Una cosa que empieza con T” ...y Luego gritábamos en coro ¡¡Torta!! Y plash directo a la cara.

Y no le había confesado aquel amor, tan fuerte como el de Romeo, porque nunca fui un chico muy agraciado y mi baja estima contribuyó en demasía a mi timidez adolescente, por que hasta

pasados los treinta no me consideré un adulto. Ciertamente, mi personalidad fue cambiando en algo, luego de aquel tímido beso debajo de los durazneros y, como se suele decir, el amor lo cambia todo. De modo que el cambio llegó solo, sin apuros y hasta mi vestimenta de hippies quedó atrás. El nuevo Marcos Marín surgió de pronto y los cambios se hicieron notar en mi porte. Yo mismo me sorprendí una mañana al verme al espejo. Mi rostro era otro. Más limpio, sin esa barba rústica de días. Mi cuerpo se estilizó junto con mis modales. El cabello, largo y grasoso, se transformó en moderado y terso, brillante gracias al lavado diario. Por fuera todo se comenzó a ver mejor... Por dentro continuaba la procesión izquierdista en su incesante andar...

– ¿Qué te estás haciendo?... –preguntó Lola un día–... Te ves diferente. ¿Verdad Aida?

–Estará enamorado –le respondió. Me dio un beso en la mejilla y partió a clases.

Lluvia de viernes 13

El desastre natural, en el cual nos encontrábamos sumergidos ese 13 de diciembre de 1999, fue considerado el peor de todos los ocurridos en el país, después del terremoto de Caracas del 29 de julio de 1967. Según los organismos oficiales, se habló de una cifra superior a los 30 mil fallecidos sumada ésta, a decenas de miles de damnificados. Había que estar ahí para no creer en ellas porque, a mi entender, aquellos números se quedaban cortos a la distancia. En fin, estando en medio del desamparo, solitarios y

agobiados, la tarde se nos vino encima con un intento fallido de sol, de apenas minutos, mandando al traste nuestras ilusiones de una tregua milagrosa. Pero el cielo no parecía tener intenciones de despejarse, y una sombra de nubes monstruosas, dominaban toda la costa. A las cinco de la tarde, los rápidos que estábamos dispuestos a correr se convirtieron en incontenibles. Una corriente imposible de sortear, aun poseyendo el más sofisticado equipo para esta contingencia. Al frío y a la desilusión ahora se unía el hambre. El haber habitado un piso elevado nos permitió descender por algunas latas de conserva las cuales compartimos con avidez. Las aguas corrían con fuerza, pero no se elevaban del cuarto piso; eso nos daba tres o cuatro niveles de apartamentos en donde podríamos escudriñar algo de alimentos, aunque no contábamos con el hecho de que sólo se usaban para vacacionar los fines de semana; por tanto, apenas pudimos disponer de unas pocas provisiones. Aquello, odiado por quienes hacíamos vida en el pequeño edificio: invasiones familiares, música a decibeles inexplicables para el oído humano. Gritería de chicos alrededor de la piscina, subidas y bajadas de un piso al otro con salvavidas inflables (ballenas, delfines y tiburones); las idas y venidas con cavas llenas de cervezas y bandejas de comidas hacia la piscina, que nos atormentaban; así como los automóviles saliendo y entrando al estacionamiento hasta para hacer un recorrido al supermercado más cercano, nos llevaba a la intolerancia degollando cualquier mínimo rasgo de paciencia buscada desesperadamente.

—Coño que fastidio. Acaso no entienden que uno vive aquí. Y que trabajamos como esclavos de lunes a viernes para descansar el sábado y el domingo —era la queja continua de Ulises, con toda

la razón que lo asistía. De allí que nos llamaran los amargaditos del sexto.

–Si serán maricones –se le oyó decir a uno de los propietarios, en momentos en que se cerraban las puertas del ascensor, refiriéndose a nosotros.

–Yo pensaba do mismo –agregó Saverdún cuando hicimos el comentario de cuanta falta nos habría hecho mantener una buena relación con los eventuales. No habían bajado desde Caracas a la residencia desde el inicio de las lluvias. Además, la ciudadanía se aprestaba a votar un referéndum para la aprobación de una nueva Constitución y probablemente eran afectos al gobierno, pues sólo ellos, para la época, compraban apartamentos al contado. Tenían que saber que vivíamos aquí, que éramos los vecinos de a diario, los amargados, que probablemente las autoridades no sabían de nuestra existencia; en fin, podían dar la alarma y contar que en aquella edificación, alejadas, algo aislada del resto de la urbanización, silenciosa y tranquila, perturbada únicamente los fines de semana, se encontraban unas cuantas familias, pocas quizás, pero habituales.

–¿También pensabas qué éramos maricones?

–No chico, me defedia a dos vacacionistas...una miedda inaguantabde.

El problema más grave que se nos presentaba era el agua, a pesar de que estábamos hasta los huevos de ella. Por el momento logramos reunir algunas botellas dejadas al azar en los apartamentos vacacionales y extraer varios litros de un botellón grande del nues-

tro, del cual habíamos consumido más de la mitad de su contenido

–Llena esa bolsa de latas... –me ordenó Ulises– ...Yo voy por la Victorinox, y la linterna...

La puse a tope de todo lo que encontré que fuese comestible, aunque estuviese crudo o vencido. Me temía lo peor... A punto de salir, Ulises echó un último vistazo como midiendo o buscando algo inexistente.

–Agarraste la perrarina –preguntó, y me hizo devolver a la cocina. Abrí el estante, tomé el medio saco y pensé “Si la vaina se pone muy fea nos comemos esto para no comernos a Hércules”.

La noche cayó de golpe y la oscuridad tamizó kilómetros a la redonda. De vez en cuando se vislumbraba a lo lejos una fogata o un haz de luz taciturno de alguna lámpara o linterna. La nuestra, en las manos de Ulises, se había quedado sin baterías.

Con los años me enteré que este hecho fue digno de estar entre las grandes tragedias del libro Guinness. Batimos todo un récord como el país más irresponsable del mundo, al no tomar en cuenta una alerta de la naturaleza que originó un número no superado por ningún otro país, en lo que a víctimas mortales se refiere producto de un alud de barro. Sus editores no se enteraron de nuestra odisea de sobrevivencia durante varios días abandonados a la deriva, de lo contrario también lo habrían considerado. Hubo más de 1.814 mililitros de agua en las dos primeras semanas del mes de diciembre, según la apreciación del Instituto de Meteorología, lo que causó una saturación de los suelos y esto, a su vez, generó que el caudal de agua bajara por pendientes de más de 30 grados,

trayendo consigo deslizamientos de tierra, rocas, árboles y una gruesa capa vegetal desde las montañas.

En vista de lo insoportable que se nos hacían los fines de semana con los ocasionales, hacíamos las cosas al revés y, los sábados, bien temprano, subíamos a Caracas para evitarnos la llegada de la marabunta invasora de la tranquilidad que se vivía de lunes a viernes. Regresábamos tarde en la noche cuando la plaga permanecía en reposo y el domingo, de nuevo en la ciudad, cada quien se dedicaba a lo que más le conviniera: visitar a la familia, darles un vistazo a los museos, asistir a un concierto vespertino y finalmente terminar en cualquier bar de la ciudad extrañando El Arenal y la cocina de Rosa Mary, los deportes en la TV y las cervezas a granel. Las lluvias se habían puesto incómodas culminando el mes de noviembre. Debido a esto, el primer fin de semana de diciembre estuvimos libres del azote permitiéndonos disfrutar de una paz húmeda que se negó a darnos algún indicio de lo que se nos venía encima. La costumbre nos había enseñado que en el litoral cuando arrancaba a llover el tráfico se ponía insoportable, pero, normalmente, el sol y el buen tiempo se imponían en un plazo perentorio que nunca excedía de unos pocos días, una semana a lo máximo. Si bien la radio y los noticieros televisivos comenzaban a anunciar declaraciones de alerta por parte de los bomberos en algunas zonas marginales, nadie se imaginaba lo que les deparaba el futuro. Para este período había caído en la zona más de 120 mililitros de agua y al menos 200 viviendas ya habían sido desalojadas en las barriadas más pobres construidas al borde de las quebradas. El centro de información de la Fuerza Aérea advertía que sólo en el estado Vargas estaba

lloviendo tres veces más que el promedio histórico. Ni el gobierno regional, ni el central parecieron tomar muy en serio la situación. Lo único de lo cual estaban pendiente era de imponer una nueva Constitución hecha a la medida para un gobierno del cual se vislumbraba un futuro nada prometedor. Para el miércoles once, yo recibía en la oficina una llamada de Ulises para anunciarme que a partir de ese día tomaba las vacaciones. Estaba encargado de los postgrados de una universidad privada y las actividades administrativas habían llegado a su fin. Por mi parte, manejaba unas nuevas ediciones dedicadas a publicar ensayos de profesores universitarios y tesis de alumnos sobresalientes, cuando los temas podían ser de consulta obligatoria. Dudamos sobre el regreso a la residencia, pues a esa misma hora el Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales emitía una alerta informando que las precipitaciones alcanzaban un acumulado de 250 mililitros de agua, habiendo causado, para el momento, al menos un millar de damnificados en la entidad. Aun bajo el conocimiento anticipado de lo que estaba sucediendo, decidimos bajar a la Guaira cuando pudimos quedarnos en Caracas cómodamente hasta que la lluvia amainara. Siempre pensamos con optimismo que la vaguada cesaría en cualquier momento. Igual debíamos preparar el equipaje para pasarnos las navidades y el año nuevo en el hostel que desde estudiante reservábamos en Choróní, el mismo pueblo que recibió en su cementerio al mejor espía del mundo. Un municipio costero en donde la tranquilidad contrastaba con el nuestro. Mi automóvil permanecía en el estacionamiento del edificio y utilizábamos la camioneta 4x4 Runner de Ulises, pues no existía riachuelo que se le opusiera a unas llantas acostumbradas a superar los obstáculos

más insólitos en las carreteras. Esa noche, la lluvia no cesó, ni la siguiente, ni la otra y así continuó hasta arrasar con el edificio, dejándonos abandonados en una platabanda solitaria, pensando en los visitantes asiduos y en los pocos que habían logrado subir antes que nosotros, y que ahora no estaban ese viernes trece. Con el tiempo me pareció extraño que Ulises insistiera en regresarnos al Litoral cuando en medio del tránsito, me había advertido, en juego, que la fecha del viernes que venía era pavosa. Conociéndole tan bien, sabía que era supersticioso y esas fechas siempre le generaban si no temor, sí mucha cautela y precaución en sus actividades. Seguro me habría dado una escueta explicación como aquella dada en 1978, a una inocente Rosa Mary a quien le dijo:

–Ponme la mano ahí para leerte el futuro...–y ella preguntó si creía en brujería, porque en España hasta Franco jugaba a la magia negra. Y Ulises respondió:

–No creo en brujas, pero de que vuelan, vuelan, –un decir folklórico del venezolano cuando intenta negar fenómenos religiosos inentendibles.

Me había contado que un viernes trece de cualquier mes se consideraba un día de mala suerte en la mayoría de las culturas occidentales. Disfrutaba hablándome de la existencia de supersticiones similares en diversos países europeos, particularmente en Grecia (su especialidad). Y me había asombrado con el significado de la palabra: parascevedecatriafofia, aclarando que la Parasceve es la preparación de la Pascua, la collafobia, o bien friggaa-triscaidecafobia, proviene de la palabra Friday en inglés, que a su vez emana del nombre de la diosa vikinga Frigga, siendo una

forma espeluznante de triscaidecafobia, que es la fobia al número trece.

En el mundo cristiano, el viernes es considerado como un día de luto, es lo que, en Semana Santa o Semana Mayor, se denomina el viernes de Dolores o Viernes de Pasión, porque se celebra la “Liturgia de la Pasión del Señor”. Es la fecha en que los católicos manifiestan su fervor religioso en la celebración de los Dolores de Nuestra Señora, incluyendo el Stabat Mater, al que también se le denomina Viernes de Concilio; un día en el cual se debe ayunar, permanecer en completa abstinencia, quedando proscrito el consumo de carnes, pues según la tradición quien lo hiciera, podría catalogarse como un antropófago anticatólico al degustar a la parrilla la carne de Cristo, pues es en este día de la semana en que Jesús fue crucificado. Un ejemplo en literatura del pánico a los viernes trece, si mal no recuerdo en mis textos adolescentes, fue aquella decisión de Tom Sawyer, el niño huérfano que vive en una ciudad pequeña del suroeste de Estados Unidos a orillas del río Mississippi... quien se negaba a visitar un cementerio en la noche de un viernes bajo esa fecha del calendario, puesto que los muertos surgían de sus tumbas para burlarse de los seres vivos. Son muchos los ejemplos de pava de los viernes trece. A nosotros nos tocó uno para el libro Guinness. Pero a Felipe el Hermoso, le tocó peor, con su decisión de arrestar a los caballeros Templarios un viernes 13 de octubre de 1307 –según narra una vieja leyenda– y enviar al último Gran Maestre de la orden, Jacques de Molay, a morir en la hoguera. Los Templarios pasaron siete años en prisión y para el 1314 cuando Molay moría asfixiado en medio de las llamas, se dirigió tanto al rey como al Papa Clemente V, con estas palabras:

“Clemente y Felipe, traidores a la fe cristiana, os emplazo ante el tribunal de Dios...A ti, Clemente, antes de que pasen cuarenta días, y a ti Felipe, antes de que termine este año. El Papa, moriría el 20 de abril, y el “Hermoso”, lo haría siete meses después a saber el y el 29 de noviembre. Esa, probablemente, habría sido una de las anécdotas contadas por Ulises, extraídas de algún texto viejo de lectura

El número trece, desde la antigüedad, fue considerado como de mal augurio por varios motivos. Uno de ellos viene dado por la última cena de Jesús en la cual fueron trece los comensales. Se cuenta que tanto la Cábala como las leyendas nórdicas hablan de trece espíritus malignos; Los fanáticos del Apocalipsis, sostienen que el capítulo trece corresponde al anticristo y a la bestia; y, una leyenda escandinava describe una cena de dioses en el Valhalla, Loki, en donde el espíritu del mal era el decimotercer invitado. Esta fábula se “cristianizó” más tarde al decir que Satán (Abadón) era el 13° ángel (Apocalipsis 19:11). En el Tarot, se afirma que este número hace referencia a la muerte y para quienes creen en cuentos de brujas, se dice que sobre sus escobas, cuando brillaba la luna llena, viajaban al monte Blocksberg en grupos de trece durante la Walpurgisnacht. En Venezuela el viernes trece más recordado se le denominó viernes negro, un día en que la moneda cayó en un abismo del cual jamás retornaría, bajo el gobierno de Luis Herrera Campin. De modo que no tomar en cuenta ese día trece fue para nosotros un desastre y la culpa estaba clara: el único que manejaba estas supersticiones era Ulises, pero hizo mutis ese miércoles 11 de diciembre cuando salimos tarde en la noche, rumbo al litoral, contra viento y marea, en busca de nuestros

macundales para irnos de vacaciones.

–Ni adivino que fuera...–me respondió al reclamarle que no estaríamos pasando trabajo, hambre y frío en esa platabanda si me hubiera echado ese cuento en aquella oportunidad

Para el sábado catorce cumplíamos el segundo día de espera por el rescate. Sin electricidad no teníamos ni radio ni comunicación de ningún tipo y todo a nuestro alrededor era un desierto de aguas torrenciales y rocas que, de vez en cuando, detenían su carrera destructiva al encontrarse con algún obstáculo en su camino, como lo era nuestra edificación, o simplemente, porque los torrentes descendían de pronto por motivos insospechados, para luego regresar con una inquina guardada por la naturaleza durante años. Cada peñón que chocaba contra la residencia, hacía temblar sus soportes y cada cierto tiempo observábamos como surgía de entre sus fauces uno de los pocos vehículos que habían quedado atrapados en el estacionamiento. El mío había desaparecido desde el primer encontronazo.

–Ahí va mi camioneta –dijo Ulises cuando sentimos un tercer choque de roca contra las bases y, efectivamente, tenía razón: ya la 4x4 Runner que había permanecido atascada en el primer boquete descomunal, creando una especie de dique, se abrió paso y rodaba río abajo en una marcha macabra y lúgubre, como un gran ataúd negro dando vaivenes en despedida funesta, hasta que desapareció por completo de nuestra vista, envuelta en un remolino de ramas, desechos y barro.

En los diarios de la época se comentó ese mismo sábado 14 de

diciembre, mientras veíamos hundirse la camioneta en medio del fango, que los reporteros en rueda de prensa le habían preguntado al Presidente si el estado del tiempo, con sus consecuencias en el Estado Vargas, darían motivo para la suspensión del proceso electoral que se llevaría a cabo al día siguiente, a lo cual respondió tajante y en forma altanera, citando las palabras del libertador Simón Bolívar pronunciadas un 26 de marzo de 1812, sobre las ruinas de un templo, minutos después de un fuerte terremoto que devastó al país. Había que tener cojones y ser bien animal para colocar una prioridad electoral ante tantos muertos... Lo peor...la gente fue masivamente a votar. En fin, el 13 de diciembre de 1999 es recordado en el litoral como “el día que la montaña avanzó hasta el mar”. Para nosotros, fue el día del apocalipsis, el día en que el 999, se convirtió en el 666. El día en que las fuertes precipitaciones dieron origen a extensos deslaves y derrumbes en las laderas montañosas de la Serranía del Ávila. El día en el cual inmensas crecidas violentaron el caudal de los ríos, para demostrarnos cuan imbéciles somos al retar a la naturaleza, que no tiene por qué obedecer órdenes de nadie. Ese viernes trece se abrió la tierra y las incipientes cuencas ensancharon sus caudales para arrastrar consigo gran cantidad de sedimentos, volúmenes inmensos de agua y rocas enormes de hasta veinte metros de diámetro, alcanzando velocidades insólitas superiores a los 30 km/h y profundidades inexplicables por la lógica humana. Ese día, mientras todo eso sucedía, el gobierno hablaba de elecciones por los medios de comunicación y un “no volverán” era usado como amenaza, por el aparataje propagandístico del Estado, mientras el mundo se desmoronaba a nuestros pies.

Tomamos, además de los alimentos disponibles, las cobijas, sábanas y almohadas. Con estas podíamos amortiguar el frío. Refugiados dentro del viejo tanque que servía el agua antes de construirse uno nuevo en el sótano, evitábamos permanecer mojados, con la contrapartida de que, si las brigadas de rescate se acercaban, probablemente no nos verían, ni nosotros a ellos. Con esta duda no nos atrevíamos a bajar a los apartamentos aún no inundados para mantenernos a resguardo, aparte de que no estábamos muy seguro de que el edificio resistiría las arremetidas de las rocas y las repentinas subidas de la corriente que nos lanzarían por uno de los balcones o nos harían atravesar una ventana como si fuésemos figurillas de papel. En más de una ocasión, la corriente había superado los cuatro pisos inundados hasta casi llegar al último nivel, donde nosotros nos encontrábamos. Luego el caudal por obra de algún milagro, descendía y retornábamos a la tranquilidad. El milagro, casi siempre, se producía al despejarse el boquete obstruido por los árboles, que el torrente había desprendido de sus raíces como un manojo de hierba, y por los desechos de línea blanca: lavadoras, neveras, refrigeradores, bañeras, sanitarios y jacuzzis, que se incrustaban como misiles en sus paredes. En otras ocasiones podía ser un automóvil o una de las tantas rocas gigantescas que obviaban el caudal para arremeter contra el edificio.

—Siempre amé das motos...-lo pronunció en voz baja, como para sus adentros. Lucía agotado y aquel optimismo de hacía unas horas parecía haberse evaporado. Como si finalmente se hubiese resignado a lo que ya le tocaba. Uno jamás se imagina cómo nos llega la muerte. Claro está que cuando te llega, lo hace en el

momento en que menos la esperas. –Pensé.

–No tires la toalla, mocho, que aún estamos vivos... –lo interrumpió Ulises, adivinando sus cavilaciones–... Dime, ¿a qué te hubieras dedicado si las motos no se hubieran metido en tu camino?

–Pdrobablemente sedía modisto...–y reímos los tres.

La historia del padre, Jacob Salomón, era de película. Una cosa es ver todo aquello en la lista de Schindler, leerse el diario de Ana Frank y uno que otro ensayo, y otra cosa es oírlo por boca de quien ha vivido esa experiencia. Él lo escuchó de viva voz de su padre, tal cual nosotros lo oímos también a viva voz de sus propios labios. Eso nos entretenía por momentos y nos llevaba a confrontaciones amistosas en cuanto a ciertos puntos de vista, en donde se concertaban acuerdos y desacuerdos. El caso de López Contreras les llamó la atención. En eso, en historia contemporánea, yo era un erudito. Lo de Grecia, el modo de producción asiático y los viernes trece, se lo dejaba a Ulises y, las motos, así como “la solución final” seguía siendo una licencia de Adolfo Saverdún.

Dos hombres bajo la misma mirada

Una vez establecido en el país, el padre de Saverdún se dedicó a investigar esa historia de los barcos llegados a Venezuela cargados de compatriotas. La actitud adoptada por López Contreras ante la petición de la Sociedad Israelita demostró el coraje y una verticalidad cónsona con su vida militar. Había nacido un 5

de mayo de 1883, cuando Antonio Guzmán Blanco celebraba la apoteosis de su poder. No sería de extrañar que, dos días antes de su llegada al mundo, Ellen Bravery Watson hubiese parido en Putney, un barrio burgués al suroeste de Londres, a diez kilómetros de Trafalgar Square y justo al norte de Wimbledon, a otro gran hombre que coincidiría con su hazaña antihitleriana ante los trasatlánticos salidos del puerto de Hamburgo. Se llamó Clement Richard Attlee. Siendo mi especialidad la historia contemporánea de Venezuela, jamás de me hubiese ocurrido establecer un paralelismo de esta categoría. El paralelismo por demás interesante coloca a ambos hombres en 1935 como dos grandes líderes mundiales, salvando las distancias, por supuesto. De modo que mientras López Contreras conduce en Venezuela un gobierno de transición, Attlee se convierte en el líder principal del Partido Laborista en Inglaterra. Era hijo de un abogado rico y, luego de estudiar en Oxford, ejerció la abogacía durante un corto tiempo, pero pronto se interesó por la política y por las reformas sociales. En 1908 ingresó al Partido Laborista y durante la Gran Guerra combatió en las filas del ejército británico.

Para esa fecha de inicios del siglo XX, ya López Contreras desempeñaba cargos de carácter civil, pues, desde que se encontró asediado a los 16 años, huyendo por las montañas de Río Bobo, ante el avance de las tropas guzmancistas, no había salido de una batalla tras otras. Con la suerte negada a muchos combatientes, a él le tocó batallar en Tocuyito y, más tarde, al estallar la Revolución Libertadora en 1902, se le designó como Segundo Ayudante de Estado Mayor del Batallón Carabobo, participando en la acometida de La Victoria, la más grande de las guerras civiles

venezolanas. Para julio de ese mismo año, solamente quedaban en poder del gobierno Restaurador tres estados del centro: Miranda, Aragua y Carabobo, y otros cuatro en occidente: Trujillo, Zulia, Mérida y Táchira. Por ello, el 5 de julio, Cipriano Castro se enfila con sus hombres al oriente con el fin de evitar una concentración de los ejércitos revolucionarios que intentaban desplazarlo del poder. Tal operación fracasaría debido a las bajas sufridas en Guanaguana, un pequeño poblado del estado Monagas. Así que, la temida reunión de revolucionarios se efectúa entonces en Villa de Cura. Por ello, Castro, estando en desventaja con una tropa muy inferior a la de los aliados se acuartela en La Victoria y allí se da la más reñida de las guerras civiles. En la pugna, Castro sale fortalecido y le fue dada a la ciudad el pomposo título de “Ciudad Santa de la Restauración”.

Demás esta afirmar que en esa gran batalla se había destacado Eleazar López Contreras, un joven con apenas 19 años que desde adolescente batallaba contra las legiones guzmancistas. Una vez derrotada la insurrección, López Contreras es nombrado Segundo Comandante del Castillo Libertador en Puerto Cabello. Durante su ejercicio se encuentra con que, en sus propias narices, se estaba gestando una conspiración que buscaba dejar a Castro como Jefe Único, en vista de que corrían rumores acerca de las apetencias de su vicepresidente, el general Juan Vicente Gómez de quedarse con el país, pues ya conocía del terrible estado de salud de su comandante en jefe y buscaba adelantarse a la competencia. Ante esto, sin saber por cual bando tomar partido, López Contreras duda acerca de en cuál de los dos hombres depositar su confianza. Ese titubeo casi le cuesta la carrera militar entre 1903, aun gobernando

Castro, hasta 1914, gobernando Gómez pues, ambos caudillos desconfiaban de su lealtad, por lo que sólo se le asignaron cargos de carácter civil

Durante ese período de tiempo, los testaferros políticos de Gómez pasaron sin fama ni gloria, excepto Bautista Pérez, cuya obra fundamental fue la firma de un decreto de expulsión del Obispo de Valencia, monseñor Salvador Montes de Oca, lo que produjo una seria controversia con la jerarquía de la Iglesia Católica y la intervención del Nuncio Apostólico. Para el momento, el país estaba endeudado hasta la coronilla y el conflicto eclesiástico, que perduró por dos años, sirvió como cortina de humo para que la culpabilidad del desastre económico recayera en la persona de Bautista Pérez. Por ello, en junio de 1931, el Legislativo lo responsabilizó por la crisis que mermaba las arcas del país, así como de permitir la entrada de la ideología comunista a través de sindicatos y “locos de carretera” que terminaron llamándose la generación del 28. Al final, todo esto fue una maniobra gomecista para debilitar la imagen de Pérez, a quien popularmente tildaban como “Juan el Bobo”. Gómez, ni corto ni perezoso, lo reemplazó con el general José María García Velasco y, unos meses después, asume nuevamente la jefatura del Estado y se hace reelegir, con mayores poderes constitucionales para un nuevo período. ¡Hasta cuando Gómez! Se imponía un dicho en las moradas de las familias venezolanas cuando la pobreza impedía que se comiese tres veces al día. Era una frase que sustituía un reclamo cotidiano: ¿Hasta cuándo comes?

Si bien López Contreras se había distinguido en la batalla de la

Victoria, Attlee, por su lado, seis años después, en 1908 ingresaba al Partido Laborista Independiente, y se destacaba como uno de sus dirigentes más aguerridos, tanto que cinco años más tarde, se unió a las tropas Británicas y sobrevivió a La batalla del Somme de 1916, quizás una de las más largas y sangrientas de la Primera Guerra Mundial, en donde hubo más de un millón de bajas entre ambos bandos. La guerra de trincheras se centraba en dos principios fundamentales: desgaste y ruptura. La primera buscaba infligir bajas progresivas al enemigo hasta que finalmente fuese incapaz de continuar la guerra. La ruptura intentaba un enfrentamiento decisivo, en el cual las posiciones enemigas fuesen penetradas por las fuerzas atacantes, explotando las fuerzas de refresco bajo la acción de la caballería. Ambos tipos de batallas se libraron en el frente oeste en donde los alemanes intentaron romper la situación en Ypres en abril de 1915, utilizando por primera vez armas químicas como el cloro y el fosgeno. Eso lo recordaría Attlee por siempre. Tanto que, en 1939, mientras López Contreras recibía un cargamento de judíos hambrientos, Attlee, desde el partido laborista, abogaba por acabar de una vez con el nazismo, el fascismo y la falange española. Afortunadamente, debido a una herida en su pierna derecha que lo obligó a usar bastón toda su vida, se salvó de estar en Flandes bajo el mando del General Douglas Haig, así como en la batalla de Verdún, la más famosa en el oeste, en donde el único propósito alemán era “desangrar al ejército francés hasta que se quedase blanco”. En fin, superado ese desafío en su vida, cuatro años más tarde era electo alcalde del distrito londinense de Stepney y tres años después ocuparía un curul como diputado por el Distrito de

Limehouse. En los gobiernos laboristas formados en 1924 y más tarde en 1929 por Ramsay MacDonald, Attlee, ocupó diversos cargos de menor importancia, como le había sucedido al futuro presidente de Venezuela entre 1903 y 1914.

Con respecto a López Contreras, para esa misma fecha se le ascendía a General de Brigada y era designado jefe de la Guarnición de Caracas. Cargo que desempeñaría hasta 1928, para más tarde ser enviado al Táchira en donde logró desarticular un alzamiento que pretendía dar un golpe de Estado al gobierno de Gómez. A su regreso, dos años después de haber demostrado su lealtad al gobierno, es nombrado ministro de Guerra y Marina, convirtiéndose así en el militar de carrera más influyente del país. Siete años más tarde, se encargaría del gobierno transitorio, para luego ser nombrado Presidente Constitucional en abril de 1936.

Igual ocurre con Attlee en ese período y, luego de haber rechazado cuatro años antes la coalición entre los laboristas de MacDonald y los conservadores de Stanley Baldwin, termina liderando el partido, prácticamente hasta 1945 cuando ocupa la primera magistratura, sucediendo a Sir Winston Churchill. Durante esos diez años apoya todas las acciones bélicas contra la Alemania nazi y la Italia fascista, exigiendo también solidaridad con el bando republicano en la Guerra Civil Española. En 1955, abandona la jefatura del Partido Laborista y accede a la Cámara de los Lores. Falleció en Westminster, el 8 de octubre de 1967, y sus restos fueron sepultados en la Abadía de Westminster. Seis años más tarde, López Contreras seguiría el mismo camino.

Fueron muchas las lisonjas que recibiría el presidente

venezolano luego de aquella decisión. Las alabanzas surgieron de todos los sectores nacionales e internacionales una vez que el SS. Königstein atracó en el puerto de La Guaira. Los diarios del mundo entero destacaron el coraje demostrado por el presidente, pues esa decisión lo enfrentaba a Adolfo Hitler, quizás para el momento, el hombre más poderoso y temido en toda Europa. El Führer se guardaría esa humillación que habrían de pagar varias decenas de zulianos unos años después.

Luego de esta experiencia, el presidente López Contreras empezó a tramitar permisos especiales para que judíos alemanes y austriacos en buques similares al “Caribia y el Königstein”, que venían de Hamburgo hacia el Caribe, pudieran ser recibidos en puertos venezolanos ante el inminente rechazo de algunas naciones caribeñas. En esa época, en Venezuela había posiciones encontradas en cuanto a recibir o no a los judíos, sin embargo, una de las opiniones que prevaleció fue la del potencial que estas personas podían aportar al país.

El hecho de llamarse Eleazar, agregado a su fisonomía fue, al parecer, una condición que jugó a favor de los tripulantes y su significado:” Dios es mi ayuda”, lucía como un llamado para hacer el bien y redimirse ante tantos seres que perdieron la vida obedeciendo sus órdenes y otros tantos mutilados por sus propias manos en plena batalla. Su gobierno es recordado por la creación de organismos de protección y asistencia, como el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, el Ministerio de Agricultura y Cría, El Consejo Venezolano del Niño y, por supuesto, nuestro Instituto Pedagógico de Caracas. Al inicio de su mandato se promulgaba la

Constitución de 1936, cuyo primer Artículo señalaba: “La Nación Venezolana es la reunión de todos los venezolanos en un pacto de organización política con el nombre de Estados Unidos de Venezuela. Ella es para siempre, irrevocablemente libre e independiente de toda dominación o protección de potencia extranjera.”

Una postal como despedida

Magallanes resultó ser un tipo cojonudo a pesar de nuestras reticencias y agravios. Luego de inaugurar El Arenal con “Rosa mía” como socia, tuvimos que aceptar que el “viejo se las traía”. Había descubierto a una mujer de la cual nosotros ni por asomo sabíamos de su existencia. Una mujer que jamás habíamos visto, grande de toda grandeza, hecha y derecha que sabía mucho de cocina y que nada tenía que ver con aquella chica ingenua que hablaba mal de Franco y leía a Santiago Carrillo. Una españolita con la que todos queríamos ligar y cuya única prueba de la existencia del destape español fueron unas tetas al aire un día de playa que no olvidaríamos. La chica que soñaba con un país bajo un nuevo modelo socialista, sin imaginar que, en política, las cosas podían terminar siendo lo que uno no desea que sean.

El Arenal se inauguró un seis de enero de 1985, el día de mi cumpleaños y día de Reyes. Fue una fecha elaborada a propósito por Rosa Mary, a quien se le ocurrió despertar entre nosotros un fantasma que yo había dejado en el pasado. Una extraña invitación tildada de casualidad. Un seis de enero, un día cualquiera como

todos los otros seis de enero. Un día en que nadie hubiese podido imaginar que catorce años más tarde, a esa misma hora, aún se rescataban cientos de cadáveres de un acontecimiento tan predecible como evitable. Tan obvio como la existencia misma. Tan lógico como una propiedad conmutativa fundamental en donde el orden de los factores no altera el producto. Una ley de componentes con la cual siempre dos más dos sumarán cuatro y no veintidós, como ese decir de los políticos para quienes los intereses personales, las pasiones y el fanatismo, los lleva a verse en su propio espejo.

Si bien ese seis de enero de 1985 fue uno de los tantos días fabulosos en nuestras vidas, el otro, el de inicios del nuevo siglo, triplicado en el espejo apocalíptico de los gobernantes de turno, me sumió en la más profunda tristeza al leer aquella postal, la última comunicación que tuve con Rosa Mary. Una foto que ella jamás había compartido con el grupo... un piquito, un rostro frente al otro debajo de un duraznero en medio de la neblina. Solo dos palabras: “Te acuerdas...”. Y el mundo se me vino abajo.

Aunque ya la lluvia había amainado en el Litoral y la torrentera había regresado a ser un riachuelo insignificante, el desierto que se vislumbraba a través de los medios de comunicación era de un dolor que punzaba intermitentemente los corazones de los venezolanos. Las imágenes recorrerían el mundo y Rosa Mary debe haber sentido un pesar terrible en el alma. Un pesar tan grande que la retrotrajo a un pasado maravilloso en el cual éramos felices haciendo de las nuestras, viajando en una buseta a lo largo de un gigantesco espejo de luces, que se iba degradando desde un

azul profundo a un verde sinuoso regado por la lluvia sobre su alfombra celeste.

Probablemente aún guardaba aquel poema robado a Neruda, garabateado en una página de su libretica en donde lo anotaba todo: Lo habrá leído y habría llorado recordándome.

*Tengo miedo. La tarde es gris y la tristeza
del cielo se abre como una boca de muerto.*

*Tiene mi corazón un llanto de princesa
olvidada en el fondo de un palacio desierto.*

*Tengo miedo -Y me siento tan cansado y pequeño
que reflejo la tarde sin meditar en ella.*

*(En mi cabeza enferma no ha de caber un sueño
así como en el cielo no ha cabido una estrella.)*

*Sin embargo, en mis ojos una pregunta existe
y hay un grito en mi boca que mi boca no grita.*

*¡No hay oído en la tierra que oiga mi queja triste
abandonada en medio de la tierra infinita!*

*Se muere el universo de una calma agonía
sin la fiesta del Sol o el crepúsculo verde.*

Agoniza Saturno como una pena mía,

la tierra es una fruta negra que el cielo muerde.

Y por la vastedad del vacío van ciegas

las nubes de la tarde, como barcas perdidas

que escondieran estrellas rotas en sus bodegas.

Y la muerte del mundo cae sobre mi vida.

Entre motos nos vemos

El itinerario a partir de nuestro rescate, con las pérdidas respectivas pues hay existencias que jamás se olvidan, se inició el 16 de diciembre, cuando escuchamos, apenas despuntando el alba, el rugir de centenas de motos cuyo cilindraje llenó de esperanzas a decenas de damnificados que no conseguían la forma de aproximarse a los campos de abastecimiento y de refugio que los militares americanos, junto a los nacionales, habían instalado en las zonas libres de inundaciones. Ulises y yo corrimos a la barandilla desmembrada de la azotea y observamos la forma en que se iba amontonando una máquina tras otra en hileras horizontales y verticales. Motores que no cesaban de rugir y cornetas que no paraban de sonar, opacando las exclamaciones de bienvenida de mucha gente que manaba de pronto desde los más oscuros rincones de las entrañas de la tierra. Así nos enteramos que durante todo este tiempo no habíamos estado tan solitarios como pensábamos y ellos descubrían a su vez, cada uno en forma individual o colectiva, en familia o en grupos pequeños de sobrevivientes, que otros habían estado padeciendo bajo sus mismas

condiciones. Deben haber gritado pidiendo auxilio por las noches al igual que nosotros, deben haber llorado, gemido, maldecido, sin ser escuchados por nadie como nosotros, deben haberse confortados unos con otros. Deben haber compartido los pocos alimentos como nosotros y probablemente habrían intercambiado experiencias de vida en la cual contaron historias ocultas, secretos que jamás le habrían contado a nadie. Grupos tan cercanos y tan distantes a la vez, que habrán gritado su desesperación hasta desgañitarse sin ser escuchados por sus propios vecinos, porque, era tal el sonido de las piedras y del río durante los días y las noches, era tal la soledad entre la bruma, que nadie se percató de la existencia de los otros. Posiblemente esos seres que ahora brotaban de la nada, eran los mismos que en un momento de solidaridad, de condición humana sobrenatural, solamente posible en situaciones de crisis, nos lanzaron aquella soga en plena torrentera para separarnos de una muerte segura. Personas, seres que no vimos más luego del segundo, tercero y cuarto alud de barro. Por ello dedujimos, en medio de la soledad, que habían sido rescatados, que habían logrado llegar a algún territorio libre de las aguas tormentosas; o, en último caso, que habían muerto sepultados por el barro porque jamás regresaron por nosotros. Ellos pensarían lo mismo de los pocos, que al principio salieron de sus abrigaderos a recibir al contingente de motorizados, aparecidos así de expedito, que llegaban de todas partes con sus motos de alta cilindrada, exclusivas para el montañismo, preparadas todas con sus neumáticos de tacos anchos para sortear el barro. Motos en donde un número sustituía el faro frontal justo debajo del manubrio, por lo que podía leerse desde lejos una buena

cantidad de cifras que iban en secuencia desde el 01, hasta culminar en el 124.

Una vez apagados los motores y desatendido el sonar de las cornetas, así como la consigna que clamaban “Motorizados al rescate”, aludiendo al grafiti escrito en sus chaquetas, quien fungía con el número 01, accionó el megáfono que venía cruzando sobre su pecho y pronunció aquel nombre: “Adolfo”, “Adolfo Saverdún”. “Adolfo, somos tu TEAM: Los guerreros de la Guaira”. Y ya Adolfo, dando saltos de rana, había ganado la barandilla para alzar su puño, un puño en alto en señal de triunfo, el logo de “Los guerreros” colocado al lado de aquella frase: “Motorizados al rescate”. Y escuchamos la algarabía y un solo grito de triunfo que opacó el terrible sonido de la turbulencia. ¡¡Guerreros de la Guaira!! ¡¡Guerreros de la Guaira!!

De beberse la revolución a beberse el salario

“Magallanes 58” fue el lugar de encuentro hasta la inauguración de El Arenal. Recién graduados nos tocó por suerte, o bien por influencias y manejos partidistas, pasar a la plantilla de profesores del Instituto Pedagógico, de modo que solamente cambiamos de status. Esto nos llevaba ahora a compartir con los colegas e incluso alumnos aventajados en la peña intelectual del club catalán. Parecía que nada había cambiado, excepto corregir los exámenes que antes nos corregían a nosotros, hacer política gremial en vez de política estudiantil, trabajar un horario y recibir alumnos en los cubículos en nuestras horas de ocio, en vez de matar el tiempo en

los cafetines. Todo un acontecimiento en sus inicios para luego convertirse con los años en algo fastidioso, en donde la rutina nos consumía sin tregua. De modo que solamente las reuniones en el club nos permitían liberarnos a nuestro antojo, rebelarnos ahora contra el estatus quo, planificar alguna actividad futura. La revolución poco a poco, día a día, se iba diluyendo. Comprendimos que las universidades no graduaban emprendedores, empresarios o intelectuales, sino pura y simple mano de obra para el mercado de trabajo. Y eso fue algo que no vislumbramos nunca cuando, haciendo política, pudimos haber influido en una revolución educativa de transformación de pensum de estudios, que cambiara una mentalidad obrera, dictada por una élite intelectual, incapaz de transformarse ella misma, porque incluso hasta los que investigan, terminan siendo parte del mismo engranaje. Pudimos haber impulsado al menos una discusión acerca del papel de las universidades como instrumentos del pensamiento competitivo, quizás con la variante de la responsabilidad social, tutelada por el Estado, porque tal cual como sostenía Lola, parafraseando a alguien a quien cada vez le cambiaba el nombre o el apellido: “Tanto Estado como haga falta, y tanto mercado como sea necesario”. Así sentados a una barra o compartiendo una mesa en nuestro rincón preferido, nos bebíamos el salario en vez de bebernos la revolución. Entre tanta polémica yo esperaba que Magallanes se retirara a cuadrar sus cuentas para mirar a Rosa Mary de reojo y sentir su incomodidad cuando desviaba la suya y se tropezaba con un rostro iluminado que le dispensaba una sonrisa cómplice.

–Serás brujo... –me dijo un día... porque me taldras el cerebro

cuando me miras.

Y ciertamente yo creía en el poder de la mente y pensaba que, si la miraba por un tiempo con insistencia y detenidamente pronunciando en mi interior, “Voltea...Voltea...Voltea” ella lo haría. Y así no me cansaba de jugar con mi supuesto magnetismo a distancia, desde aquella inauguración que coincidió con mi cumpleaños en 1985. Incluso cuando visitaba el lugar con alguna pretendiente que luego de un tiempo desechaba para volver de nuevo con otra que igual no era y así cambiando de pareja, buscando algo que no conseguía porque lo tenía enfrente, cuando observaba a Rosa Mary, a lo cerca o a lo lejos, y lograba que con el “Voltea”...Voltea” girara su mirada y se tropezara con mi rostro sonriente, entendí que seguía locamente enamorado de esos ojos inocentes, de ese zezeo cuando pronunciaba palabra, de esa aureola triste que siempre la envolvió a pesar de su sonrisa diáfana y sincera.

En ese transcurso de siete años, desde la graduación, se cumplieron algunos proyectos. Yo emprendí el mío con una editorial universitaria. Vladimiro y Simón lograron un préstamo e iniciaron un liceo privado que se convirtió más tarde en uno de los tecnológicos más prestigiosos del país. Ulises se convirtió en el coordinador de postgrado de una de las más cotizadas universidades privadas. Aida y Yaja se consagraron como agentes de turismo y hasta montaron en la isla de Los Roques una posada con la cual se hicieron famosas entre los extranjeros que visitaban aquel paraíso. Magali y Gilberto descubrieron la cueva de Alí Baba, sin los cuarenta ladrones, con el negocio inmobiliario y

Alejandro y Trina, (todos ellos pasajeros de mi buseta con destino al litoral), cumplieron su deseo de vivir en los Estados Unidos como investigadores en Palo Alto. Pero eso sería con los años, una vez inaugurado El Arenal, luego de conocer a Lupe Olayzola, luego de felicitar a Magallanes, todos abrazándolo fuertemente por aquella iniciativa. Apenas a un año del mundial de futbol en Méjico y de que se anunciara aquel 17 de octubre 1986 que las XXV olimpiadas mundiales de 1992, serían en Barcelona.

Llegaron los Etaras...Sálvese quien pueda

La cocina de Rosa Mary había trascendido gracias a los periodistas que comenzaron a ocupar nuestras mesas. A través de ellos, la intelectualidad caraqueña, los políticos y los asomados abarrotaban el lugar, independientemente de si se trataba de un lunes o un domingo.

–Ustedes como son de la casa pueden esperar afuera hasta que esto se desocupe...–nos dijo “Rosa mía” en una oportunidad, bajo la mirada crítica de Magallanes, sustituyendo nuestra mesa para ofrecerla a la nueva clientela, y así, sin más, nos sacó del juego.

Y si bien se lo dejamos pasar unas cuantas veces, en la primera oportunidad de cambio, Ulises para reclamarle sutilmente, lo hizo sin mediar palabras. Una vez pedida la cuenta, cambió la tarjeta de crédito por otra con cuatro letras resaltadas, que había mandado a imprimir con ese sólo propósito, en donde sustituía la palabra VISA por SDLC. La chica de la caja se dirigió a Rosa Mary y le entregó el documento y ella, de inmediato, quitándose el delantal

por el camino, se acercó a nuestra mesa dándole golpecitos sobre el dorso de su mano izquierda.

–¿Y esto? –Preguntó.

–Pues las siglas de “Somos D La Casa” –Respondió Ulises.

–¡¡Joder!!...–Sonrió...ustedes nunca cambian.

De ahí en adelante nuestras mesas fueron intocables por un tiempo, llegara hasta ellas el propio presidente de la República. Un carteloncito en acrílico rezaba sobre sus manteles: “Reservada. Generación del 58”. Ahora custodiada bajo la mirada cómplice de Magallanes.

Si bien existían muchos otros locales en los alrededores, El Arenal, por alguna razón desconocida, concentraba una clientela especial donde nosotros probablemente éramos los menos especiales. Era parte de nuestra vida, una oficina más, un trabajo más y hasta un sitio de diversión, el único. Allí la política y los grandes temas del país llegaron de golpe. Allí los periodistas narraban, contaban y hasta anunciaban la noticia que abriría los titulares de los periódicos al día siguiente. Quizás era eso lo que hacía del lugar algo exclusivo a mediados de los años ochenta y si bien para finales de la llegada de Rosa Mary al país, estábamos apartados de los trances políticos en la España pos dictatorial que recién enterraba al caudillo, diez años después en un rincón de Caracas, en un local pequeño de bebidas, tapas y especialidades catalanas, el interés se centraba en los etarras que entraban al país como Pedro por su casa y disponían de nuestra mesa reservada obviando el cartelón, “Generación del 58”, como si se tratara de

un servilletero vacío o un cenicero lleno de colillas fuliginosas. Un desprecio total a la propiedad privada. Entre ellos se encontraba Xabier Goyticochea, quien, años después, para la fecha en que nos hundíamos entre el lodo en Vargas, ya ocupaba un alto cargo como delegado del gobierno en la provincia venezolana. Había llegado al país como refugiado, pero en el local confesaba abiertamente que era perseguido político del gobierno español, así como otros camaradas que junto a él habían logrado que el presidente Pérez los mantuviera bajo protección. Entre ellos se señalaba a Francisco Mujika, alias, Pakito, quien había obtenido, un par de años antes de entrar al país, el estatus de refugiado político en Francia, con residencia legal en Hendaya y que perdería en 1983, momento a partir del cual tuvo que permanecer en la clandestinidad. En 1984 las autoridades francesas lo incluyen en una orden de expulsión con fecha 9 de enero y así, de pronto, apareció en Venezuela un año después y, por supuesto, cancelaba una cuenta millonaria en El Arenal de la cual bebimos hasta que se nos olvidó su nombre. Otros asiduos eran Santiago Arrospeide Sarasola, Santi Potros, Josu Urrutikoetxea Bengoetxea y Josu Ternera. Todos se consideraban refugiados políticos y altos dirigentes del movimiento. Un par de años más tarde llegarían Arturo Cubillas desde Argelia con otro grupo de vascos, provenientes de otros países de Latinoamérica y África. Se comentaba entre los periodistas que con ellos se había logrado, mediante un acuerdo entre el Gobierno español de Felipe González y Carlos Andrés Pérez, que se les aceptara en el país bajo la figura de refugiados. Si eran o no terroristas, como según los clasificaba el gobierno español, a nosotros eso ni nos iba ni nos venía. Para

los efectos, ni siquiera nos causaban impresión. Si de héroes guerrillero se trataba, aquí, los teníamos de sobra. Sin embargo, nos quedamos sin mesa exclusiva y sin la atención especial de Rosa Mary que, si bien en el 82 estaba dedicada a nosotros y a los escritores latinoamericanos, ahora en el 85, se le notaba la admiración por aquellos compatriotas que en un principio se gastaban la pasta que daba miedo, invitando a todos los presentes y cerrando el local hasta que no quedaba nada para beber y luego, con el tiempo, de alguna manera, la convencieron de beber y disfrutar de sus más ricos manjares de manera gratuita.

—Estos nos ganaron la medalla de oro en chulería... —Lanzó Lola, aquella frase lapidaria—...Nosotros nos bebimos la revolución, pero estos son tan descarados que se beben a sus propios camaradas.

—Los chupa sangre existen —agregó Aida al comentario.

—¿Y qué nombre les pondremos? —preguntó Ulises, parafraseando una canción.

—Los vampiros de Felipe González —aclaró Simón.

Apertura a un rescate

La corriente era muy tranquila en la superficie, como el ojo de un tornado. Apacible y hasta seductora, inocente y confiable. Y si bien no existían cuatro pisos de la residencia, Ulises era de la opinión de que el agua no podía tener esa profundidad y que el edificio había quedado enterrado debido a los escombros y las pie-

dras. Agregó a su teoría que seguramente existía tierra solida a un metro de profundidad porque era imposible que unas aguas con tanto caudal pudiesen tener una profundidad tan grande.

—Ni que fuera el Orinoco...—dijo sarcásticamente—... sólo hay que meter el pie para darnos cuenta de que la profundidad no es tal.

Por ello los “guerreros de la Guaira” desplegaron un cable de acero de un lado al otro tal cual lo habían hecho con una soga nuestros vecinos en días anteriores, cuando los torrentes nos hicieron regresar apresuradamente a nuestra posición inicial. Tres de ellos lograron atravesar la corriente aparatosamente para alcanzar nuestra posición y, una vez delante de nosotros, mostraron la forma de cruzar advirtiendo que el agua les llegaba hasta la cintura, pero que el lodo debía ser más profundo porque no tocaron tierra sólida con sus botas. Se distinguían con un número a sus espaldas que iban del uno al tres y eran los más conocidos por Adolfo. Por ello nos los presentó y de inmediato comenzamos a planificar el salvamento, en pleno momento en que se iniciaba un torrencial aguacero.

Primero cruzarían con Adolfo, luego vendría Ulises quien no estaba dispuesto a trasponer la rivera sin Hércules. Yo decidí salir el último. Para ello debíamos bajar hasta los escombros, al nivel del cuarto piso de la residencia, donde se había asegurado el alambrado con tres pernos muy gruesos, luego de sujetarla a una de las bases de concreto que había quedado al aire. No teníamos tiempo que perder. El único problema que se nos presentaba era Hércules. Sus cuatro patas y su fortaleza no servirían para nada en medio

del barro. Era como arena movediza aquello. Se lo tragaba todo. Ulises le puso ese nombre al perro para recordar a un viejo amigo de la infancia, un chico pequeño de estatura, pero tan fuerte como un bulldog, que lo defendía en los recesos cuando los mayorcitos lo agarraban como pera de boxeo. Siendo cachorro se le notaba que iba a ser un perro de gran fortaleza puesto que, con sólo tres meses de edad, cada una de sus patas era del tamaño del puño cerrado de Ulises. El rottweiler se había escondido en un resquicio de los ascensores que llegaban al sótano. Debió entrar por la puerta del estacionamiento y allí se sintió seguro del estruendo de los fuegos artificiales navideños. Cuando Ulises lo encontró, lo llevó directo al apartamento, era un 24 de diciembre y arriba ya nos preparábamos para una cena tradicional con varias amigas invitadas.

—Miren lo que me trajo Papa Noel...—dijo al entrar y colocarlo en el piso. Se veía que la mascota se aterrorizaba con los fuegos artificiales, De allí Ulises dedujo que probablemente se había extraviado, huyendo del sonido. Por fortuna en su collar tenía una chapa con su nombre, un teléfono y una dirección.

—Llamamos mañana...—agregó—... Por hoy que se vaya a la cocina.

Pero el cachorro terminó en su cuarto con unos tapones de algodón en los oídos, y por la mañana amaneció en el medio, entre él y Aida.

El 25 llamó y no obtuvo respuesta, repetimos las llamadas el 26, el 27, el 28 y sólo el 31, el último día del año, una voz de mujer

respondió para darnos las gracias, decir que estaba muy agradecida y que su hija no dejaba de llorar una vez que se enteró de la pérdida. Pero ya que el trauma había pasado ella nos agradecía que no se lo devolviéramos. En este mes, en plena vaguada y en plena azotea, estaba a días de cumplir los dos años y era más apegado a Ulises que a mí. Él se encargaba de sacarlo de paseo y de entrenarlo acerca de sus necesidades. En días de tormentas eléctricas con truenos espantosos, golpeaba la puerta de la habitación de Ulises para que lo dejara entrar, pues el miedo a los ruidos fuertes lo atormentaba. Ulises sostenía que, gracias al perro, él se había vuelto un hombre responsable y era lo más cierto que había dicho en toda su vida. Si antes de encontrarlo podía quedarse en Caracas luego de beber como un enajenado en El Arenal, una vez que el animal llegó a casa, regresaba a la Guaira a cualquier hora e intentaba no beber demasiado para evitar un accidente en el camino. Por eso mismo yo si podía beber hasta el fin de mis días con la confianza de que estaría en casa al día siguiente pasando la resaca de la noche anterior. A sus dos años era tan juguetón como cuando era cachorro, el único problema es que ahora llegaba a pesar unos 60 kilos y no tenía conciencia del daño que nos causaba cuando nos montaba una pata encima. Su enorme humanidad lo hacía torpe y en cada movimiento brusco podía destrozar cualquier cosa que estuviese a su alcance.

—No es un perro para estar en un apartamento...—así se lo aconsejó el veterinario—... Ellos necesitan mucho espacio y hacer ejercicio. Tendrán que aguantarlo.

Y vaya que lo aguantamos. Nos hizo tragar saliva hasta el

agotamiento, pero también nos ahorró las mensualidades del gimnasio. Con un entrenador diario como él bastaba. En toda la urbanización era el Rey y en la playa llamaba más la atención que los chicos con sus tablas de surf. Podía alejarse junto a Ulises, adentrándose en el mar tan lejos que el salvavidas se cansaba de llamarles la atención con el pito; una vez que se hicieron amigos, descubrió que, si a Ulises le sucedía algo en medio de las profundidades, el perro era mejor que él para regresarlo a la orilla. Y fue tan verdad aquella afirmación que Ulises la tomo como una sugerencia y desde ese momento se alejaba más de la orilla y de regreso se agarraba a la pechera de Hércules quien jadeante, lograba devolverlo a la arena. Luego venían los abrazos y la sorpresa que casi siempre era un trozo de jamón que devoraba de un solo golpe. Eran compañeros inseparables y Hércules era dueño de una galantería con la cual conquistaba a todas aquellas chicas que se iban a broncear a la playa. Bastaba verlo acercarse a ellas sigilosamente para halarle las toallas, quienes luego del susto al verlo sigiloso a sus espaldas con el fin de halarles las toallas que era su juego preferido. Una vez pasado el susto, se robaba el show coqueteando como sólo un perero puede hacerlo, moviendo el tocón de rabo y haciendo gestos con su cuerpo atlético que terminaba hablando menos que sus ojos rayados color aceituna. Esa era la parte que más nos gustaba. Esa mirada, esos gestos en su rostro llenos de ternura. Era un conquistador nato... Su fórmula infalible era una combinación de tristeza, nostalgia, amor y alegría reflejada entre los movimientos de orejas, el abrir y cerrar del hocico como si estuviese riendo, y dejar que a través de sus ojos todo humano viese cómo se iluminaba su alma. Fue Hércules

quien nos obligó, sobre todo a Ulises, a regresarnos ese miércoles 22 de diciembre al litoral bajo aquella lluvia incesante. Formaba parte de los macundales que debíamos recoger para nuestra ida a la posada de Choroní.

Los líderes que dijeron llamarse Sergio, Francisco y Javier habían traído consigo una soga que serviría en caso de emergencia por si alguno de nosotros se despegaba del cable y caía al torrente. Entonces, una moto de alta cilindrada estaría encargada de halarlo hasta un lugar seguro. Todo parecía estar a la perfección. Los muchachos habían tomado muchas precauciones y nada podía fallar. De todas formas, Ulises decidió bajar al apartamento en busca de la pechera. Así, si Hércules se le soltaba tendría la opción de ser rescatado halado por uno de los motorizados apostados en la otra rivera. Nadie se atrevió a cargar con él. La desconfianza les nublabla la razón y no tenían por qué hacerlo. Para ellos la vida del animal no era importante, incluso llegaron a sugerir que lo mejor era dejarlo al abandono. De pronto la lluvia arreció y trajo consigo un torrente de agua que casi cubre por completo el cable colocado de extremo a extremo. Y así, de golpe lo volvió a dejar libre, a la vista y dispuesto.

—Bajemos, apúrense que la vaina se nos va a poner fea —dijo el número uno y enfilamos hacia los escombros del cuarto piso. Ahora en fila india. Todos íbamos a cruzar uno tras el otro apenas con un par de metros de separación tomados del cable de acero y a la vez del mecate que servía de apoyo en caso de que se necesitara. Recé por primera vez, me persigne y pensé...Que sea lo que Dios quiera...

Descubriendo un affaire

La llegada de los Etarras no fue algo que le agradara a Magallanes. Si bien los recibió con su eterna caballerosidad, ya para finales del 86 les tenía ojeriza. Comenzaron a presentarse de uno en uno. Un decir porque la primera vez llegaron dos de improviso. Preguntaron por Rosa Mary y le entregaron una tarjeta con un nombre. Vinieron las presentaciones y ella se convirtió en la anfitriona nunca vista por nosotros. La relación con los Etarras cada vez se hizo más estrecha. Más cerrada. Más conspirativa al decir de Ulises. Más inentendible. En menos de seis meses eran dueños de nuestras mesas y al año ya casi decidían el menú del local. Los encontrabas al mediodía, en la tarde y en las noches. No había un solo día sin que un etarra estuviese sentado en la barra.

–Los consigues hasta en la sopa...–afirmó Simón un día cuando decidimos celebrar el cumpleaños de Vladimiro.

–Se están independizando desde una barra –agregó Aida.

–Ahora se beben la independencia...–complementó Lola

–Dejen a esos locos tranquilos, –dijo Ulises–...Lo siento por Rosa Mary que se come la coba.

Para el cumpleaños de Vladimiro arrastramos a unos treinta colegas de los más izquierdosos que teníamos en el Pedagógico. La idea era apoderarnos de todas las mesas y mandar a los Etarras a beber en la parte de afuera. Porque si de anécdotas, y de guerrilla se trataba, y querían carearse con nosotros, pues que aprendieran

que aquí hubo clandestinidad, dictaduras terribles, mártires políticos; gente tan arrecha que hasta secuestramos a Di Stefano y al segundo jefe de la Misión Aérea Norteamericana en Caracas, el comandante Michael Smolen, sin ser asesinos. Eso lo decía Vladimiro para que Reinoso y Centeno, lo aprobaran agregando historias que Rosa Mary no conocía ni por lectura.

Claro que exageramos muchísimos y a la historia de Petkof huyendo del hospital militar bajando desde el quinto piso con un nylon que le perforó los huesos de las manos, le agregamos acciones de películas hollywoodenses. Con el escape del cuartel San Carlos, le integramos al túnel del sirio Simón Nehemet Chagínque, varios kilómetros que jamás existieron y así continuamos con supuestos atracos a bancos y camiones blindados sólo existentes en nuestra imaginación. Lo demás era beber para al final de la borrachera recordar nuestra gesta estudiantil conspirativa, cambiando el mundo en los bares y tascas cercanos a las instituciones universitarias. Era un día de verano, agosto de 1987, dos semanas antes de recibir la mala noticia. Magallanes había muerto de un infarto. Se fue al otro mundo sospechando lo que sucedería con El Arenal y con Rosa Mary. Nada bueno se auguraba...y así fue. Una vez que lo colocamos bajo tierra y sobre él plantamos una lápida llena de coronas con listones de letras escarchadas, “Hombre íntegro y amigo incondicional”, elaborado por aquel viejo florista con quien yo apenas cruzaba dos palabras, nos dedicamos a criticar el trato que ella le había dispensado en estos últimos meses. Por supuesto lo hicimos entre bebidas, brindando a cada instante con cada buen recuerdo. Fue entonces, en un minuto de silencio pedido por Ulises en honor al caído,

cuando al escuchar el sonido de una caja registradora, mi imaginación abrió las puertas de la floristería, y me encontré ante aquel viejo con más años que canas cuyo mutismo desaparecía para preguntar.

–Esta vez no fue algo trágico, ¿verdad?

–No... –respondí–... peor, fue “la crónica de una muerte anunciada”.

–Ahh, si entiendo...igual que Santiago Nasar

–Menos violenta físicamente pero más invasiva espiritualmente, tanto como para destrozarse a un corazón eternamente enamorado.

No era necesario tener un olfato muy fino como el de Hércules, ni ser un Horangel y sus doce del signo para vislumbrar el futuro que se avecinaba con aquella invasión Etarra. Si bien Magallanes fue todo un caballero al ser presentado por primera vez...su ojo clínico logró detectar un tumor cancerígeno que seguramente terminaría en metástasis.

–No fue lo mismo, mi querido Marcos...–me dijo–...Cuando los conocí a ustedes ese sábado en el club catalán...no fue lo mismo... Y los observe burlándose de mí, riéndose y pensando en este viejo solitario que se enamoraba de una joven a la cual le llevaba más de veinte años.

–Una niñada...–le respondí–...Celos por alguien que nos abandonaba...rabieta, pataletas de ahogado. Sin embargo, nos sorprendiste con tu amabilidad. Nos aceptaste tal cual éramos, sin exigir nada y terminaste siendo uno de los nuestros. Fíjate que

ahora la distancia generacional se acorto de tal modo que ahora nosotros somos los viejos.

–Nunca les confesé que mi problema con el corazón se comenzó a agravar luego de la inauguración del nuevo local. Para esa ocasión me dijeron que este reloj tenía cuerda apenas para un año y no había nada que hacer. Todas mis arterias estaban colapsadas. Y fijate aun continúo aquí divirtiéndome entre ustedes... Uno más, aunque de una generación más atrasada

–Ahora entiendo por qué nunca bebías con nosotros...

–Ya desde el 78 me habían cambiado la válvula mitral. La original era todo un desecho. Cuando me auscultaron y el cardiólogo me habló de un soplo, me dije, bueno, al menos no es un huracán, hasta que agregó... Pero hay que cambiarte la Mitral. Entonces comprendí que la cosa a lo menos era un tornado.

Luego de aquella operación a corazón abierto, Magallanes tuvo que tomarse unos meses de reposo. Su calidad de vida, su condición de sibarita y bebedor tenía que quedar en el pasado. Sin embargo, apenas se sintió fuerte de nuevo, regresó al cigarrillo y al whisky. Durante el postoperatorio, su médico le había explicado que una vez cambiada la válvula, el corazón comenzaría a bombear más sangre hacia sus órganos con mucha más vitalidad y debía acostumbrarse. Por ello temía un colapso de los pulmones, cosa que no sucedió durante su temporada de reposo. Otro obstáculo que se vio obligado a transitar fue el de la infección que pescó durante su estadía en la terapia intensiva, lo que obligó a los galenos a dejarlo más del tiempo requerido, hospitalizado en la

clínica para una constante evaluación. Finalmente logró sobreponerse y una vez dado de alta, vino la advertencia de su médico.

–Cigarrillo, ni por asomo –le había exigido– eres un hombre joven, pero pensamos que tu condición es crónica y debes permanecer en constante chequeo. También debes estar pendiente del licor...Baja la dosis.

Por supuesto que hizo caso omiso y apenas había transcurrido un año y medio de su operación terminó acostado de nuevo en una sala de emergencia. La nicotina y el alquitrán se habían encargado de regresarlo a su condición primaria. No tanto por el whisky porque ya se había acostumbrado a tomar poco. Un par de tragos al día. Sus arterias para su edad eran las de un anciano de ochenta años y cualquier acción que requiriera algo de esfuerzo físico podía incidir en su salud. El galeno le explicó que las arterias funcionan como una manguera de agua y el corazón es una especie de chorro, que en su anterior condición apenas enviaba unas pocas gotas que lograban pasar por ella con poco esfuerzo. En su caso, esa manguera se fue tupiendo de basura con los años. Al cambiarse el chorro, la fuerza del líquido la empujaría hacia su destino final. De tal modo que esa basura podía convertirse en un coágulo de sangre y dependiendo para donde corriera era capaz de generar un ataque cardiovascular o un ACV, como lo denominan técnicamente. Eso fue lo que le sucedió en aquella segunda ocasión. De allí que la mayor parte de su vida desde ese momento la debería pasar tomando anticoagulantes.

–Fue cuando me encontré con esa niña, tú sabes, un hombre

solitario, sin hijos, ni esposa, ni hermanos, ni madre, es decir, un ser sin familia. Llegó al club catalán y me dijo que era una cocinera excelente.

–Y lo era –ratifiqué su afirmación.

–Me comentó que necesitaba trabajar. Un empleo fijo porque sus padres no estaban bien de salud en España y ya no le podían enviar la cantidad de suficientes pesetas que pudieran equipararse con el bolívar. Y le dije que la cocina era toda suya.

–De eso nunca nos contó nada –dije extrañado. Y recordé que para esa época ya no iba mucho al Pedagógico ni nos acompañaba en nuestros escauceos hacia el litoral. Aparecía de vez en cuando y ese alejamiento nos tenía preocupados, hasta ese día...

–Los invitó al club catalán este sábado, muchachos –nos sorprendió con ese ofrecimiento – que voy a cocinarles algo exquisito que no olvidaran en toda su vida...

–Y seguiste enamorado de ella, ¿verdad?

–...Bueno.....no sé si...–me interrumpió.

–Creías que yo no sabía que habían estado ligados. La primera vez que la vi desnuda, perfecta en toda su humanidad, me confesó que no era virgen. Eso no me asombró...

–Claro, el destape español...

–No, chico, nada que ver, eso eran muchachadas de ustedes. Esa misma noche me dijo que había tenido un novio, uno que era tan virgen como ella, que ni siquiera sabía cómo colocarse un

preservativo.

–¡¡Joder!!

–No me dio nombre, pero al verlos esa tarde en el club y más luego en aquellas mesas que decidieron que eran suyas y en la cual yo los bauticé como la generación del 58, me di cuenta de que el joven de quien me había comentado aquella noche, no era otro sino tú.

–Soy un verdadero idiota –dije, y me sentí como el más derrotado de los seres humano.

–Nooo, no digas eso, todo lo contrario, eres mucho más caballero que yo. ¿Sabes? Siempre noté como la mirabas y como ella respondía a esa sensación. Siempre vi amor en cada uno de tus gestos hacia ella y viceversa. Siempre supe que esa llama no la apagaría nadie con sus altas y sus bajas.

–Pero...–callé de inmediato, no porque me hubiera interrumpido, sino porque no podía decir una palabra sin que notara que era una excusa superficial, fútil, anodina, trivial.

–No quiero pecar de ignorante en una materia de la cual nadie conoce...ni siquiera ustedes los poetas...–dijo interrumpiendo mis pensamientos– ... Pero a pesar de todo, nunca sedujiste a mi mujer y mira si ella lo hubiese querido. Eso es lo que más valoro de ti y de tus amigos... Pero estos españolitos que vinieron con ínfulas de refugiados políticos...eso es otra cosa.

Y esa “otra cosa” tenía que ver con las finanzas del restaurante. Un local pequeño que producía mucho dinero, el mejor de la

ciudad, el mejor de la capital, como se anunciaba en las revistas y secciones gastronómicas de los periódicos, que de pronto estaba siendo manejado por “manos extrañas”. De eso se dio cuenta Magallanes a tiempo, pero cuando pudo evitar la debacle, ya era tarde. Aquella condición que logró superar por unos diez años, a pesar de que le habían advertido del peligro, le llegó cuando menos la esperaba.

El teléfono repicó en la madrugada y a pesar de que teníamos una norma de no responderlo después de las diez de la noche hasta las ocho de la mañana, ese tono constante, que se repetía cada diez minutos, obligó a Ulises levantarse para tomarlo con el mal humor que lo caracterizaba cuando la insistencia era obsesiva. En esta oportunidad no reaccionó como de costumbre y apenas escuché que tocó levemente la puerta de mi habitación, entendí que algo terrible había sucedido. Si a nosotros nos había afectado la invasión Etarra, no imagino que habría sentido Magallanes ante aquella avalancha de antipáticos. Con el tiempo surgieron los chismes de los periodistas, quienes poco a poco también iban abandonando el lugar. Precaución en algunos casos y mal servicio en otros. La humareda de los cigarrillos era realmente espantosa y en un local tan pequeño todo aquello se hacía insoportable. Al salir, ya las ropas no olían a chistorras, sino a nicotina y alquitrán. Esto llevó a Magallanes prácticamente a fungir como portero, ya que la mayor parte del día se la pasaba sentado a las puertas del local, limitándose a abrirlas y cerrarlas luego de un saludo de bienvenida caluroso a los clientes y un furtivo hasta luego de despedida. En las mañanas llegaba temprano para poner los libros en orden, recibir a los proveedores, cancelar cuentas y hacer los

pedidos del día, así como elaborar el menú que Rosa Mary le dictaba por teléfono, pues raramente llegaba antes de las doce del mediodía.

En esta labor lo encontró una mañana Rosa Mary. Estaba muy serio, como nunca antes lo había visto. Las cuentas no cuadraban para nada y había demasiados recibos, facturas firmadas sin cancelar y cheques sin fondo, con excusas al reverso. Entre ellas las más notorias eran: “A los camaradas nada se les niega”. O bien: “Ya llegarán los fondos, guárdalo como si fuera un cupón, vale” Como socio del cincuenta por ciento de las ganancias, Magallanes recibía el golpe más fuerte ya que los gastos de su último tratamiento le habían consumido buena parte de sus ahorros, tanto que, para completar los pagos, tuvo que acudir a un préstamo bancario hipotecando por segunda vez su apartamento. El seguro no cubría todos los gastos y al parecer estaba considerado como elemento de riesgo. Durante año y medio había cancelado cuotas altísimas para recibir un servicio médico que no estaba acorde con los elevados costos en las clínicas en materia de hospitalización y cirugía.

De modo que lo que se inició con un intercambio de palabras por cuentas poco claras, terminó en una separación, algo parecida a un divorcio. De allí en adelante se vino abajo. Se le veía poco por el local y sin embargo se le encontraba cada tarde en otro de la competencia a unas cuadras de distancia, en donde no entraban los etarras, pues el dueño era más franquista que el mismo Franco que en “paz descanse”, decía siempre cuando alguien le tocaba el tema de la dictadura. No en vano el local ostentaba el nombre de

“Real Madrid”. Facio como ninguno, Alonzo Suarez Cazorla, se convirtió en su mejor confidente por aquello de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Torrentera depredadora al acecho

Comenzamos el descenso lentamente hacia los escombros. Encabezando la fila iban los motorizados con el número uno a la punta. Luego seguían los otros dos que nos iban tanteando el camino, pues ellos poseían un calzado especial para estos trotes de los cuales nosotros carecíamos. A Hércules, Ulises le había cruzado su correa a través de la pechera. De esta manera el animal quedaba atado a la altura de su cintura. Adolfo iba detrás del número tres quien lo mantenía a raya y cuando se trataba de hacer algún movimiento brusco, tenía a su disposición a los otros dos compañeros. El agua que había permanecido en reposo, comenzó a arremolinarse y, en cosas de minuto, se fue convirtiendo de un insignificante riachuelo en su superficie a un torrente más o menos moderado, algo sobrio que iba aumentando su caudal con el sigilo de un depredador jugando con su presa. Una advertencia que teníamos que tomar en cuenta. Un ruido lejano llegaba a nuestros oídos confundido con los gritos de alerta lanzados desde la rivera. Ya, a la altura del cable, nos tocó organizarnos y el número uno tomó la batuta para explicarnos qué hacer. Nos habían provisto de unos gruesos guantes para evitar dañarnos las manos con el vaivén, de modo que nos explicó cómo teníamos que aferrarnos y sin soltarlo debíamos deslizar las manos, primero una y luego la otra, una vez que la primera tuviese un agarre firme, pero jamás

debíamos despegarnos de él, ni siquiera para auxiliar al compañero.

El primero en ceñirse al acero fue Sergio, el número uno. De inmediato vino Adolfo a quien Sergio le sugirió colocarse un amarré de su cintura al cable para darle mayor seguridad. Pegado a él estaría Francisco y seguidamente Javier. Ulises, yo y Hércules deberíamos esperar que ellos avanzaran unos metros para luego continuar nosotros, tomando muy en cuenta las sugerencias dadas al inicio. La precaución de alejarnos venía por sus dudas con la mascota. Y no dejaban de tener razón porque el peso de Hércules era bestial y por primera vez no estaba muy dispuesto a seguir a su amo. Ya los muchachos le habían aconsejado a Ulises que no lo atara a su cuerpo pues si sucedía algo al cruzar, el perro podía arrastrarlo corriente abajo. El consejo valió poco y sólo consiguió que Ulises asegurara más de lo normal la hebilla del cinturón. De los escombros a la calzada nos separaban uno seis o siete metros. Al otro lado dos motores de altacilindrada permanecía encendidos y dispuestos para jalar la soga en un momento de emergencia. Fue cuando Adolfo agregó unas palabras a su cuento de la “solución final”, al observar la suciedad del agua.

—Podr muchos años mi papá dejó de usadr jabón de baño. Decía que venían impodtados dedl sudr y pdrobabdlemente estaban edabodados con gdrasa de dos campamentos de pdrisioneros judíos. Yo me dos desgatadé en mi cuedrpo vengan de donde vengan, -Y echó a andar.

Apenas ellos habían avanzado unos tres metros, nos tocó el turno. Entonces, Ulises, tomando la cautela debida me indicó que

mejor fuese adelante que él iría de último ya que Hércules se mostraba bastante nervioso y no había forma de que entrara al agua. Apenas yo había adelantado no más de un par de metros se nos vino encima un torrente de agua inesperado. Eran los rápidos que Ulises había mencionado, una corriente insospechada que atrajo consigo una rama bestial la cual, a gran velocidad, se incrustó en el cable de acero sacudiéndolo de tal manera que se hacía imposible sostenerse esposado a éste a pesar de los guantes que protegían nuestras manos. Fue entonces cuando la torrentera se dividió en dos raudales aterradores y muy fuertes. El dique creado por el árbol atrajo otros ramales y trastos viejos causando bandazos tan fuertes que lo mejor que se nos ocurrió fue regresarnos antes de que fuese demasiado tarde y termináramos tragados por la corriente. El tronco de árbol nos había dividido en dos grupos y ya no pudimos continuar. Fue entonces cuando escuché gritar a Ulises ordenándome regresar a los escombros. Al otro lado ya Adolfo y los tres motoristas alcanzaban la orilla. El mecate previsto para la emergencia había hecho su trabajo...y las motos también. Los jalieron tan bruscamente, que, a Sergio, el número uno, se le salió el hombro y terminó con un desgarramiento de los músculos dorsales. Los otros dos motoristas no pasaron de unos leves raspones que no ameritaron un traslado al centro de emergencia.

De lo fashion al fascio

Fueron varios los meses en que Magallanes descuidó por completo su salud. Se le había escuchado decir que, si iba a morir, lo haría como siempre lo había querido, jamás en una cama de un

hospital. Y estaba claro del porqué de aquella afirmación. El seguro médico se había evaporado y los de la competencia buscaban excusas para negarle una póliza, de modo que le salió registrarse en el servicio público de salud. Por ello debía esperar unos seis meses para serle practicada una intervención. Era el cupo más cercano para entrar en quirófano. Cuando le llegó la fecha, hubo que postergar su operación ya que los quirófanos se encontraban en mal estado. La dirección del hospital decidió cerrarlos por su alto grado de contaminación y por las condiciones físicas en las que se encontraban. Magallanes quedaba entonces a la buena de Dios. Durante la espera se resignó a la muerte y por supuesto se dedicó a disfrutar el poco tiempo que según él le quedaba. La hipoteca se comió el apartamento y terminó pasando las noches en un pequeño anexo alquilado, perteneciente a un antiguo camarero del club catalán. A partir de las ocho de la noche, disponía de la habitación hasta la mañana siguiente, pues el colega realizaba toda una jornada nocturna y disponía de la habitación durante el día. De modo que desde tempranas horas se levantaba y una vez llegado el amigo se saludaban e intercambiaban pocas palabras ya que el otro, una vez compartido un café, se iba directo a la cama para mitigar el cansancio de un trabajo nada envidiable. Por esta razón, partía a su habitual paseo matutino por los alrededores de la parroquia, compraba la prensa y se dirigía al cafetín del Ateneo de Caracas en el complejo Teresa Carreño. En otras ocasiones, disfrutaba de la terraza del Hotel Caracas Hilton y frente a la piscina consumía con avidez todos los textos que los amigos periodistas, asiduos de El Arenal, escribían, mientras tomaba su desayuno de frutas, jugos y arepitas con queso y jamón.

–Tú deberías ser periodista en vez de historiador –me sugirió en una oportunidad en que compartimos una mañana.

Allí, instalado a sus anchas, duraba hasta las horas del mediodía, a la espera de que se abrieran las puertas del Real Madrid, para pasar la tarde recostado en un rincón de la barra, departiendo con cuanto conocido se le acercaba. Rosas Mary, por su parte, se había hecho la desentendida. Le molestó mucho el que Magallanes la tildara de irresponsable con las cuentas.

–Me trató de ladrona –le comentó Rosa Mary a Ulises al surgir a colación el tema de lo abandonado que su examante y ex- socio se encontraba.

–Me tiene sin cuidado donde esté –respondió ella sin ánimos de continuar la tertulia. Pero no le quedó más remedio que buscar una explicación ante la insistencia de Ulises, ahora empujado por Aída, Lola y Simón. Yo no me encontraba en ese momento. Aún discutía con mis impresores el arte final de una novela de la cual pensábamos editar tres mil ejemplares y la mayoría de ellos habían quedado mal compaginados.

–Anda por ahí hablando mal de mí y acusándome de cualquier cosa –la insistencia de los muchachos le permitió contar su versión.

–Mira que catalogarme de ladrona a mí que me gasté hasta las uñas pendiente de su enfermedad y de cómo cancelarle el seguro para que tuviera un tratamiento digno. Míralo que venir ahora con eso de que las cuentas no estaban claras, sólo para justificar que le diera la parte que le corresponde como socio del local. Bastaba

que me lo dijera de frente, sin tantos rodeos por el medio.... La verdad es que se puso insoportable.

Ulises no pudo dejar de mencionarle que le habían contado que andaba muy mal. Bebiendo más que de costumbre y bastante descuidado en su físico...

–Por mí que se muera –respondió a aquella confesión.

–Chica, ni tanto... Vamos a meterle una mano, que bien se lo merece –intervino Aida bastante dolida por la forma en que había tomado lo expuesto por Ulises.

–Que se vaya al diablo –Fue tajante–... Y ustedes dejen de alcahuetearlo que primero fue sábado que domingo.

Se levantó de la mesa de un solo golpe y se fue directo a la cocina. Cuando llegué a la escena del crimen, las caras largas y los silencios incómodos me dieron a pensar que las cosas estaban muy malas por allí y que, la “buena vibra”, tal cual había sido bautizado el local por Trina, había desaparecido por completo.

Faltaba poco para que 1986 se convirtiese en pasado y nuestras visitas al lugar dejaran de ser frecuentes. Cedimos nuestras mesas a los etarras y a los periodistas de un diario local que abrían cuentas con las cuales no podíamos competir. Allí llegaron a reunirse decenas de grupos de sindicalistas, el más famoso de ellos se llamaba “Cuartilla” Luego venían otros ya ligados a los partidos tradicionales: Prensa Libre, “Periodistas por la verdad”, “Nueva Era”, “Fuerza Cristiana”. El local era visitado por el Alcalde de la ciudad, quien cerraba toda la cuadra para quedarse a solas con los

miembros de su gabinete. En las noches, hacía presencia el Fiscal general de la República también con su comitiva y allí los periodistas se enteraban de todas las “marramucias” de Blanca Ibañez, la secretaria privada del entonces presidente Jaime Lusinchi. Así, cuando el 87 llegó renovando vidas por un lado y llevándose otras sin pedir permiso, todos teníamos ocupaciones y responsabilidades que debíamos cumplir. Sin embargo, no dejamos nunca de juntarnos aun cuando el tiempo se batía contra cada uno para negarnos un rato de encuentro y sano esparcimiento. Habíamos cambiado de lugar y por supuesto saltamos de un extremo al otro. El Facio de Suarez Cazorla. Un defensor acérrimo de Antonio Tejero Molina, nos recibió con los brazos abiertos en el Real Madrid.

—Con tantas vueltas que da la vida, jamás imagine que nos íbamos a tropezar de nuevo —fue la forma en que se acercó a nosotros apenas traspasamos el portón no sin cierto encogimiento.

Al ver a Magallanes al final de la barra, nos animamos a entrar y comprendimos que, con esta visita, le quitábamos un peso de encima al encargado del negocio. Un hombre de la misma edad de Magallanes, pero mucho más vigoroso.

—Ahora Magallanes tendrá con quien distraerse... —agregó mientras nos guiaba a lo largo del pasillo... Mírenlo, ahí mismito está... Como todos los días.

El saludo fue efusivo y el tema de la tarde no se hizo esperar

—Los” etarritas” acabaron con ese negocio —fue lo primero que expresó al notar nuestra intención de preguntarle al respecto.

—Luego llegaron los chulos políticos de izquierda que conocían de la presencia constante de periodistas en el local, y allí soltaban sus chismes para agarrar un espacio en la prensa nacional. Aquello le levantó el ego a Rosa Mary de tal manera que ya casi ni hablábamos de nuestras cosas personales. De pronto se había convertido en una especie de líder... O se lo creía, o así se lo hacían creer quienes, en vez de cancelar sus facturas, dejaban una firma con cuentas estrambóticas.

—Ella afirma que la trataste de ladrona —interrumpió Aida la retórica y puso el dedo en la llaga.

—¡¡Yo!! Acusarla de qué —respondió ofendido— jamás haría eso. Sólo le expliqué que un negocio no podía marchar de esa manera. Si eran camaradas, tal cual como ella decía, pues como camaradas en la calle o en la casa... pero el negocio es el negocio y no la Cruz Roja.

Aquella sería una de las pocas conversaciones que tendríamos con Magallanes, antes de conocer la mala noticia. Parecía habernos estado esperando para despedirse. Estaba tan delgado que nadie nos hubiese creído que este hombre en el 82 era alto, altísimo, tanto que caminaba algo doblando para sentirse a la altura de sus interlocutores. Siempre tratando de estar sentado a una mesa en las conversaciones largas. Lo hacía porque su talla podía expresar engreimiento, petulancia, altivez. En vez de humildad, respeto, igualdad. Ahora se había achicado, encogido como una prenda de vestir. Sus dedos gruesos apenas eran unos fideos lánguidos cruzados de venas como un mapamundi en donde se reflejaban todos los continentes y un mar inmenso color piel, que

contrastaba con el verdor de ríos de sangre que circulaban desde el corazón hasta las falanges del índice, el meñique y el pulgar.

–No me debe quedar mucho –comentó, cuando Aida le preguntó acerca de su salud, pues se le veía bastante maltrecho

–Tengo una aneurisma del tamaño de una pelota de pin pon –Y se río, soltó una carcajada de burla recordando algo en su pasado que no nos dijo, porque la tos fuerte y larga no lo dejó continuar por espacio de minutos. Para cuando se recobró, a punto de echar otra bocanada de humo, se le había olvidado lo que nos iba a decir. Había regresado a las andadas.

–Si, al parecer no puedo ni coger una rabieta, porque puede ser el detonante de una muerte anunciada. Tampoco se puede operar a mi edad. El médico sostiene que no aguantaría la anestesia. Aunque por mi parte sería excelente, así ni cuenta me daría que me fui bien largo al carajo. En fin, todavía no tenemos una ley de eutanasia.

Contra viento y marea

Regresamos a tiempo pues, la corriente barrió de pronto con el árbol, aunque el cable de acero resistió la embestida, pero quedó sumergido dejándonos con la duda, de la profundidad en que estaría, porque subimos tan rápido que no percibimos que la corriente había ganado un piso más.

–El cable debe estar ahí mismo –señaló Ulises haciendo un gesto con su dedo índice mientras llamaba la atención de Hércules para

acariciarlo y verificar el amarre de la pechera aprisionada a su cintura.

–Lo dudo –dije – ni siquiera sabemos si la corriente continua a nivel del cuarto piso.

–En cuanto baje un poco el torrente, me sumerjo y compruebo a ver...

–No lo digas ni de broma. Interrumpí. Mejor lo intento yo que tengo un poco más de fortaleza...y no te ofendas –y agregué.

–Tu pendiente...Por si acaso.

Desde el otro lado a través del megáfono, alguien tomó la palabra para decirnos que todo estaba bien y que Adolfo estaba en perfecto estado, no así el número uno que había sufrido una lesión de cuidado mientras los otros dos solo habían padecido magulladuras y unas pocas cortadas producto de piedras y vidrios que como corales asesinos descendieron con la corriente. En cuanto a Adolfo, lo habían montado de parrillero a una de las motos, así como a su compañero para trasladarlo al centro de emergencia que se encontraba en una zona libre de inundación, el más cercano y mejor preparado para estos casos. También nos comentó que después de lo ocurrido, desde ese lado nadie se atrevía a llegar hasta nosotros para socorrernos, pero como estábamos en buena forma, esperáramos a que la corriente cediese un poco para intentar la misma operación, sólo que esta vez no contábamos con el mecate auxiliar para emergencia. Insistieron en que tuviésemos cuidado con los desechos, que terminaban siendo mucho más dañinos que la misma corriente. Indicó el chico del megáfono que

tratáramos de hundir con mucha precaución los pies en el barro movedizo y que pusiésemos más confianza en el cable metálico.

–Ahhh y también les sugiero que no carguen con el perro.

Esto nos colocó en tres y dos, porque las aguas no profundas representaban un problema para Hércules, pues, según Ulises, el perro, atado a su cintura, podía nadar sin tocar el suelo. Con esto me quiso decir que había que cruzar sin esperar a que la corriente disminuyera. Había que hacerlo, entonces, ahora, corriendo el riesgo, antes de que se escondiera el sol. Nos vimos a las caras e hicimos el gesto típico que significaba “para luego es tarde”.

–Bajemos entonces juntos –dije– Tú esperas en la orilla y me sostienes, mientras compruebo que tan profundo y fuerte está la corriente

Para ello, enganchamos ambos cinturones, el de Ulises era de cuero artesanal, el mío, lamentablemente era de plástico y por ello, algo resbaladizo. Al juntar un extremo de su hebilla a uno de los ojales de mi correa, hizo un gesto negativo con su cabeza.

–Tú siempre tan marginal...

Penúltimo brindis

Toda esa aventura trágica, me hubiese encantado contársela a Rosa Mary frente a frente, en nuestro local de siempre, en nuestra mesa de siempre, en nuestras horas de siempre en vez de enviarle aquella carta escrita a mano, triste y temblorosa, ese 24 de diciem-

bre. Pude habérsela tipiado en la computadora e imprimirla como lo hacía habitualmente, pero habría hecho toda una novela y eso habría tardado mucho tiempo. Además, una carta escrita en caracteres Time New Roman, Calibri o Arial, jamás contendría ese sentimiento que me embargaba. No es lo mismo escribir algo tan real como lo sucedido que escribir ficción, aventuras que uno puede imaginar en donde los héroes contrastan con los malvados y el amor lejano termina con un final feliz. La realidad no se escribe y si se escribiera sólo se haría en parte, siempre una fracción ínfima de ella porque no todos los que la vemos, vemos lo mismo. Mirar no es ver. Y muchos vieron lo ocurrido por televisión en los noticieros diarios y programas especiales. Muchos leyeron aquello en la prensa y las fotografías desplegadas a full color, tocaron sus fibras más sensibles, pero nadie miró nunca lo que yo miré. Algo que se podía contar, pero muy difícil de escribir. Por ello la hice manuscrita para ver si el temblor de mi mano, el sudor de su dorso, las lágrimas amarillentas sobre el papel decían más que las palabras. En fin, pero regresando al 87, de Magallanes me enteré de su muerte aquella mañana triste cuando Ulises tocó la puerta de mi habitación. Apenas habían transcurrido unos meses desde la última vez que estuvimos a su lado. Asistimos a su funeral, un ataúd pobre en un establecimiento pobre. Una fosa muy pobre lo sepultó en el cementerio del sur, que es el cementerio de los pobres. Sin familia, sin Rosa Mary, sin un etarra ni un político, sólo unos amigos que había conocido una tarde de festival gastronómico en 1982 y que los había bautizado como la generación del 58. Ese día luego de que el polvo lo cubriera por completo, entendimos por qué nos había bautizado de aquella manera. Si

bien jamás asistió a una universidad, terminó siendo muy amigo de un vasco republicano que llegó al país escapando de la Guerra Civil Española a finales de los años treinta. El viejo al parecer era un excelente e insigne bebedor cuando Magallanes apenas era un mozo y trabajaba de mesero en un modesto bar de la urbanización El Conde. Se presentaba como periodista, pero en realidad era impresor de un semanario clandestino. Siempre estaba bañado en tinta. Con él aprendió algo de la historia política del país porque siempre le habló de una generación a la cual admiraba; la generación del 28. Unos estudiantes que se habían levantado contra Gómez. Debe haber visto algo en nuestro grupo, que lo llevó a colocarnos ese mote con el cual reservábamos un par de mesas en aquel local, donde Rosa Mary era la reina de la cocina. Brindamos por él y por la lápida que mandamos a elaborar: “Para ti con cariño, aunque nos caíste mal al principio. De parte de la generación del 58”. Se me salió así, como así. Escrito en una servilleta, y esta vez no hizo falta mi viejo florista, experto en mensajes de condolencia. También es bueno agregar como crítica constructiva, que, si bien los periodistas se enteran de todo, ninguno se enteró de la muerte de Magallanes y solamente uno que otro llamó a Rosa Mary, sin darse cuenta de su impertinencia, para corroborar el anuncio que habíamos pagado en uno de los medios nacionales invitando al sepelio, el cual salió dos días después de que el pobre hombre subiera a los cielos. Un par de años más tarde, una vez olvidado el funeral, yo viajaría becado a Europa. Una editorial española me daba una oportunidad para aprender más de la profesión y regresar a Venezuela con una franquicia literaria. De tal modo que desaparecí, al pie de la letra, del país.

Al regreso, tiempo después, lo primero que hice fue irme al Arenal en donde nos habíamos citado todos los miembros del clan. Faltaron algunos, pero los importantes hicieron acto de presencia a la hora exacta. Rosa Mary se sorprendió al vernos. Los Etarras habían desaparecido, los políticos también y de los periodistas solo quedaban exiguos recuerdos. Fotografías en las paredes y algunas notas de gastronomía enmarcadas de diarios y revistas que habían alabado el negocio en su buena época. De pronto el tiempo parecía haberse regresado, a pesar de unos rostros más graves y circunspectos. Los cabellos con más canas, las palabras menos irreverentes, la postura un poco más elegante y las bebidas mucho más refinadas.

–Una botella de Etiqueta Negra...–demandó Ulises luego de los abrazos y los besos de bienvenida.

El reencuentro estuvo cargado de halagos por parte de Rosa Mary. Nadie mencionó el pasado, aunque sumergido en él nos encontramos. La vi, mejor dicho, la miré como la había mirado a su llegada de España. Ahora, una mujer madura cuyo rostro reflejaba nostalgia y decepción, así como de pronto se iluminaba para regalarnos otro aspecto, tal cual una mañana de primavera floreciente con olores a jazmín.

–Voy a prepararles lo más exquisito del día...–nos dijo entusiasmada y salió rauda hacia la cocina que ahora no estaba a la vista de la clientela como en años anteriores. Desde el mostrador anunció...Pimientos de piquillo rellenos con bacalao.

El día resultó extraordinario. El mundo había retornado a su justo

equilibrio. Allí adentro estaba el cafetín del Pedagógico, la guitarra Tatay y el “Cuéntame” de la Fórmula V. El “sobaco ilustrado” de Simoncito Piña, Julio Cortazar, Vargas Llosa, García Márquez, Borges, Collazo, Jorge Edwards y, por supuesto, Santiago Carrillo. Afuera en ese mundo desequilibrado estaba Francisco Franco, toda la dictadura sureña y centroamericana, así como “ese nacer para no existir” cuando se ha nacido para algo y ese algo ya no existe.

Aproveché la oportunidad para contarles lo de la creación de mi editorial para nóveles escritores y todos celebraron levantando sus copas.

–Escribir para qué...–apuntó Ulises...Si aquí ya nadie lee.

Fue la nota discordante que hizo ruborizar a Rosa Mary y con la cual no me di por aludido. La propuesta le encantó a Aida, quien de inmediato indicó que ella sería la primera pues tenía todo un glosario acerca del turismo nacional. Vladimiro por su parte también comulgó con la idea. Para ese momento, dirigía un instituto tecnológico de alta factura, lo que significaba a su entender, un núcleo cautivo de alumnos para venderles todo lo concerniente a sus materias de estudio.

–A engrosar el sobaco, Simón –soltó la Lola, con el humor negro que la caracterizaba.

Magaly y Gilberto, así como Yaja y Alejandro no opinaron mucho al respecto, pero si estaban seguros de que había que recuperar el amor por la lectura. Hacían falta más librerías, más cafés, más cine y más teatro...En fin, más cultura.

–Y más tasca, más botiquines, más bares, más taguaras y más chiringuitos para –y entonces Ulises luego de aquellos concejos se levantó de la mesa como un director de orquesta. Y volvió a preguntar ¿Para?

–¡¡¡Beber hasta que se nos olvide tu nombre!!! –gritamos todos al unísono, hasta Rosa Mary.

La cita se inició a las doce del mediodía y a las ocho de la noche ya nos encontrábamos en la última de las borracheras. Era hora de partir. Fue cuando Ulises me preguntó en donde estaba hospedado.

–Por ahora en ninguna parte. –le respondí.

–Bueno, mañana tomas tus macundales y te mudas al apartamento. Pero esta noche no, ya veo cómo te miran y también te vi mirando.

Y sí que la miré esa tarde y sí que me miró a cada una de mis miradas, esta vez sin la creencia de que podía dominarla con aquello del poder de la mente: aquel pensamiento que me embargaba cuando joven, con el cual pensaba que, si la miraba por un tiempo con insistencia y detenidamente, pronunciando en mi interior, “Voltea...Voltea...Voltea” ella lo haría. Ese magnetismo a la distancia que le hacía girar el rostro hacia mí para luego decirme “si serás brujo... Porque me taladras el cerebro cuando me miras.”

Héroe del Olimpo

Ulises se hundió entre las aguas, se lo tragó el barro miserable, mezquino y traicionero. Yo había descendido en busca del cable acerado cubierto por la corriente. No existía. Y la calma aparente de la superficie en nada se comparaba con la violencia de la corriente subterránea que arrebató el cinturón de las manos de Ulises. Rodé por los rápidos como un barco de papel, como un trozo de madera a la deriva, dando tumbos en un remolino de suciedad y a punto de hundirme, dándome por vencido, una mano me tomó por los cabellos y vi la mano de Ulises que era como la mano de Dios. Sentí su otro brazo forcejeando contra los torrentes para mantenernos a flote. El cinturón de cuero artesanal atándose a mi mano y luego un jalón fuerte de algo tan fuerte como un montacargas que se batía contra la corriente mientras rodábamos cuesta abajo y de pronto me encontré en un charco, escupiendo mugre, vomitando inmundicias, sintiendo el barro en la garganta, en el esófago, en los pulmones. Minutos de sufrimiento que acortaron una muerte segura. Las narices tupidas y los ojos cubiertos por una nubosidad que me impedía distinguir el mundo a mí alrededor. A mi lado, Hércules, jadeante, exhausto, convertido en una escultura de arcilla. Cuando logré distinguir algo, me encontré con un desierto de arena, barro y escombros, sin un alma a la distancia, como si el mundo se hubiera acabado, como si una bomba atómica lo hubiera borrado todo: carreteras, casas, restaurantes, hoteles... Todo, todo, todo... Aún continuaba atado a Hércules, a su pechera salvadora a su fortaleza a su nombre:

héroe de la mitología, considerado hijo de Zeus y Alcmena, una reina mortal unida a un Dios por designio divino, hijo adoptivo de Anfitrión y bisnieto de Perseo por la línea materna. Habría contado Ulises, de haber sobrevivido, en nuestra mesa de El Arenal. Se llamó Alceo o Alcides, en honor a su abuelo, una palabra o nombre compuesto en griego que evoca la idea de fortaleza. Hasta su edad adulta no recibió el nombre con que se lo conoce, impuesto por Apolo, a través de la Pitia, para indicar su condición de servidor de la diosa Hera.

Con el tiempo logré deducir que Hércules tomo aquella decisión por orden de su amo, lo dejó quizás confiando en la habilidad y lo diestro que era Ulises para dar brazadas de campeón y lo débil que era yo en estas circunstancias. Sin una orden del amo me habría arrastrado con él tras de Ulises, pero no lo hizo. Esta vez no se internó entre las olas con él, dejándome a mi observarlos a lo lejos en nado sincronizado al estilo “perrito”, sus cabezas apenas asomando en la superficie... Esa vez, Ulises se fue solo y no volvió a la arena tibia y cristalina tomado de la pechera de un Hércules jadeante y gozoso, a la espera de una recompensa.

El 16 de diciembre fuimos rescatados dos hombres. Uno a las primeras de cambio, otro, con un perro gigante que no permitía que nadie se me acercara, ambos embarrados de lodo, muchas horas después en solitario, vagando por un mar de arena y pantano. Al día siguiente, luego de que el tiempo lo permitió a medias y con todas las vías de acceso trancadas por derrumbes, se inició el traslado por aire, tierra y mar de los damnificados, los niños y las personas mayores salieron en las primeras evacuaciones. Yo salí

en los últimos viajes, tres días después, puesto que para los militares Hércules era un perro, no un héroe del Olimpo y yo no estaba dispuesto a dejarlo al abandono, aunque me aseguraban que se encargarían de reubicarlo para un traslado posterior. Dije que no, que no saldría de allí sin mi perro y que no me importaba porque nadie me estaba esperando; en cambio yo sí esperaba a alguien, esperaba a un amigo, caminando a lo lejos, burlándose de todo. Lo miraba nadando en el mar buscando la orilla entre los contenedores gigantescos del Puerto de La Guaira, que permanecían como islotes en el medio de las aguas.

Los servicios meteorológicos de Venezuela, Brasil y Estados Unidos según se escuchaba en los noticieros radiales, confirmaban que las lluvias continuarían con lo cual iba a ser muy difícil el rescate de quienes habían perecido en aquellas aguas turbulentas. Yo pensaba en Ulises, en su habilidad como nadador distinguido y en sus medallas colgadas en su habitación que lo distinguían como campeón de los 100 metros estilo libre, ganadas en su adolescencia. Pensaba en la posibilidad de que hubiera vencido los rápidos, porque era algo de lo que siempre hablaba, de allí que su mayor sueño incumplido era correr los rápidos de las cataratas del Niágara. Esperaba verlo en cualquier momento apareciendo de improviso diciendo:

—Ajá Te cagaste, ¿no?

Pero no apareció aquel 16 en la tarde, ni el 17 durante todo el día; ni el 18, ni el 19. No se supo nada de él durante los días siguientes a mi traslado. No supimos nada de él más nunca. Desapareció dejando un solo rastro que aún me acompaña. Así le

escribí a Rosa Mary aquella mañana del 24 de diciembre en un envío urgente por MRW. Habrá pasado una navidad terrible, pero no lo pensé. Y ella respondió: ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! Y se habrá echado a llorar y habría llorado más y más. Y habría pensado en mí y en ella cuando apenas dos años antes vivimos lo que no habíamos vivido en diez, luego de aquella noche de mi regreso a Venezuela.

Para el 20 de diciembre, yo llegaba a Caracas con el fiel Hércules a mi lado. Mi hermano mayor y mi cuñada fueron a buscarme a una especie de centro de acopio en el cuartel de la Naval en la urbanización de San Bernardino. Por el listado de nombres aparecido en prensa el día 18, sabían que me encontraba con vida y lo celebramos con abrazos. Los cuentos llegaron después, en la cena y hasta altas horas de la noche. Luego por fin pude dormir en un colchón reconfortante al lado de Hércules a quien mi hermano adoptó una vez que le conté la historia de mi rescate.

Ese día, el Gobierno había declarado que las víctimas llegaban a los 3.000 muertos (la mayoría desaparecidos), y anunciaba la existencia de cerca de 94.000 damnificados y más de 130.000 evacuados como consecuencia de los deslaves. Ridículamente declaraba en forma tardía un estado de emergencia en ocho de las 23 entidades del país. Para el día siguiente, la cifra de muertos había ascendido a 16 mil, por lo que iniciaron un operativo de rescate con contingentes de las Fuerzas Armadas y voluntarios disponibles para hacer frente a la tragedia que se les escapaba de las manos. Entre estos se destacaron más de diez mil motorizados llegados de todas partes del país. Llamé a Adolfo ese día al ver a

“Los Guerreros de la Guaira” dirigiendo este contingente,

–¿Y Udises? –fue su primera pregunta, y el silencio al otro lado de la línea le dio la mejor respuesta.

El rescate se llevaba a cabo por todos los medios posibles. Los barcos de la Armada atracaban en las costas del estado Vargas a fin de evacuar a los sobrevivientes. Helicópteros del ejército y miles de motorizados con números a sus espaldas jineteando sobre sus máquinas voladoras, copaban toda la autopista hacia el estado Vargas. Quizás muchos de ellos eran los mismos que un día fueron a Recibir a Jhony Ceccoto a Maiquetía, los mismos que habían resbalado en el asfalto y a lo mejor conduciendo las mismas motos que le habían cercenado la pierna a Adolfo Saverdún. Para esa fecha, un alto funcionario del gobierno estimaba que los fallecidos por el desastre podrían alcanzar la cifra de 30 mil.

Un presente frente a una teta ausente

Ese día de finales de 1996, cuando regresé al país con los sueños a flor de piel, pensando en toda una red de librerías novedosas con sus cafés en el interior en donde, no sólo con libros se recrearía la clientela, sino que además podría disfrutar de todo un torrente de cultura desbordante en materia de cine, teatro, galería, música y hasta de un vivero en donde proliferarían las azucenas, las acacias, los claveles y las dalias para el beneplácito y recreación de los visitantes, jamás hubiese imaginado lo que nos deparaba el destino. Todo eso era para mí una realidad, mientras que para Ulises era toda una fantasía de la cual se mofaba, a sabiendas que

no hacía mella en mis ideales. De allí el rubor de Rosa Mary al escucharlo decir tantas sandeces. Probablemente ella pensaría que toda aquella blasfema me podía ofender, pero yo ya estaba acostumbrado a que mis amigos no creyeran en mí. Eso me impulsó siempre a demostrar lo contrario. Por ello, nada de lo que Ulises dijese podía afectarme, sin embargo, no pensé que a los demás, esa reacción les causaba cierto rechazo. De allí su apoyo a mis sueños contados antes de que el sueño se hiciese realidad.

–Nos despedimos y te dejamos en maravillosas manos –lo dijo mientras se levantaba de la mesa, una vez que yo había decidido encargarme de la cuenta.

Todos hicieron lo mismo y de seguida vinieron los besos de despedida. El reloj apenas marcaba las ocho de la noche. Y una vez que todos huyeron del local, Rosa Mary se dirigió a Pepe, el más viejo de sus empleados para solicitarle que se encargara del negocio porque ella y yo nos íbamos de rumba. Entonces desapareció.

–No te me muevas de aquí que ya regreso –fue lo que le escuché decir como una orden, mientras se perdía entre el laberinto de mesas rumbo a su oficina. Cuando regresó, era la Rosa Mary de 1978.

Aquel cuerpo desnudo, mi mano en su seno inexistente, era también el mismo de mi época estudiantil, suave y liviano, dulce y apacible, temeroso y osado, ligero y grácil. Solo faltaba una parte de su vida, una parte ínfima de su cuerpo sustituido por una cicatriz hiriente, que no me importaba para nada. Una especie de brisa

fresca y ondulante me recorrió la piel. Recordé entonces aquella montaña solitaria en donde el sonido del silencio dejaba de existir para dar paso a una elipse que nos regresaba en el tiempo. Aquel cuerpo era para mí el mismo donde perdía mi vergüenza inconfesable. Un bosque virgen dentro del cual me encontraba inmerso y perdido. Quiso tocar el pasado, pero no se lo permití. Intentó agitar un mar remoto, pero no accedí a sus pretensiones. Buscó sacudir fibras fallecidas, hundidas en las tinieblas y me aferre a ella para sofocar cualquier palabra que fuese a surgir de su boca capaz de negar ese instante sagrado. Y así amanecimos, el sol entró por la ventana esa mañana anunciándome un mundo diferente y entonces la besé, y luego de apoyarse en mi hombro, dos lágrimas candentes rodaron sobre mi pecho.

–Tengo que decirte algo.

–No...por favor...no otra vez.

–Está bien –dijo, y saltó de la cama riendo mientras me golpeaba con una de las almohadas–...Ahora a desayunar...Te vas a morir con lo que voy a preparar y corrió hacia la sala... Levántate y ven conmigo –gritó desde lo lejos- ...No me dejes sola... okey.

Lo que me iba a decir se convirtió en un secreto durante seis meses. Si bien las cosas en El Arenal, económicamente, no eran las mismas que cuando lo abandonamos por razones muy personales y era poca la clientela que lo visitaba, para mí había sido un milagro, pues me permitía disfrutar de Rosa Mary a mis anchas. El cine, el teatro, los libros, los conciertos, las cenas con los amigos, volvieron y la explicación constante de que el cáncer

había desaparecido, eran motivo de celebración en cada instante.

–No sé cómo no le importa que me falte una teta...–dijo por primera vez en una reunión del grupo...Es todo un loco.

A su comentario, respondí, que con una sola me bastaba. Eso elevó las risas y comenzamos a imaginar un mundo sin tetas.

–El unicornio azul de Silvio Rodríguez –agregué.

–Sin tetas no hay paraíso –dijo Simoncito quien era un fanático de las telenovelas.

–El amor es ciego...–agregó la loca de Yaja.

–Hay cosas que nos sobran...–apuntó Aida, soltando la carcajada.

–Lo que se fue no hace falta...–comentó Vladimiro. A lo que Trina agregó.

–Hace falta lo que vendrá...–y así disfrutamos de un amor pasado tertuliano acerca de una teta ausente de dos que nos habían impactado en Playa Verde. Un seno faltante del cual yo había disfrutado y no hacía falta hacerlo otra vez.

Lo que había guardado por seis meses me lo dijo esa tarde, sentados a la mesa de un Arenal solitario.

–Me voy a España...Eso sí, primero celebramos mi cumpleaños –lo dijo mientras una lluvia de tristeza inundaba mi interior, para más tarde, en la soledad de mi cuarto, desbordarse en torrentes desde mis pupilas.

Un mocho entre cristales

–Hoda. ¿Cómo te terminó de id, luego de esos tres días de vacaciones con tantos damnificados? -fueron sus primeras palabras una vez separados de un abrazo fuerte y sincero. Se le notaba bastante repuesto y por primera vez visitaba El Arenal, que ahora se llamaba el Andurriña. Lo cité ahí porque quise recordar a Rosa Mary en aquellos momentos. Aún en el litoral continuaba lloviendo y se anunciaba que, a partir del día siguiente, 31 de diciembre y final de año las nubes se despejarían. Del local sólo había cambiado el nombre, así que tomé la mesa de siempre mientras veía el noticiero televisivo del mediodía, donde se mostraban imágenes de las últimas víctimas que habían sido rescatadas por los contingentes del ejército y de Defensa Civil. A los “Guerreros de la Guaira, ni los mencionaban...Fue entonces cuando lo vi acercarse con sus muletas través del cristal y me levanté para abrirle la portezuela. Ninguno dijo palabra y ahí vino el abrazo. Una de las muletas cayó al suelo con su sonido metálico y el mesonero se apresuró a recogerla y se quedó con ella en las manos hasta finalizado el encuentro.

–¿De Udises se supo algo? –preguntó de nuevo ya cuando tomábamos asiento y el mesero se acercaba para ponerse a la orden con el menú entre las manos.

–Nada... -respondí para dirigirme al chico y pedir dos cervezas tomando esa decisión por Adolfo Saverdún...Los familiares tampoco tienen ninguna información y hasta los amigos mueven

cielo y tierra para dar con su paradero.

—Cdrees que...—y no terminó la frase porque yo lo ataje negando esa posibilidad

—Aún no lo creo...Pienso que en cualquier momento aparecerá herido, maltratado o bien confundido...quizás se golpeó y quedó desmemoriado...No sé, no sabría qué decirte...no sabría ni siquiera qué pensar. Pero cuéntame. ¿Tú cómo has estado?

—Aun sadiendo ded tdrauma. Sabes ese día pensé que no dos vodvedria a vedr de nuevo. A mí me contadron esa misma tadrde que se habían desgdesado a dos escombdros duego dedl choque dedl ádrbol con edl cabdle. Adl día siguiente recibí da mada noticia de que ambos habían desaparecido. No te imaginas da adegría cuando recibí tu llamada y da tdristeza a da vez con tu sidencio cuando pdregunté por Udises. Podr cierto, ¿Qué pasó con edl gdran Hédcudes?

Le conté muchas cosas guardadas y la tarde no alcanzó para decimos todo lo que necesitábamos expresar. Esa mezcla de dolor y alegría. Esa combinación de furia y tristeza. Ya a punto de oscurecer, un chico alto y rubio que dijo ser su chofer, entró al local y al divisarlo se dirigió a nosotros. Saludó y le preguntó ¿hora de irse?

—Si... —respondió Adolfo, levantándose sin ningún esfuerzo—Mañana se acaba ed año y espede vedte ed pdróximo —me dijo—. Luego vino el abrazo, la presentación del chico y los vi alejarse a través del cristal. Llovía incesantemente...Llovía en un Arenal en ruinas, en donde se habían hecho realidad muchos de nuestros

sueños. Otro poema me vino a la mente, esos que siempre se quedaban grabados en mi memoria. Y en la soledad tan sola de aquella mesa recordé a Borges.

“Bruscamente la tarde se ha aclarado

Porque ya cae la lluvia minuciosa.

Cae o cayó. La lluvia es una cosa

Que sin duda sucede en el pasado.

Quien la oye caer ha recobrado

El tiempo en que la suerte venturosa

Le reveló una flor llamada rosa

Y el curioso color del colorado.

Esta lluvia que ciega los cristales

Alegrará en perdidos arrabales

Las negras uvas de una parra en cierto

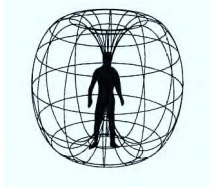
Patio que ya no existe. La mojada

Tarde me trae la voz, la voz deseada,

De mi padre que vuelve y que no ha muerto.

Doce días después de mi encuentro con Adolfo. Ese 11 de enero cuando Rosa Mary se lanzó al vacío, aún continuaba lloviendo en el Litoral Central.

Todos los derechos reservados para barralibros.Editors.SA
Este libro se terminó de imprimir en Bogotá-Caracas en fecha
6 de junio del 2021



Barralibros.Editors.SA

